
3 1761 07295453 0

LA INQUIETUD HUMANA

3735

FRANCISCO A. SICARDI

LA INQUIETUD HUMANA

POEMA

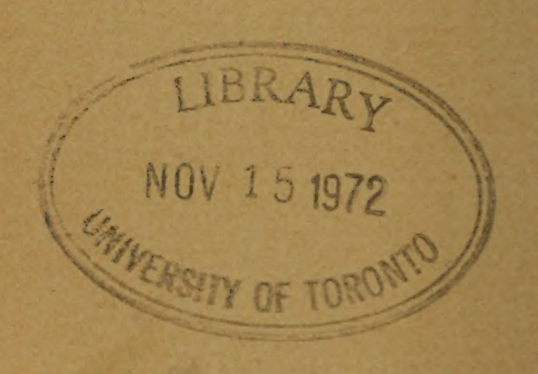
A mi hermano Manuel
In memoriam!

TOMO II

BUENOS AIRES

LIBRERÍA "LA FACULTAD", DE JUAN ROLDÁN
418 - FLORIDA - 418

1912


LIBRARY
NOV 15 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

CANTO VI

RENACIMIENTO

Pasaba la Edad Media con el bardo
de Florencia; asoma la vida nueva.
Demon la agita; Demon crea. No deja
tranquilos á los tiempos. Impetuoso
un cambio se produce en el espíritu
humano. Asoma el arte.
Era hierático
como mente de monjes; era rígido
como místico adusto. Los terrores
del torturante infierno, la Tebaida,
la soledad del alma, las obscuras
bóvedas del cenobio, el conciliábulo
de brujas y demonios, en las pardas
telas borradas, narran la odisea
de aquellos penitentes; el estigma,
las lívidas flacuras, las teorías
de peregrinos macerados dicen
la epopeya del miedo. Orcaña pinta;
reza el seráfico de Asís. Natura

no dió su ritmo, ni color, ni formas
al arte de esos tiempos. En los cuadros
no estaban las pasiones. Los extáticos
de gran pupila fija ya no miran
las cosas de la tierra; ya no saben
de primavera, ni de plenilunios;
el bosque no retoña, no hay aromas
en las flores nacientes; no hay gorjeos.
Un invierno parece el Universo,
una tristeza de naturas secas.
Por la estepa vagando el alma humana
sin numen de razón, esclava y sombra
del verbo revelado, en el naufragio
de la bárbara edad, en el abismo
de la desolación sin esperanzas
iba á morir. La salva el beato Angélico
iniciando la forma; con las yerbas,
con las corolas de los campos Giotto
lozanas carnes pinta; el Ghibellino
el vicio escribe de la tiara; empieza
la hora de la reforma, la ironía
muerde la ciega Fe. Brilla en la densa
tiniebla espiritual de ignotos astros
un esplendor proficuo. El dogma lucha
con la razón, conquista nueva, ardiente
sol de la vida nueva. El río así
inunda al erial salvaje, alpestre,
hace brotar la selva entre las peñas
y la razón dilata al infinito
la robustez anímica; discute
contra el error y la tiniebla; vence

la secular superstición; la vida
eterna glorifica de los mundos,
niega la muerte, niega los destinos
horrentes revelados. El infierno
á nadie aterra con sus llamaradas
y enseña la razón que eso es un canto
de terror milenario. El hombre duda.
Eso es taladro roedor; los troncos
de las ciencias añejas desparecen.
Ya no existe la Biblia; por el suelo
ruedan los claustros, ruedan los milagros
en la sonrisa incrédula; las brujas
asustan á los niños; los vestiglos
y los demonios han vivido. Sobre
la infecunda retorta el nigromante,
cansado del ensueño, en las vigilias
de las noches insomnes, desperado
de las inanes tentativas muere.
Amanece la ciencia; el hombre duda.
Ya se perdió el andante caballero,
el ministril y los romances. Nada
á la duda resiste. Todo cae
al golpe recio de esa catapulta,
el divino derecho, la escolástica
y retoña Lutero. En las hogueras
arden las viejas Biblias. Las cruzadas
á los labriegos dan conciencia; iguales
muriendo fueron á sus feudatarios;
la libertad nació sobre la sangre
vertida en la batalla; turbulento
arrasó el municipio á los castillos

torvos sobre las rocas, á los fuertes
amenazantes desde sus troneras
á las plebes rebeldes. Así el libro
de las imprentas plúmbeas se derrama,
lo añejo destruyendo en impetuosa
anunciación de auroras. Todo quiere
cantar la vida. Vuelven los artistas
á la naturaleza; aman la savia;
idolatran al sol; las clorofilas
de las cortezas y la flor destilan
para las telas su color; el culto
del cuerpo humano triunfa. Buonarroti
sobre el cadáver prono estudia el músculo,
las vísceras estudia en la marisma
de los estrechos mechinales, donde
se esfacelan los muertos. Gigantesco
á manotadas plasmará la vida
inerte en las arcillas y sus mármoles
en robusta grandeza los poemas
del alma torturada y los castigos
de las celestes cóleras narrando,
gritarán en los tiempos la victoria
de las formas desnudas... Ya no pinta
Orcagna. Ha sepultado á la Edad Media
en los frescos de Pisa, donde danza
triunfadora la muerte. ¡Viva el Sol!
¡Viva la carne mórbida, rosada
en su caliente evanescencia! Nacen
las pasiones humanas en las telas.
Los cuadros bizantinos eran rígidas
cretas. Hoy las vírgenes la efigie

tienen de las mancebas divinales,
en plena flor, fecundas. Fornarina
devora al Urbinate con los besos
de sus ávidos labios. Botticelli
pinta matrices en la primavera,
donde se cuaja el polen, donde danzan
las alegres primíparas. Ticiano
pinta del Sol la gloria, las orgías
de la color en el ardiente aroma
de las carnes desnudas. Es un símbolo
Leonardo, atleta formidable. Toda
la *resurrectio* vive en ese espíritu,
como el cosmos immane.

                                        Era en Florencia
en la noche desierta, entre la mole
pétrea de sus palacios, á la sombra
de las torres avitas, cuando el Arno
murmurante desciende, el sueño arrulla
de las colinas adormidas. Se oyen
cuentos de amor por la ribera, idilios
de leyendas ancianas, y á lo lejos
los ritornelos de las primaveras
etruscas, melodiosos. Las estrellas
titilan en el Arno... Una canción
de hazañas fenecidas se dispersa
por el aire, llevando como heroicas,
fúnebres sinfonías. El espectro
vigila de Alighieri...

Benvenuto

En el silencio,
por las nocturnas calles, se oye insólito
fragor de llamas. Hay una hoguera, un hombre
de obscura tez, de grises brillazones
en las sesgas pupilas y en la frente
del genio la iracundia... Benvenuto
arroja los metales al incendio;
surge bronceo el Perseo. Es un satánico
dios el artista fantasmal, un monstruo
cuando aventa los muebles á las brasas
blasfemando; va, viene en frenesíes
de turbión homicida. Chirria, chirria
la fragua; salta el ascua; las cenizas
vuelan con la humareda; zumban trozos
de astillas rotas hacia los carbones
en llamaradas. Un clamor terrible
se difunde en la sombra, como un urlo
de sangrienta proeza. ¡ Benvenuto
creó! Era la profunda noche. Entonces
un peregrino se acercaba tácito
y cauteloso al escultor. Cellini
de hinojos se posterna; una corona
sobre sus sienes pone el taciturno
Miguel más que mortal, Angel divino.
Desfilan las estatuas; es cohorte
blanca, serena en marcha; los dolores
dicen del mundo. El verso melancólico
canta del escultor la trova lúgubre;

«Grato, m'é il sonno e piú l'esser di sasso
mentre che il danno e la vergogna duri!
Y Brunelleschi lanza su rotonda
en el espacio temeraria; bailan
en las telas las vírgenes desnudas,
carnales, armoniosas.

Rafael

Era un ágapa
de vinos y de besos. Se coronan
los pintores de pámpanos, de rosas
las modelos venustas. Esas fiestas
cantan los himnos del amor, los évohes
de las bacantes ébrias, en sensuales
triclinios, la pupila de Gioconda
y á Flora, anunciatriz de primavera.
Sobre la mesa ríen los amores
de ninfas y de faunos en las copas
por Benvenuto cinceladas; ríen
las églogas del bosque. Sirenetta
preside á los convivas en un mármol
de una prestante desnudez. Escancian
de Settignano el vino, con aromas
de cepas lujuriosas, en las copas,
donde las Gracias bailan entre mieses,
entre los ramos de corolas frescas.
Dicen el triunfo de la vida, el goce
de la sana risa loca y el bullicio
delicïoso del agudo epígrama.
Parlan de amores; parlan de la angustia

en la profunda creación, del arte
en brama de apoteosis. Así el nombre
de Sanzio ausente suena en la armonía
de las cítaras áureas. Todos brindan:
«¡Por tus amores, Fornarina! ¡Vivan
tus besos insaciables en la boca
del trémulo Urbinate!» Las mancebas,
con la pechera abierta, el ojo en chispas
de pasión ebrio, de belleza, besan
á los pintores en tumulto. Se oye
el chocar de las copas, el susurro
de los amantes diálogos. Sonríe
desde el hermoso mármol Sirenetta
al amoroso brindis...
Miguel Angel
asoma la tristeza de sus ojos
en la algazara del convite. Saltan
los artistas en pie, miran al Genio,
con estrépito, brindan en un húrrah
al poeta del mármol, gigantesco
evocador de símbolos. «¡Oh Genio,
como Dios inmortal!» El vino tiembla,
tiemblan los senos de las diosas: «Tú
animas á la veta. De su entraña
dormida surge la belleza. ¡Oh gloria,
salve! ¡Oh creador excelso!»
Y tiembla el vino,
tiemblan los senos de las diosas. Entra
por las ojivas del palacio el rayo
del plenilunio; en el lejano cielo,
entre los astros raros se dilatan

las estrofas del brindis... De los prados,
por los nocturnos hálitos, saludan
sonando las zampoñas; del ganado
los cencerros esquilan, nunciadores
de las albas cercanas y los campos
esparcen los aromas de las yerbas,
húmedas de rocíos. Al crepúsculo
trina, volando, el ave matutina.
Y Buonarroti habló. Reina un huraño
silencio en el recinto. En la quietud
caminan las estátuas; pasa el rostro
de Victoria Colonna en embeleso
de amor augusto; corre en el festín
de reverencia un frío. Buonarroti
habla, como un espectro: «Así sea el arte
fuerte, como la roca; sea ciclópeo
como los siglos muertos. Y la estatua,
de la forma apolínea la epopeya,
diga en trïunfo. Vivan en la veta
las almas; cada trozo de los mármoles
revele una pasión; diga la angustia
del mundo; cante con gigante plectro
castigando á la vileza humana. Odio
el mármol mudo; odio las artes huecas,
la vida vana y sin misión. ¿Qué sirven
las armonías sin lucha? Muy cobardes
son los tiempos presentes. Hondo sufre
el nombre de Florencia; el extranjero
acecha sus grandezas. Impolutas,
bajo sangriento escombro, entre cadáveres,
en el incendio de Florencia, yazgan

despedazadas las estatuas, antes
que siervas y vivientes. Los mosquetes
empuñad. ¡A la brecha! Sea el artista
en la batalla un mártir».
Erizados
en un ímpetu loco los convivas
de piė aclamaban al glorioso; flores
arrojaban las ėbrias. Se dilata
un himno...
Llega San Miniato. Quiere
perecer Buonarroti en los adarves,
el pecho descubierto entre las balas
enemigas. Allí también desplómanse,
como lëonas, las mancebas sobre
el corazón de los artistas muertos.
Era el alba; la luz brilla; las cúpulas
en el azul chisporrotean. Alegre
sale la caravana por las calles
riendo en algazara. Bellas eran,
con guirnaldas de flores, las modelos
y al pie de las estátuas las arrojan...
Llegan al batisterio; allí Ghiberti
muestra las puertas del Paraíso; están
con crespones de luto; lastimeras
doblan de Giotto las campanas; tañen
alguna melancólica agonía.
Hablan quedo; están tristes. Los viandantes
forman corros y dan la mala nueva,
sin lágrimas, llorando. La algazara
cesó de los artistas. «¡Sanzio ha muerto!»
se oye el terrible anuncio. Las Estancias

sollozan sobre el féretro, acarician
el lamentar de Fornarina, el ósculo
frenético de amor sobre los labios
lívidos...

Era una romana tarde,
cuando el sol moribundo dice la hora
vespertina, dorando los sepulcros
y lleva hacia la noche los calvarios
del hombre fatigado, cuando reza
el ángelus del bosque sus cantares
y las aves retíranse á sus nidos,
cuando oran por doquiera de tristeza
las cosas... ¡ Sancio acaba! ¡ En la armonía
sidérea se dispersan sus despojos
laurëados!...

Cesó de dos artistas
la algazara. Marchan al cementerio.
Con ellos Buonarroti entre el callar,
vaga de los sepulcros. Sobre flores
votivas, de rodillas, la oración
rezan de la agonía. Reza allí
la pena de los mundos:

«Dondequiera
almas de muertos que vaguéis, viajeras
por lo Infinito ó lo Terreno,—santas
de todas las purezas—ó el enigma
de los tumbales más allá ocupando,
vates de las viñetas en los áureos
viejos misales de las abadías,
ángeles de la Iglesia, ó de los niños
viváis en los alegres despertares,

ó en el coraje de los héroes, cuando
á la muerte se votan, ó en los cálices
de las Eucaristías, dondequiera
larvas augustas que vaguéis, Dios mismo
con vuestros átomos de serafines
tal vez plasmando, á nos venid. No hay luto
de este luto mayor y todo llora.
Rezad! Llorad! Murió Sanzio divino!
Oraban de rodillas en el éter
de la mañana cristalina, bajo
el ciprés funerario. Parecía
de los sepulcros emanar un salmo
de piedad reverente y los espíritus
llamados de los muertos acudieran
entre el tañer de ocultos citaredos
por el alma á rogar de Rafael Sanzio.
El escultor habló: «Era una angélica
psique genial. Fué redentor del arte
por las formas excelsas. Me prosterno,
santa memoria, ¡oh niño! Los martirios
te ofrezco de mis mármoles, anhelos
no saciados jamás de la belleza.
El arte no es del mundo. Amor lo crea,
lo guía amor en sus auroras; brilla
por el fuego de amor en la victoria.
La tierra no lo roza. No se empaña
con el aliento de la recua y pasa
jamás contaminado, como la hostia,
que los ángeles alzan en el cielo,
cuando las arpas tocan: ¡Sanctus! ¡Sanctus!»
Lentamente dejando el cementerio

se dispersan callados los artistas;
oyen un grito horrendo en una estrecha
y sucia callejuela. Una hornacina
adentro un muro. Alberga una Madonna
de Donatello; mira desde el hueco
á un cuerpo lívido y yacente. Muévese
en la fatiga moribunda, un mango
argénteo de puñal, que estalla en chispas
sobre el pecho cruento; mortecino
gira el ojo en la órbita. Cellini
rezando un miserere, entre las palmas,
del cadáver coloca un crucifijo
y cerca se arrodilla: «*ed io tiuccisi*
dijo el orfebre, *col puñal piu bello*
ch'io m'abbia cesellato. Tu sparlasti
di Michel Angelo il divino e guay
a chuinque ne sparli! Andrai in cielo!
Non ti lagnar! Yo ti lasciai pregare!
Ti dono il crocifisso. Giudicato
fu l'opera d'un Dio!»
Eran los frescos
matutinos en Roma; era el crepúsculo
en que nacen las flores y se vierten
por tallos y cortezas manantiales
de linfas acres y lascivas, cuando
se pintan los colores en las selvas,
en las montañas, en el mar. A esa hora
un tripudiante sobresalto vibra
de vida en el arcano de las cosas
y los pájaros cantan sus maitines
y la tierra sus salmos. En los mares

surcan á todo trapo los veleros
las aguas luminosas. De las torres
musgosas llama la campana á misa
al humilde devoto. Fulgurantes
los chispazos del Sol en los cristales
deslumbran las pupilas. Se dan vuelta
antes de entrar las vírgenes; oyeron
risotadas de escarnio. Se detienen
sobre el oscuro umbral, en una angustia
de macabro terror...

César Borgia

Aparecía,
con la befa en el rostro, caminando
por las iglesias indolentemente
un hermoso Luzbel pálido, malo,
de largas calzas negras, borceguíes
de diamantina hebilla, una casaca
de negro terciopelo hasta las corvas,
la gorguera de encaje, una cintura
de cuero damasquino. De allí cuelga
y se hamaca un puñal, con mango de oro,
donde un orfebre cinceló una orgía
de hirsutos faunos y borrachas ninfas
en lascivo esponsal. El caballero
asusta al Universo. Las pupilas,
de un frío azul, parecen ventanales
que dejan ver los cráneos de sus muertos
á puñal, á traición. Es un sicario.
de seráfico rostro esa elegante,

pálida estatua del Renacimiento,
maestro del cinismo, de la trampa,
refinado sadista. Así en las cortes
los rasos maculaba. Su presencia
á las damas enferma; vitupera,
deturpa á la niñez. Todos los vicios
entraron en sus carnes; es el crimen
el corolario de las bacanales.
Bajo el jubón de terciopelo negro
una coraza guarda bien templada
de acero toledano: «César Borgia»
está grabado en letras de oro. El rostro
de un efebo de Grecia; esbelto, fuerte,
como un desnudo vencedor de Olimpia,
el cuerpo temerario; al homicidio
pronta la mano y al veneno; un cínico
justador invencible, un prepotente
guerrero en la refriega. En los simposios
de sus castillos llena de ataúdes
á los triclinios numerosos; canta
en áureo plectro sobre los cadáveres;
indica á Macchiavelli los capítulos
de su poema pérfido—una síntesis
de la feroz edad; á la hecatombe
de enemigos indica, á los cadalsos,
á los apuñaleados en desiertas
noches silentes de los campos. Borgia,
formosísimo espectro, va en la sombra,
caracoleando su bridón de guerra
sobre los cráneos y la sangre. Esconden
á la virgen los padres. Meten miedo

su guantelete negro, las pupilas
tras la visera foscas y galopa,
sobre el arzón cruzando á una duquesa
de cabellera de oro. Con las crines
negras del potro mézclase en el viento
huyente en la carrera la maraña
del cabello copioso y los marmóreos
senos desnudos vense en las penumbras
nocturnas y los séricos brocados
se mojan, por las yerbas resbalando
celeramente para el horizonte.
Ciñe el fascineroso; ella jadea
en los brazos del numen embriagada
y en los ojos abiertos, anhelantes,
el estigma se ve de los lascivos
besos de César Borgia.
En una obscura
noche cerca del Tíber, murmurante
añejas proezas entre los macizos
de monumentos rotos, sobre el fango
de la ribera, boca abajo, un muerto
callaba un fratricidio. Con Lucrecia,
incestuoso en el lecho, mira César
al Tíber tenebroso por la ojiva,
esplendente en la luz de un lampadario.
Se oye una zambullida: la tragedia
se oculta entre las aguas; al rumor
de gemidos lejanos, nace un pánico
en la tenébra sola. Son las vísceras
labradas de Alejandro en las tofanas
de megeras siniestras, con aullar

de la garganta moribunda. Cerca
de las revueltas sábanas, en la acre
exhalación de las dos carnes, brilla
gemada una corona y la ramera,
con rostro de Afrodita—alma podrida
en el abrazo impúdico—lo arranca
á los susultos de su vientre, indica
la joya al mesnadero: «Italia espera,
César, un rey. ¡Tómala! ¡Tú eres! Corre
con la corona sobre la cabeza,
mata, suprime, aplasta, une los miembros
de la Italia dispersos. ¡Imperator!»
Horripilante arrecia la pavura
la tofana, el puñal. En el asalto
á las urbes rebeldes, Valentino
se abalanza el primero. Á sangre y fuego
arrasa las murallas y convierte
en páramos los campos, en callados
escombros las ciudades. Temerario
un Dios parece del Averno; el oro
de la diadema estalla en un rojizo
crepuscular color; una necrópolis
era su reino, donde se esfacelan
en el sol los cadáveres. De noche
los cleptómanos roban á las tumbas,
el necrófilo mancha los despojos
de la virgen sepulta. César Borgia
es el delito de los siglos. Todo,
la cárcel, la carroña, el manicomio
anida en ese espíritu. El delito
es de los siglos César Borgia. La ira

lo fulminó del Sinaí. Las crónicas
de esas eras nefastas la leyenda
narran de un fugitivo, horrente numen
con ojos ciegos, en la frente roja
una cruz de aguijones. No lo dejan
las víctimas dormir. Cuando en el tronco
de alguna encina secular, reposo
busca el cerebro fatigado, se oyen
los anatemas ásperos: «No duermas;
¡oh condenado á no dormir!» Lo empujan
por el dorso los muertos; las exvírgenes
lo arrastran lejos, lejos. «¿No recuerdas
¡oh Valentino! las deshonras, bajo
tu canallesco rostro, en los estupros
sollozantes? No tendrás paz, ni sueño
y nada calmará la vagabunda
crucifixión de tus remordimientos.
¡Vive! ¡No olvidarás!» Acaso ustedes
en la moderna edad, ¡oh peregrinos!
alguna larva inquieta, en el sendero
vean desesperada, acaso exclame:
«No duermo en el sepulcro.» Santiguaos!
Es Borgia insomne por los siglos. Es
un Calvario irredento. Ni los niños
lo salvarán rezando, ni la endecha
de la Natura deprecante. Dios
lo fulminó *in aeternum*. No perdona.
Se le veía correr—el ojo pálido
en el terror abierto, con las manos
mesándose el cabello. Muchas eras
pasan sobre el romero. Su pupila

sesgada, adusta vive siempre; un surco
parte la frente en cruz; es sangre roja
de las matanzas numerosas. Dicen
asustadas las gentes: «Ese insomne
no dormirá jamás»...

Miguel Angel

En la romana
ciudad—donde las ruinas un idioma
hablan de angustias y los monumentos
de fuertes energías, el Tirreno
lejano mar susurra las victorias
de las férreas trirremes y repite
el eco de los montes las antiguas
pugnas feroces de los legionarios,
Buonarroti se muere de dolor
por Florencia vencida. Solitario
vagar lo vieron muchos años, cuando
transmontaba la luz de la Appia vía
dorando el mármol de las tumbas. Era
un anciano sombrío. En los escombros
sentado á veces, con la diestra mano
acaricia las barbas eucarísticas,
amarfiladas en el Sol. Parece
de Israel un profeta. Angelus Domini!
dicen las cosas en redor. La noche
tras los montes asoma cautelosa
y los astros asoman. Las luciérnagas
vuelan brillantes en las matas; trina,
como un arpa escondida en la espesura

un ruiseñor el himno del reposo;
una fuente murmura la tranquila
canción del agua fértil; en las frondas
una dulce armonía dice el aire
de leyendas latinas, lacrimosas
de los antiguos tiempos. Las zagalas
se retiran rezando—hacia los viejos
tugurios en el bosque—sus plegarias
á la Virgen María, en voz tan queda,
que ecos parecen de otra edad venidos,
de lejanos santuarios. Por los prados
vuela el dondoneo de las campanas
que anuncian el perdón al moribundo
escultor solitario. Era un delirio
de augustas comuniones. El Santísimo
entre los salmos de la noche se alza
como una hostia brillante. Hacia un sepulcro
va en esplendor sagrado. Buonarroti
se arrastra por los céspedes y sigue
la fulgurante Eucaristía. El Santísimo
sobre la losa queda de un sepulcro,
como una luz de gracia. El epitafio
dice: es Victoria la que en esta yace
cripta silente. ¡Oh amada del poeta
gigantesco del mármol! Miguel Angel
besa la cripta y muere. Por la noche
va una celeste paz. Entre los bosques
los ruiseñores hablan en voz baja
y luego de acostarse en el tugurio,
rezan las letanías las doncellas
con voz tan leve, que parecen ecos

de lejanos santuarios. Un misterio
de amor reina y de genio entre el sereno
dormitar de la noche. En el empíreo
de augustas comuniones un delirio
va resonando lento. El escultor
besa la cripta y muere. Lo acompaña
el alma de Leonardo en los senderos
del arcano infinito... ¡Por el campo
va una celeste paz, una pureza,
un misterio de amor y de agonía!

América renace

Y tú también, ¡oh América, renaces,
del futuro esperanza! Son los tiempos
nefastos, la tiniebla. Atropellando
unos contra otros los pueblos se azotan
á dilaniarse. Tiemblan tus entrañas
enfurecidas de odios; los ejércitos
destruyen, arrasan, asolan, corren
á banderas abiertas, por las sendas,
redoblan los tambores, á degüello
los clarines estriden y resuenan
eco tras eco hasta los horizontes
purpúreos, reflejo de las sangrientas
hecatombes. A muerto van sonando
las campanas en unos misereres
tétricos y revelan los dolores
de las comarcas. Los cortejos andan
tras los féretros, entre las querellas
de los padres desiertos y el rencor

salvaje de los guerreros, callados,
lentos, las armas á la funerala,
con las mentes turbadas por furiosos
silencios de venganzas. Los osarios
hieden al Sol, podridos, en fraternas
despedidas. Conglomeran sus átomos,
entran en la natura, entre los besos
de las novelas nupcias. ¿Dónde quedan
los enconos de antaño? ¡Carne! ¡Carne,
devoras al hermano! Como fieras
ávidas de matanzas, garra á garra,
en las fauces las fauces, despedázanse
América tus villas. Por las calles
truena el cañón, desplómanse los hombres
en fratricida lucha. Esta inquietud
que pones, Demon, en nuestra existencia
á las venas desangra. Palidece
en su marasmo América; la fuerza
de la natura bárbara, transfusa
en las almas creadoras se anonada
por las reyertas seculares. Vamos,
América suicida! Amor de patria
sólo se encuentra en el sepulcro, cuando
se reunen los átomos rivales,
para recrear la vida universal
tenaz, eterna. ¡Oh besos de cadáveres!
¿Olvidasteis el odio? Esos puñales,
que vos hirieron, yacen oxidados
en los osarios. Va también su fierro
á enriquecer moléculas. Acaso,
en rosas convertidos, embalsamen,

puestos en copas de cristal, los cuartos
de las hermanas huérfanas. ¡Oh madres
que regáis las retamas! ¿no sabéis?
La frescura del agua empapa, ¡oh madres!
el corazón de vuestros hijos. Ellos
se besan en la muerte. ¡Incauta, incauta
América suicida! Está formada
tu costra terrenal de huesos rotos,
de savias funerarias. Dondequiera
que pises, peregrino, una osamenta
ha de pisar tu planta. El extranjero
acecha tus riquezas. Apiñado
en villas y campañas, la congoja
de la miseria aguija sus instintos.
Depredará tus campos. En sus manos
hay una garra aguda; en sus tentáculos
rebrilla en chispas la uña corva, pronta
al asalto. Lo muerden las envidias
perras, tenaces, dolorosas. Quieren
á lo ajeno aferrar. Di: ¿por qué tienes
tanto jardín, América? En tu seno
¿por qué hay tanto tesoro? El espectáculo
de tu ventura amarga los tumultos
de las hambrientas multitudes... ¡Ay
de tu virtud el día que en el mundo
el pan falte á los hombres! Serán hordas,
síntesis de exterminio. Harán rodar
sobre tu sacro suelo los cañones
sacrílegos; profanarán las aguas
los barcos leviatanes. En la enorme
caverna de sus fauces, oro, mieses.

ávidos epulones, toda acaso
engullirán tu vida esos cleptómanos
feroces. América la celada
teme del extranjero porque el hambre
de honor carece; es una aguda garra
sobre lo ajeno abierta. ¿Por qué pierdes,
América, tus savias? ¿Por qué mátanse
en estragos impíos tus soldados?
Teme los conciliábulos. La ruina,
en los antros obscuros, en la noche
de esas conciencias delincuentes, fué
meditada. ¿Qué esperas? ¿Por qué no unes
los pueblos tan dispersos? ¿A qué sirve
tanta bandera? A cobijar delitos,
á enardecer las luchas fratricidas.
¿Por qué viven aisladas tus regiones?
¡La soledad engendra perseguidos
por sangrientos delirios! ¿Tú no quieres
señorear en tu Cosmos? Si la vida
derramas contra los hermanos, dime
donde estará la fuerza en la invasión
de extraños y tu vejez vagabunda
de pordiosera pasarás oyendo
los idïomas de las turbas locas
de latrocinios. ¿Y tus hijas? ¿Dónde
estará el lupanar, que les deshaga
el cuerpo, la honra? ¡América resurge!
Las campañas son tuyas y los ríos
que á las tierras inudan con abonos
fértiles á raudales. ¿Por qué olvidas,
América suicida? Los vencidos

temen la luz, se ocultan, al anónimo,
á la muerte se van. Esos quereres
de tu mansión, los héroes, la elocuencia
de memorias extintas, por la befa
canalla del extraño en vilipendio
tenidas, serán una amargura
errando en un destierro solitario
pobres ludibrios sin amor. ¡Oh, basta
de agonías! ¡América resurge!
¡Une tus fuerzas! ¡Unico propósito
sea la grandeza! ¡Ten un alma sola,
un ejército y flota, un areopágo,
una sola bandera! Que no hay
acaso altiplanicies bajo el sol,
para construir la Urbe, como un símbolo
de invencible energía. ¡Oh nueva vida!
¡Ideales de luz! ¡Que nuevos himnos
se cantan por tus valles: «Un ejército,
una bandera sola, un areopágo,
una ciencia, un idioma, un solo espíritu
guíe tu vida, América!» ¿No ves
tus dolores de esclava y aquella garra
sobre tu cráneo abierta? ¿Por qué crees
en la utopía, en el derecho? Fuerza,
fuerza, condense cúmulos de fuerza
tu bravura! Recela el hambre ajena!

La garra

¡Cómo afila la garra! ¡Qué monstruosa,
qué terrible quimera! ¡Su coraza

de uñas vibrantes fórmase; se mueven,
ávidamente, abrazan al vacío,
se encorvan, se despliegan apuradas
en afán de avaricia! Los cañones,
siervos de su demencia, desparraman
exterminios; manda, feroz navarca,
sobre los puentes; todas las garfadas
un derecho destruyen á puñal,
á dinamita, á pólvora, lo mismo
con tiniebla ó con luz, en la celada,
en la batalla abierta. A los carneros
que calan de putrílago á la tierra,
los llenará la garra de cadáveres,
para robar necrófila, sus pilchas
y deturpar la carne. En un acecho
furioso vive insomne, avizorando
la presa descuidada. Salta, salta
desde la trampa, como el tigre; vibran
turbinando las uñas alargadas
en un vaivén de apuro; roba todo;
llena su vientre hidrópico. Panzuda,
¿no te hartas en la crápula? ¿No sacia
tu bulimia el botín? Acaso lances
como bestia borracha los excesos
de tus pastos rateros y de nuevo
te bajes á tragar el quimo fétido
desde el suelo ¡oh monstruosa! A cada espíritu
esa quimera agita. Si no fuera
la resistencia ó el miedo de la ergástula
cada hombre era un garduño, y el universo
hampa facinerosa. No hay hermanos

ni amor de padres, ni patria. La garra,
helada, como el crimen, en el pecho
no tiene corazón. Es un tumor
de uñas latiendo; las pupilas manan
rayos de acero corvos; cada uno,
como las uñas, vibra en un vaivén
de angurria. Se sienten unos chirridos
ásperos, estridentes. Son los pueblos,
la garra acuminando en el arcano
de conciliábulos siniestros; son
los golpes del zarpazo. Ellos no miran.
Roban á los hermanos, á las madres,
cerca, muy lejos, siempre. Cada golpe
una miseria engendra. Teme América
las hambres de los tugurios. Se agolpan
allí los homicidas. Di. Tú acaso
¿no ves que en el planeta ya no queda
sino nuestro paraíso? Escuetas, calvas,
sucias por la maciega, las campañas
niegan el pan al hombre. Ya arrancaron
el oro de la veta; como buhos
corren por escondrijos y cavernas
á las rocas horadan, subterráneos
nictálopes trabajan. Ya no hay minas.
El Sol alumbra un gran desierto; nada
crea; no hay selvas; secos esqueletos
son los árboles; hojas amarillas
alfombras forman sobre el terragal,
sepulcro de los pastos. El sudor,
que el pecho empapa del obrero, estéril
linfa resulta. Ya no hay pan. Se arrastran

lívidos, flacos, lentamente. Asordan
las quejas. Pasan grandes romerías
consternadas, aullan sus desperanzas
delincuentes, piensan los homicidios;
quieren pan, giran en torno, miran
adonde está la presa. ¡Qué siniestras
pupilas y que noche de delitos
en esos lagos negros! ¿Veis? Se encogen,
van á saltar. ¡Cuidado! Percibieron
de tus pechos el lujo, Americana
tierra y los ríos de tus leches; sangre
vieron manar del bosque por heridas
de troncos seculares, linfas, carnes
de tus prados brotar en virginales
exuberancias. Ved cómo se encogen.
El oro vieron de tu entraña. Viven
diamantes y metales esperando
el golpe de sus picos. ¡Cómo afilan
la garra! ¡Qué puñal! Se encogen, van
sobre tu cuerpo á echarse, á desgarrar
¡oh Sultana! tus vísceras. ¡Qué fauces!
¡Qué colmillos hambrientos! Muerdan, muerdan
enloquecidas multitudes. Hay
opulento festín. ¡Oh res sabrosa!
¡Oh qué grasa dorada! ¿Veis? Destila
gota á gota la vida. Hasta saciaros
sorbed la fuente. América Sultana,
ya se acerca la garra. Su canción
es un choque de aceros; son las uñas.
Se enriedan á millares agitadas,
en el afán sarcófago. Tu esencia

apuran los famélicos. Renace,
América, renace; une tus miembros.
Sé una invencible acrópolis. Trabaja;
ahorra; crea tu fuerza. En cada hombre
haya un soldado; sea una fortaleza
cada casa. Canten los nuevos tiempos
las estrofas del himno: «Una sola alma,
un tesoro, una flota, un areópago,
una sola bandera, un solo ejército
contra la garra. ¡Guerra! ¡Guerra! Caiga
per in aeternum sobre el sacro suelo
sin vida la monstruosa».

Di. ¿Qué esperas,

América suicida?

CANTO VII

EL DRAMA DE LOS ROMEROS

Pasa el arte
con los viejos colosos. Queda el alma
inquieta siempre. Busca en aventuras
peligrosas saciar todo su anhelo
de brega, de martirio, en una angustia
hacia lo ignoto fascinante. Demon
á los siglos agita, como furia
crucifiante, inconsolable; nunca
deja en paz á la mente. Los misterios
de áureas riquezas en lejanas tierras
á los hombres azotan, con empuje
bravío á la conquista. Se enardecen.
Ven la leyenda heroica en la odisea
de la nave fantasma, hendiendo á saltos
al flucto tormentoso. La tripulan
dioses titanes de cabellos rubios
en el tifón flotantes. Llaman Vickings
á esos lobos marinos. Sus canciones
tienen aullidos de tormentas, gritos
de adoración al mar. Son los señores
del Océano en borrasca. Cuando pasan

las fuerzas del naufragio en sus destrozos
contra las obras muertas y los mástiles,
se ven luchar con ella sobre el puente,
barrido por el agua. Están desnudos
en la pelea huracánica. Los huesos
crujen despedazados; las equimosis
manchan las pieles rudas. Nadie implora.
Y ruedan al abismo Vickings, naves
destartaladas, rayos de las cumbres
tormentosas del cielo y desparecen
entre la sirte en el naufragio sólo.
También cuentan los viejos contramaestres
historias de bajeles arrastrados
hacia playas ignotas, donde viven
gigantescos salvajes y virágines
de gran pupila negra, de leonadas
cálidas pieles, donde virginales
se espesan las marañas y se enriedan
en una sombra impenetrable. Frutas
y aromas dan las selvas, en copiosa,
fácil cosecha; se oyen los ladridos
de fieras en majada apocalíptica
sobre la tierra solitaria. Brama
el hombre la conquista. En cada mente
hay un oculto Schylok, una zarpa
sobre lo ajeno abierta.

Romero de las aguas

Sabe el cuento
Colón el marinero. Era una noche
en el ligure mar. Quietos los astros

sobre las aguas titilaban... Era
un murmullo en la playa, como encanto
de escondidas sirenas; en los bosques
de las laderas un susurro suave
de brisa fugitiva; en la nocturna
somnolencia del aire, las quietudes
de las dormidas claridades sobre
el olor de los musgos. Colón sueña
con las pupilas lejos en las sombras,
con el cuerpo adelante hacia el arcano
del horizonte obscuro. Está sentado
—el codo sobre la rodilla, el mento
entre la palma abierta,—sobre un alto
costeño acantilado. Es una inmóvil
ansiosa esfinge bajo el taciturno
altar del firmamento. Sueña, sueña.
Emergen de los fluctos barcos, chusmas,
capitanes audaces. La borrasca
impávidos navegan; la nao cruje
bajo la vela hinchada, sobre el potro
de las olas á saltos; la bufera
brama en los aires grises. En la vasta
melancolía del agua están los dioses
de los marinos panteísmos, de algas
y de musgos cubiertos, al mancebo
un nuevo mundo revelando, lejos
perdido en el Océano. Despierta
el Ligur vagabundo. Por las cortes
dice la buena nueva, implora naves
con titánico afán. Al fin convence.
Se arman las carabelas, el inmenso

páramo surcan de las aguas. Bárbara
la ola ondula en el mar sin orillas
preñada de terrores, con siniestras
calmas bajo las quillas, en las noches
de la tiniebla desolada. Fuerza
demoníaca parece, una protesta
por las naves profanas. Donde antaño
sólo bramó el ciclón, libre monarca
de las revueltas sirtes, suenan gritos
de la maniobra humana; la nao rompe
las olas, donde balanceó el cetáceo
sus lomos atros; se oyen los cantares
de la chusma en la aurora, cuando sólo
cantaba el Sol sus himnos: en la noche
se reza ó se blasfema, donde el astro,
indiferente, mira las negruras
de tan hondo callar sobre las mares.
Y van las carabelas en la inquieta
zozobra hacia lo inexplorado; van
por Colón confortadas—las pavuras,
la asonada brutal, las amenazas,
en las horas cercanas del naufragio,
destruídas por su fe, por su robusto
fervor de catecúmeno.
Una tarde
era en que el sol se esconde tras las aguas
en un incendio de oro, entre los ópalos
de las celestes vísperas, en la hora
cuando las liras de los mares dicen
sus leyendas de amor y de misterio
las horrendas catástrofes, los ruegos

por los náufragos solos. Asustadas
rezan las chusmas de las carabelas
entre el angelus triste y ven pasar
á Dios sobre los fluctos... Vago se oye
un piar en los cielos. Vuela, trina
una bandada en revoleos. Se posa
sobre los mástiles trinando. Extraño
es el plumaje, los gorjeos. Rodrigo
de Triana espía sobre una cofa: ¡Tierra!
¡Tierra! grita indicando: el cuerpo lejos
en el vacío abalanza. Las cadenas
del ancla ruedan por los escobenes,
las naves se detienen, cimbran bajo
los toldos de la noche y se están quietas,
Es la mañana. Suena una leticia
de arpegios escondidos en la aurora
de la Naturaleza. Hasta los barcos
llegan perfumes raros, cual si fueran
olores acres de espesuras densas,
linfas de troncos sápidos, regueros
de humores lujuriantes, como impúdicos
almizcles de las nupcias virginales
en el fulgor del alba. Era un poema
de salvajes montañas y torrentes,
precipitando al valle, con rugidos
de lejanas guaridas, con estrépitos
de cachorros saltando por las breñas,
entre tupidas selvas destroncadas
por las hachas extrañas. A su sombra
los bronceados gigantes, las mujeres,
con las ubres leonadas, sus liturgias

carnales celebraban. Los marinos
regocijados cantan. Son los versos,
que tienen sol de Andalucía, claveles
sobre el alféizar, ojos de Granada
y mantos de espumillas, con relieves
de rosas y azucenas; las endechas
da minha terra dicen los gaiteiros
en el largo lamento, en las quejumbres
de las morriñas hondas y las jotas
de la fuerte Aragón y los zortzicos
narran las alegrías de la española
alma gallarda, aventurera. ¡Hidalgos!
los pueblos rinden armas. A los héroes
se inclinan las banderas. Las panoplias
á sus penachos doblan. Cielo, mares
hollados por las quillas, en saludos
reverentes se inclinan. ¡Gloria! ¡Gloria
á la Hispánica gente! Un nuevo mundo
surge al esfuerzo de titanes. Férreos,
como el alma del Cid, los marineros,
nuncios de nuevas honras, las borrascas
temerarios dominan. Por la hazaña
refecundadas, las cenizas brotan
en laureles é inciensos. Tiene miedo
de esa grandeza el Orbe!

En la ribera
reza Colón arrodillado, rezan
en rededor de la oriflama santa
en el humus hundida, los marinos.
El mundo se dilata; abrióse el pecho
de América piadoso en el prodigio

de las selvas ubérrimas, en la áurea
veta abundosa de las minas. Sacian
sus hambres los humanos; en montones
llegan los harapientos; la miseria,
la secular esclavitud los echa
fuera del patrio lido, hacia la tierra
proficua, de llanuras infinitas,
hacia el pan amoroso de sus bosques
superfluos... Cicatrizan las heridas
de las crueles autocracias... Eran
limitados los predios, muy serrada
la grey humana y populosa. De hambre
los ilotas morían, vientre arriba
sobre la peña estéril á podrirse.
Por las sucias callejas de las urbes
va de las buhardillas un acervo
de negras cajas hacia el cementerio;
eran osarios los talleres; era
la vida desperanza. El nuevo cántico
vino de allende el mar, un *sursuncorda*
á esa retahila de calvarios. Viva
una luz de alegría acompañaba
de los entristecidos el exodo
á las tierras de América. Felices
fueron los melancólicos; amaron
los juveniles; en los cancioneros
se habló de cunas y de madreselvas,
las cabeceras perfumando; hubieron
ojos de madres pensativos sobre
el dormir de los niños, dulces nenias
sonando en la vivienda, con crujidos

suaves de cunas amorosamente
mecidas. Cuando vuelve del trabajo
el labriego á la cena, en los manteles
albos por sus lejías, en fragancias
humea la sopa verde y el agua fresca,
en las botellas, cristalina; cuenta
el reptar misterioso entre los cuarzos
del alma sana de los manantiales.
Resurge la familia; seca lágrimas
con su riqueza América; se limpian
los blasones que roe la carcoma
en la pobreza aglomerada. Viste
de luz la casa triste. Las vetustas
salas hispanas, donde las panoplias
hablan de hazañas viejas y los duques,
pintados por Velázquez, en los pálidos
rostros conservan las rudas congojas
del vivir trabajado y los toisones,
cayendo raídos por los terciopelos
sobre el jubón apolillado y tétrico,
escriben cuentos de realezas idas
hasta el sepulcro por crucifixiones
atrás, dislacerantes; ahora entonan,
en su triunfal resurrección, la dicha
del nuevo pan de América. Allá van
á millares los monjes, los guerreros
hacia las playas descubiertas. Vidas
de Pizarro y Cortés la aventurera
mente llevastéis de la España, el reto
gallardo á los peligros, el desprecio
á la muerte segura. Ardió la flota

en la mar Mexicana; de los Incas
el imperio cayó bajo la espada
en torrentes de sangre; de cadáveres
fué una avalancha la conquista, osarios,
de esqueletos dejando al Sol desnudos,
en montones hediondos... Las cenizas
vuelan de los destruídos templos; ruinas
de un mundo enorme yacen desoladas
en el desierto; se oyen los lamentos
de las sepultas religiones. Dice
la entraña de la quena las leyendas
indias, en inmortales elegías,
el luto de las selvas, las quejumbres
de los amores fenecidos. Bárbaro
es su dolor, como el dolor de América
por el hogar contaminado. Ahora
en las noches calladas, bajo el cielo
misterïoso, taciturno, al lado
de las leoninas madrigueras, entre
los trozos de los templos, en las huacas
de las vastas necrópolis hundidos
y en las pétreas latebras, va quejándose
tan lúgubre la quena; llora, llora
de angustia, de nostalgia. Los que vieron
vagar el ángel triste en la penumbra,
narraron, como de la flor del aire
tenía la semblanza. Su vestido
era de recias hojas y los pétalos
blancos formaban su pupila, aromas
hieráticas manando, como incienso
de algún divino pebetero. Cuelga

de las peñas, columpíase, susurra
rezos al mundo extinto. Hija del suelo
adorado, no quiere las nativas
abandonar comarcas; es la ofrenda
del amor virginal, los azahares
de la selva impoluta; el sacrificio
de las nupcias corona. Como el alma
de la quena andariega, la nostalgia
del mundo muerto llorará esa flor
hasta el último siglo...
                                        Una zahurda
húmeda, breve. Sobre el duro suelo
una almohada de piedra, un tragaluz,
cerca del techo bajo, con barrotes
de hierros oxidados. En la escasa
luz descendente vese un crucifijo
en la pared clavado, una mugrienta
mesa, un sillón de cuero; sobre páginas
de papeles escritos, un tintero,
en un rincón la jarra. Una tarima,
apenas alta sobre el suelo, el lecho
era del almirante. Remataba
en la almohada de piedra. De la calle
rumores llegan á la celda. Chocan
por el cercano corredor las llaves
del carcelero esquivo. Está sentado
el sublime galeote con el codo
en la mesa; sobre la mano abierta
la lívida mejilla, en el ensueño
meditabunda la pupila. Escribe
sus memorias—el ojo mortecino,—prona

sobre el papel la mano. Apura, apura
su escribir; fuerte sacude la cabeza,
con altivez leonina desparrama
las canas en el aire. A su delirio
el virrey vuelve moribundo y besa
de cuando en cuando su toisón.
La aurora...
La vida canta afuera los amores
de la luz con los árboles, los besos
de los fragantes matorrales. Pían
los nidos en las copas y gorjean
en los húmedos prados entre rosas
los pájaros volando. El oriente
de púrpura se tiñe; asoman rayos
sobre el fondo violeta; el sol emerge,
asciende tramo á tramo. ¡Hosanna! grita
el cielo en su temblor. Tiembla la tierra,
palpita en el hosanna. Entra en los ámbitos
de las cosas la luz y los meandros
de las humanas células calienta;
tripudia, juguetea, alegra el alma
de los nacientes átomos, fecunda
en un ardiente jubileo. Apenas
un sucio clarobscuro entra en la cárcel
helada, donde escribe el navegante
sus delirios marinos; «Dios te salve
¡oh mar, amor de las viriles horas!
Me arrojé á dominarte, cuando brama
el huracán, alzando hasta los cielos
las bamboleantes olas; temerario
vencí los resalceros, de los mares

zozobra inquieta, como el alma. Adoro
el manso respirar del gigantesco
reposo de tu cuerpo; adoro el ósculo
á las playas tranquilas, el perfume
de las profundas algas. ¡Dios te salve,
oh gloríoso padre de la vida
en las ciudades ribereñas! Cuéntame
oh mar, tus cuitas. Dime: como el hombre
¿tienes congojas? Dime! ¿por qué fablas
tan misteriosamente en el silencio
de tus calmas? Acaso vas narrando
historias de nostalgias en las hondas
soledades marinas. ¿No te dieron
las novias su poema? ¿El navegante
no escucha las estrofas sobre el barco
inmóvil y sereno? ¡Oh! ¿tú me ocultas
al morir sin rumores de la humilde
flor de tus valles? ¡Ay! Yo he visto el cuerpo
vagar de los suicidas en la paz
de las aguas. Ese vaivén eterno
de playa á playa ¿no es la torturante
imagen de la vida? Habla. ¿No son
«*de profundis*» los ruidos que se pierden
al lejano horizonte? ¿ No hay campanas
que de las cofas plañen la elegía
—en voz tan baja—de los desdichados?
Y tus cóleras son como el rencor
humano destructoras y semejan
batallas de gigantes, las batallas
que á los barcos trituran. Tus abismos
saben á maleficios; en la gorga

hay un osario abierto, donde el náufrago
desaparece, como en el delito
la ánima torva; es tu callar siniestro,
como la felonía. ¡ Salve! ¡ Salve!
Eres fecundo como el Sol. Los pueblos
rompen tus olas con las quillas; grandes
por tu conquista son... Y vió en la sombra
Colón de su delirio á la nao griega
salvar en Salamina á las estátuas
de Helenia triunfadora, á las ferratas
triremes domando al Orbe; en el Océano
incógnito y horrendo vió á los Vickings
luchar con las tormentas, monstrüosos
titanes de las aguas; vió á las naves
de Génova y Venecia, á los galeones
de España estrénua en aguas sarracenas
dar á la cruz el triunfo, entre la horrible
papilla de los miembros mutilados,
entre un fragor de mundos rotos. ¡ Gloria
á los espectros de los héroes! Pasan
vagando erguidas en los plenilunios
esas larvas zahareñas...

A millares
veía surgir Colón, en su delirio,
ciudades populosas. El trabajo
se agita en la colmena. Cada cripta
del panal luminoso alberga un héroe,
una familia cada choza. Sudan,
barbechando la tierra los labriegos
sobre el húmedo surco. A puñaladas
rompe el arado la matriz sangrienta;

abona el cruor la semilla; paren
las mieses en prodigio. Por los campos
suena un mugir de haciendas, dilatado
hasta los últimos confines. De humos
y fracasos de fábricas se llenan
las ciudades de América. En silencio
buscan los sabios la verdad; el arte
va hacia la forma griega.
                                        En cada plaza
su estatua ve Colón, égida sacra
sobre el tumulto de los pueblos libres,
sobre las libres oriflamas pálio
incrüento... Narran al navegante,
en el delirio, historias de combates
las estátuas, gritos de redenciones
y hubo en el continente, como estruendos
de victoriosos areópagos. Maestra
de libertad fué América.
                                        Y fué la última
visión del moribundo. El crucifijo
toma de la pared, sobre su pecho
lo cierra con fervor; las oraciones
reza en voz baja del perdón; saluda
á España en su apogeo. El virrey muere.
Es el alba del mundo; canta el Sol
sus himnos de triunfo; narra el mar
las lúgubres endechas sobre el féretro
de su dominador...

Romero de la tierra

Y mientras pasa
el romero del mar hacia la muerte,
va por tierras de España Don Quijote
enhiesto y largo sobre Rocinante.
Es un niño con canas, una sombra
viajera por la tierra y por las almas,
fascinatriz quimera. Lleva á cuestas
en andar su Calvario, augusto símbolo
de la humana inquietud; algo de Cristo,
algo de andante caballero, acaso
un redentor desventurado. Demon
eternamente vagabundo.

Todo
era horror; impune la barbarie.
Sobre el luto de la violencia reina
el escarnio insolente; la inocencia
fallece á manos de facinerosos
en la virgen violada; los ancianos
se acuestan á morir en la mancilla
de la casa corrupta. La natura
sus flores ha perdido; en el empíreo
sus fulgores los astros; mortecino
el sol, rodando en inerte pavesa,
lóbrego cruza el éter; al delito
iluminar no quiere. Al mundo eriza
una pavura, y soledad... Se agachan
sobre el abismo los castillos; guardan
á las princesas prisioneras; mira

el endriago, se arrastra en la custodia,
alerta, día y noche. La campaña
ve sus labriegos perecer; los hombres
abren sepulcros y los arcabuces
de la mesnada errante. En las ciudades
pululan las prisiones; el cadalso
alza su negro catafalco bajo
los campanarios de las catedrales,
sobre las plebes socarronas, entre
el *miserere mei* de las campanas
que tañen largo en medio á los gemidos
del inocente arrodillado. El hombre
preñado está de culpa.
Don Quijote
sabe, arremete, busca en la aventura
repristinar las cosas. Su persona,
como un espectro, flaca; la pupila
inquieta, melancólica; cetrina
la color, el alma visionaria
por extrañas quimeras. Se alucina
jinete sobre Rocinante, escuálido,
casi esqueleto de hambre. Sancho Panza,
rotundo sobre el rucio, al amo sigue
en las arduas andanzas. Agachado
sobre la cruz de Rocinante, corre,
un hato de carneros enristrando
en la herrumbrosa moharra el caballero.
Le parecen guerreros; los molinos
gigantes y castillos almenados
las sucias ventas; bellas castellanas
las opulentas maritornes. Sancho

en vano tenta desgarrar el velo
del delirante ensueño. Es que no sabe.
El hombre vive de quimeras; niños
inquietos y violentos con anhelos
no saciados jamás; adolescentes,
locos en el amor, una de carne
mujer se trueca en diosa. Ese poema
es en la esencia carne. A veces vano
es amar, vana la adorada forma,
vano el martirio del desdén y el triste
horror de los suicidas; la alegría
de la borracha bacanal es vana.
No sacian las rameras. En el fondo
de la embriaguez nada el hastío; en la copa
hiede el fangal. Hetera lujuriosa
ó púdica doncella, nada sacia,
epitalamio ó lupanar. Son vanos
los amores virtuosos. Pronto buscan
nuevas mancebas, nuevas borracheras
aburridos los hombres. En la entraña
de la mujer rebullen victoriosas
las recientes libídines.
Quijote
sueña de amor, inventa á Dulcinea,
una zagala mal oliente; diosa
la cree de gracia, de bellezas; ámbares
y aromas misteriosos son los hálitos
de los viejos establos; las piltrafas
que dejan ver su gorda pantorrilla
atrigueñada en la intemperie, túnicas
de historiados brocados le parecen

al encantado caballero. Arroje
el que jamás soñara estas locuras
las piedras del camino. ¡Cuántas veces
amáis la podredumbre, oh juveniles,
en la ponzoña enfermos, los tumores
de gusanos besando en los rosados
ávidos labios lujuriosos! ¡Cuántas
la hedionda lue aliento celestial
en el amor parece! Ante esas nécrosis,
apostemas de pus, ante el horrendo
esfacelarse de la carne, vense
los hombres revolcarse en una brama
de vicio inextinguible, una epilepsia
de lascivia agitando á los galeotes
de esta ergástula mala. Amor destruye
al decoro del hombre; envilecido
huele á cadáver en su vida; á veces
da heroísmos al alma. Don Quijote,
puesto su corazón en Dulcinea,
en el brazo la adarga, en la cerrada
diestra la lanza endilga hacia el peligro
al trote lerdo de su Rocinante.
Virtuosos, perdonad. ¡Hombres perfectos,
perdonad á los locos! ¡A vosotros,
gaudentes de la vida mansa, el cielo
os será dado! En ellos las heridas
destruirán á las vísceras; la muerte
suele dar paz á las mentes turbadas.
Perdonad si incomodan. Ya sabemos;
la adiposis es vuestra. *Sicut porcus*,
seguid viviendo en los lautos convites

de Pantagruel. Y pronto los gusanos
encontrarán después una opulenta
libación de gangrenas en los cuerpos
de los gordos cadáveres; la inercia
de las vidas estériles concluye
en una orgía de vermes! Pobres héroes
á la empresa entregáis todos los átomos,
en huesos y piel lívida os acuestan
en los broceados féretros; la espada,
ó la bandera de la patria, ó llantos
de pueblos redimidos la osamenta
velan del ataúd; sobre las tapas,
verdes las palmas del martirio, claman
á la vida proficua. En Don Quijote
vive el alma del hombre. Como el niño
es temerario, irreflexivo; fuerte
es como los viriles, misionero
maltrecho casi siempre, sueña en gestas
para salvar al oprimido. Imagen
de un pueblo generoso, este poeta
á tu Calvario cubre de laureles!
Escribió España el libro. ¡Sea bendita!
¡Oh decoro sin mancha! ¡Oh fascinante,
oh verecunda gloria! Son tus savias
derrochadas para otros; infortunios
esas bregas te dieron. Resurrecta
el futuro te encuentre en una excelsa
cumbre más alta que el pasado. ¡Vamos,
vires férreos! Os llaman los sepulcros
de los héroes. Se agitan las banderas
conquistadas. ¿Dónde está, zahareños,

la sangre de Viriato? ¿Dónde el tercio
omnipotente, vencedor? Gonzalo
¿no dejó estirpe? ¡*Sursum corda!* ¡*Sursum*
invictos! ¡Sobra fuerza! ¡Los granitos
sobran y las memorias! Sois los hijos
de Sagunto. Fuistéis de *Hispania magna*
los leones. A sucumbir os llevaron
sobre honras, sobre túmulos heroicos.
Con huesos de guerreros fuisteis hechos,
sacudió vuestro paso á las cenizas
de los grandes yacentes por la patria
y el mundo vió vuestras victorias. Nadie
use la befa; no haya carcajadas
sobre la desventura. Turba estúpida
á los Quijotes vagabundos abre,
venerando, el sendero. ¡De rodillas!
Toman las cumbres por asalto; agarran
heridos los trofeos; de la gloria
en pos caminan siempre; tienen fuerzas
de vetustas panoplias; son serenas
almas votadas al martirio. Paso
á los Quijotes vagabundos. Den
lauros los niños; tiemblen los ancianos
sobre las sacras losas. En la tumba
del caballero andante deteneos.
Abandonó su granja en mano ajena
por la odisea de redención. Se vuelve
escarnecido, pobre. Hasta el períclito
Sancho rechoncho risotea y se agarra
el susultante vientre; brama la ínsula
de Barataria en reino. Así, sensatos,

que el epigrama usáis contra el ensueño
de los Quijotes de la tierra, en guardia!
Misericordes sed en los errores
del heroísmo dolorosos. Haya
una dulce piedad. Vuestras guiñadas
y la befa soez revelan almas
de sucias juderías. Sois gibosos.
Por el suelo saltáis como los sapos,
babas echando y esputos en las hostias.
También soñáis vosotros en las ínsulas
Baratarias, sensatos. Compasivos,
os haréis perdonar la hipocresía
y las horas cobardes. Abrid paso
á los andantes caballeros!

El Idioma

Biblia
del lenguaje español es el Quijote.
¡Oh sublime idïoma! Te dió el cielo
purísimos azules, melodías
de astros vagantes por nocturnas sendas
en amoroso enigma; sus fulgores
el Sol, eterno padre; los terrores
el trueno, las centellas; huracánicos
fragores las tormentas homicidas,
desarraigando selvas y la noche
te dió el misterio de sus plenilunios,
la aurora sus conciertos en poëmas
de cantarinas aves, en susurros
de brisas y la tarde dió los tristes

Angelus moribundos; la espesura
el polen y los ásperos berruecos
rudos vocablos; la hondonada obscura
misereres de abismo y los rugidos
de sus sirtes naufrágicas; los mares
el broquido tifónico, el susurro
de las aguas playeras, las quietudes
de los puertos amigos, los arcanos
de las marinas soledades. Dieron
las ciudades su estrépito, el espíritu
humano sus pasiones, las historias
las epopeyas de sus odiseas.
¡Gloria al idioma Hispano! ¡Gloria! ¡Gloria
al idïoma de los caballeros,
al cual Natura dió todas sus galas,
al cual el alma dió todas sus penas!
Se habló en el Romancero, en las murallas
de Granada la fuerte; fué la lengua
de los galeones en Lepanto; América
oyó los cantos de las carabelas.
Como la luz del Sol la vida crea,
así sus armonías dan la vida
en la muerte.

Los tercios

Lo gritan las panoplias
de los soldados en la vieja herrumbre
rojiza, en las heridas, en los bárbaros
machaques de las mazas, en destrozos
de culebrinas y arcabuces. Se oyen

en el cavo de yelmos y corazas
alaridos guerreros; los timbales
suenan las cargas truculentas; dianas
vibran en los clarines oxidados,
entre el humo, el estruendo, entre las paces
eternas. Crepitan las balas; brincan
los caballos heridos, arrastrando
tripas por la batalla, con relinchos
dolientes; con bramidos y tumultos,
como de rotos astros, fugas pálidas,
detrás feroces getas y bestiales
pupilas de sicario en un horrendo
cercenar de cabezas. Son los tercios
nunca vencidos y blafemos; gritan
para morir: ¡Santiago y cierra España!
Dux es Gonzalo; símbolo Paredes,
arrojando cañones desde el dorso
mastodóntico sobre el enemigo,
triturado en la fuga pavorosa.
¡Oh gigantea leyenda, tan enorme
como el alma de España! Fué maestro
de sangrientos decoros el idioma
del Cid y de Ximena!... Zaragoza,
hundida en el fracaso, cuando vuela
en la calígine el escombro, muere
escribiendo de honor un romancero
y sobre los cañones Agustina
habló español muriendo. Zaragoza
las águilas sepulta. ¡Héroes del Orbe,
oh trofeos, panoplias, oh vagantes
manes de los guerreros, forma augusta

del honor, dad lirios, y homenajes
al idïoma de los caballeros,
al cual Natura dió todas sus galas,
el cual el alma dió todas sus penas!
¡Oh formosas memorias! ¡Oh divino
de los siglos pudor! En esta lengua
hablaron los hidalgos. Es Quijote
el poema del mundo. Cada proeza
guarda en la esencia el alma del manchego,
cada grande es Quijote y cada larva
oculta en los panteones. Peregrinos,
si alguna vez pasáis cerca de España,
amad y recordad. Ha escrito el Libro...
Que en vuestra tierra como en todas, vaga
vasta la sombra de Quijote el triste
enhiesto y largo sobre Rocinante!

Romero del espíritu humano

Describe los meandros más obscuros
del alma dolorosa otro romero,
lee las pasiones, las filosofías
arcanas de las cosas. En un circo
entre rayos de luz bajo una tienda,
aquí plantada y allá por las colinas,
entre las muecas de los histriones,
cerca de Dios ese poeta escribe.
Crea Cosmos como él y sus tragedias
son la verdad. Y sufre. Son angustias
de crüeles Erymnis. Todo escribe
el aeda gigante; la tortura,

el rugido feroz, los regicidas,
el cántico de amor, las mentes torvas,
la grandeza del mar y de las selvas,
el miedo en los nocturnos cementerios,
cuando entre los sepulcros se oyen besos
y en las tinieblas caminan los muertos,
buscando leves los labios glaciales
en las cajas abiertas... Todo escribe
el aeda gigante; aroma y podre,
abismos y triunfos, juderías
emperatrices de las roñas, albas
lejías de altares, fugas y pavuras
en la derrota á gritos, alegrías
de vírgenes ingénuas, misereres
de espíritu tristísimos, las hostias
y la blasfemia. Canta en los jardines
de Verona el amor, cuando la alondra,
fija sobre las alas en la altura
trina, anunciando el alba; los horrores
describe del suicidio entre los féretros
de Capuleto. Sérico el vestido
con festones de azahar, como dispuesta
á una fiesta nupcial, sobre el volumen
de los blondos cabellos acostada
yace Julieta extinta bajo el beso
doliente de Romeo. Entre los húmedos
sepulcros, entre el musgo funerario
verde sobre las losas, donde el buho
las alas bate contra las paredes
con lúgubres gemidos, va Montijo
y suicida el puñal de arriba abajo

le parte el corazón. Besa la boca,
sollozando, de la divina amante.
¡Oh enamoradas que pasáis soñando
en las auroras nuncias de los cantos
de las alondras y en los relicarios
guardáis las flores secas del recuerdo!
¡Oh! ¿no sabéis acaso? Son hermanos
el amor y la muerte. Y mientras ande
por los cielos el Sol, los azahares
se secarán en las gualdrapas. Digan:
el amor ¿se nutre de pesar? ¿Vive
de su propia tragedia, como abono
fuese el dolor, el llanto? Cuando piensan
en la novia lejana los humanos,
tanta agonía solitaria sienten
como si fallecieran. La leyenda
escribe como prende los festones
de azahares Julieta á los vestidos
largos de seda de las novias, cuando
frente al espejo colócanse el velo
de tul inmaculado. En los joyeles
vive Julieta, vive en la armonía
de las marchas nupciales, en los besos
de las recónditas alcobas; nútrese
de perennes sonrisas; los jardines
le dan su sol y los perfumes; nada
conoce de la vida en el ensueño
tan terrenal y tan divino.
Nunca
lastiméis al amor, malditos. Dios
os castigue, sicarios. Un mal rayo

el cráneo os rompa; se empape la tierra
en las papillas de sesos sangrientos!
¡Eterna alondra matinal! ¡Oh alféizar
florido de Julieta! ¡Oh divinal
cántico del amor y de la muerte!
Por qué pasáis así, frágiles flores
amorosas por las manoplas rudas
flageladas?

Luisa de Lavalliere

Y pasáis tan sumisas
como el aroma de los mirtos, cuando
el cierzo los abate ó la armonía
de viejos clavicordios en la noche
de los siglos, si narran las historias
quedas de amor y angustias. Más ruïdo
hacen las nenias que vosotras, más
las hojas otoñales sobre el césped
cayendo, más la mano levantada
en el adiós del éxul, más los besos
sobre la frente de los hijos muertos
y el suspirar del navegante, cuando
el patrio lido deja y dice más
la ruina... Pobres mártires, ¿por qué
así tan mudas vais á los arcanos
sin retorno? ¿Qué males las violetas
hicieron? Las vírgenes silenciosas,
en las campanas de cristal guardadas,
por la piedad materna, ¿qué os hicieron,
verdugos? ¿Y las niñas inocentes,

que en el pensil las bellas manos mueven
para tejer guirnaldas y la endecha
del alma dolorida van cantando
en nostalgia de amor hacia los cielos?
Y los nidos, la sombra de los árboles
y la bondad ¿qué hicieron? ¿por qué pasan
las vírgenes tan mudas bajo el garfio
de los verdugos?
Y tú ¿por qué pasaste,
Luisa de Lavalliere? Era en Versalles;
eran citas furtivas. El murmullo
de las fuentes ocultan los siseos
del diálogo en la sombra de las chozas,
por los parques floridos, donde besan
en el tranquilo estanque, con el pico
de ágata, los cisnes... Había ritmos
de gavotas lejanas, lentamente
melodïosas... Sonaba por el bosque
con argentíneo tintineo la risa
de Luisa fugitiva. Los violines
trovan de amor en los salones; dicen
de las crujientes sedas el lenguaje...
de las albas pelucas, del escándalo
de pajes elegantes y zagalas
en las glorietas de las madreselvas,
sobre las azucenas... La loca huye
risa de Luisa... Trina en la espesura
cerca del nido un ruiseñor... Las rosas
huelen en los aljófares; la noche,
cara al epitalamio, cauta llega
sobre los parques. Brilla en los salones

lejos la luminaria; silenciosa
como un enigma está la sombra. El beso
sonó de la realeza; detuviéronse
en el ardor los labios fugitivos.
Hubo un fulgor de aurora; los violines
tocaban sus gavotas; en el nido
los ruiseñores se acostaron... Luisa
sobre una alfombra de azucenas duerme
en el seno del Sol... Tiembla la noche
en los nupciales frenesíes... El rey
á su aurora fecunda...
                                        Hasta la celda
donde ella guarda la congoja muda
de su pasión, llegan las carcajadas
de las rivales voluptuosas. Triunfa
el vientre de la hetera en impudicias
de carnales orgías, la soberbia
de las sangrientas rosas... En los campos
agachan las violetas sus corolas,
se marchitan y secan sin lamentos,
perece el ruiseñor y sólo queda
el amoroso nido. En las quejumbres
de la Naturaleza nadie advierte
el sollozar de los ocasos; nadie
sabe que se secaron las violetas,
que el ruiseñor cesara... Del tugurio,
en las cajas de pino, al cementerio,
á saltos en los carros—los cadáveres
llevan de los anónimos. No lloran
las gentes y no rezan. Nadie sabe
que al cementerio se han llevado un muerto.

Y en el cenobio acuestan la cabeza
para siempre en el féretro las monjas.
¡Qué frío en esas celdas! ¡Qué quietud!
Las almas de las monjas van al cielo
sin sol, como la noche. ¡Ay! Los humildes
ocultan el dolor en un silencio
profundo y elocuente. ¡Ay, tan callando
que se van los humildes y las almas
de las violetas, de los ruiseñores
tan que se van callando!...
Era la hora
de los maitines en el claustro. Luisa
vestía un sayal gris. La cabellera
sobre la almohada de la moribunda
un astro de oro parecía... Era pálida
la hermosa efigie apenas alumbrada
por la auroral penumbra. En su pupila
amor vivía perdonando. Hablaba—
dulcemente como una melodía,
con un murmullo acariciante, suave,
una leyenda de piedad. Estrecha
era la celda con olor á lirios
de los santos jardines. En el coro
salmodian las novicias y se arroban
con el alma de Dios en comuniones.
En la huerta olorosa pían las aves;
mandan las vïoletas sus fragancias
hasta la cama fúnebre; la aurora
en los maitines ríe del universo;
por las ventanas se entran los susurros
del fresco amanecer... Habla la monja

dulcemente, como una melodía,
llamando al Sol. ¡Oh Luis, martirio, amor!
Y Luisa besa el crucifijo de oro
y rezan las novicias el rosario
y las campanas doblan lentamente
anunciatrices de las agonías.
¡Oh vïoletas, pobres compañeras
del humilde ataúd! Estaban húmedas
del matinal aljófar; el aroma
se difunde en la celda, como bálsamos
de celestes turíbulos. Las manos
lirios encierran con el crucifijo;
en la huerta cercana sus endechas
un ruiseñor lloraba. ¡Ay! tan callando
que se van los humildes y las almas
de las violetas, de los rüiseñores;
tan callando que mueren los repiques
de las campanas—por las soledades,—
lúgubres nuncias de las agonías!
Fecundó su sepulcro.

El Sol

Tumultuarias
iban las muchedumbres. Nunca visto
deslumbrante fulgor alumbra el paso
de la teoría interminable. Francia
en esa larva bebe una copiosa
savia de vida. Exulta. En inmortales
batallas triunfa. Francia á tus soldados
nada resiste, á la demente furia;

vence la flor de lis y los tricornios
de los viejos guerreros son banderas
de las vanguardias impetuosas. Saltan
á través de los fosos; los baluartes
son dominados, toman los cañones
hiriendo á bayoneta, con bramidos
de leonino furor, en la refriega
jadeante y pertinaz. Los caballeros
blanden la espada, echando los corceles
con rojos belfos sudorosos, rápidos
y encabritados sobre las falanges,
sobre los miembros triturados, entre
las desgarradas vísceras. Los cráneos,
tan-tan sonando en la salvaje riza,
flagelan los cadáveres á saltos,
desde los cuellos cercenados. Zumba,
penetrando la espada en los purpúreos
lagos del corazón, que se detiene
en un turbión de coágulos. Infantes
y caballeros forman un montón
de carne herida, llena de lamentos
estridentes... Combaten cien batallas
heroicos, los leones; Luis de Francia
animaba á las huestes. La leyenda
cuenta que en el fragor, cuando revientan
las culebrinas y en el aire brinca,
hundiendo vientres la ferralla, cuando
las acres humaredas enceguecen
y entre clamores y ásperos retumbos
se descuajan los céspedes y vuelan
en tolvaneras aventados, muerden

á la tierra, muriendo, los jinetes,
bajo la mole del bridón en trozos,
entre los alaridos y estertores
de los infantes moribundos—cuenta
que un ángel blanco de sedosas alas
y mirar recoleto,—con las palmas
abiertas hacia el cielo,—á Luis de Francia
protege en la vanguardia peligrosa,
dando al guerrero lirios. Es el alma
de Luisa Lavalliere.
Es ya la noche
de la victoria. El campamento duerme,
en la penumbra, sobre las colinas
saturadas de aromas. Las cortezas
de las cercanas arboledas vierten
acres efluvios. El rocío nocturno
recoge las fragancias de los prados
y las difunde en torno. Una beata
luz de los astros viene; cantan salmos
las alturas serenas; pían los nidos
en voz baja; huelen por la azucena
las cercas y perfuman el altar
de la noche. Descansan taciturnas
las tiendas alineadas. El espíritu
vaga de Dios bajo los cielos. Sueña
Luis el romero; «¡honor y viva Francia!
¡Vivan los viejos templos!» De las selvas
de los robles gigantes sean los Drúidas
del sacro rito sacerdotes. ¡Sangre,
manen las venas de tus hijos; cuajen
al prado lujurioso sus cadáveres

de limos fértiles; venzan los heroicos
soldados de la Galia! ¡Gloria! gritan
á la Francia las gentes, á la tierra
égida de noblezas, precursora
de los futuros misteriosos. Francia
los tiempos apresura. En la tiniebla
es luz. Deslumbra. Es en la estepa, abono,
guía del laberinto, cuando el hombre
no acierta en su sendero, iconoclasta
de los barocos repudiados, árbitra
de la belleza en arte, vengadora
de seculares injusticias. ¡Oh árbitra
de la belleza! Cantan tus poetas
las trovas diamantinas, como en Grecia
cantaban los aedas el exámetro
de los ciegos rapsodas, á la sombra
de oxiacantos floridos, ó paseando
con Pitágora excelso en la ribera
del mar Tirreno, murmurante el himno
á las bellas estatuas. ¡Vibra! ¡Vibra
la canción de Rolando! ¡Oh Cid! ¡Oh Fedra!
El rey sueña; quiere la conquista
del Universo. Luisa Lavalliere—
los ojos en el cielo entre las manos
palmas y lirios reza de rodillas
bajo la tienda augusta. Al sol dormido
besa la muerta enamorada y dice:
«en la tierra de Francia los humildes
tengan vida dichosa, los esclavos
libertad y los hogares perdidos
los proscriptos, luz la buardilla obscura,

los miserables pan, agua el sediento.
Que no haya amores tristes. En la alcoba
los besos de las novias sean los cánticos
de la familia iniciadores. No haya
suicidas en tu reino. No conozcan
las congojas los hombres. Nunca oprima,
Francia á los pensadores. ¡Oh piadosa!
¡Oh redentora, ardiente! ¡Oh caridad!
¡Salvas por el amor al oprimido!»
Se enalteció la mente. El siglo de oro
nació del arte; suenan las estrofas
de los bardos geniales; la natura,
y el alma se cantaron. Se dilata
la mente de la Francia. En esa fuente
bebe savias el hombre de bellezas,
de verdad infinitas. Reina Luis
sobre la tierra soberano. El mundo
del Romero del sol clama al triunfo.
Llega el ocaso. Vuelven los soldados
vencidos y deshechos; mustia esconde
la flor de lis sus pétalos; la cubren
los caídos con su sangre. El esplendor
se torna en sombra, en miserable harapo
los brocados; corroe á los palacios
la carcoma, crujiendo, los dorados
artesones se truecan en funébres
manchas de luto; muere primavera
de Francia en el jardín. Una de hielo
gualdrapa estéril mata los aromas
de los pastos quemados y galopa
el hambre. Llega la asonada; brama

agitada la plebe en amenazas
de muerte, turbinando en remolinos
delincuentes y llega el homicida
furor hasta Versalles. Se retiran
los cortesanos poco á poco. Reina
un inquieto silencio. En el boscaje
rumoroso de besos, corre un frío
desolado; no hay amor, ni citas; callan
los nidos solitarios. ¡Rey! ¡De pena
en pobre lecho acabas! Hay un hielo
en redor del monarca. ¿Por qué queda
tan solo el moribundo? ¿Dónde están
los laureles de guerra? ¿Dónde el ósculo
de las amantes? ¿Dónde los festines
y la brillante luminaria?
Un monje
sentado está allí cerca, musitando
Ave Marías, indiferente. A veces,
ahitado, la oreja acerca al labio
de ese lívido inerte. Todo pasa.
Reina la ingratitud. En esa estancia
se oye el zumbar del vendaval, afuera
volando por los parques; los relámpagos
queman bruscos la noche; desperados,
en su pavor de cataclismo, corren
los rayos, tronando á saltos. Llueven
sobre los techos cataratas. Sólo
suena en el cuarto el musitar del monje
en la zozobra tormentosa... A ratos
un ruido de ala... esencias de violetas,
entre el olor de los campos mojados,

un salmodiar de lejanos maitines,
fantasmas de novicias en la sombra.
del dormitorio, y besos. Se santigua
medroso el cenobita; ve pasar
de Lavalliere la larva, que en sus hebras
abrasa el alma del muriente y vuelan
en éxtasis de amor hasta el final
de los siglos. Serénanse los cielos,
aparecen los astros suspendidos
en el éter profundo. De los campos
viene un olor de pastos; por los bosques
duermen las mudas quietas. Las novicias
oran en el convento. Ha muerto Luis.
En el hondo sosiego reza Dios.
Rogad por Luis. Cantan los ruiseñores.
¡Oh lirios del altar! rogad por El.
¡Rogad por El, violetas de los cercos!
¡Rogad por El, campanas de la iglesia,
anunciatrices de las agonías!

Romero de la tiniebla

En la tiniebla vaga otro romero,
caminador de catacumbas foscas;
aborrece la luz de primavera,
la flor en lozanía; eleva un pétreo
catafalco y pasea su figura
de cetrina color entre la sombra
del Escorial. En la quietud profunda
á una ojiva se asoma... Ningún roce
por los campos dormidos; en el cielo,

los astros taciturnos y seráfica
reina una paz en la natura, duermen
las almas y lóbrego el cementerio,
blanco de cruces, vela en la hondonada,
y en sudarios envueltos, vagolando
entre las tumbas, hablan los cadáveres
historias de otras vidas; los poemas
de los callados esfacelos... Dicen
el Enigma... Por el espacio el miedo
pasa... Son cabezas tronchadas, cuerpos
mutilados y sangres de patíbulos
y huesos rotos en los potros. Surge
el espanto fugente. El rostro vieron
de Felipe las cosas; la inquietud
se apodera del orbe; en sobresalto
las gentes miran cautelosas; tiembla
la carne exangüe; temen á los hijos
los padres; todos de los otros guárdanse.
Cesaron los amores; la alegría
del crecer juvenil se entenebró
por fríos ascetismos; los cilicios
ahuyentaron al beso; los ayunos
maceraron los cuerpos; era lívida
la color de los hombres; un ejército
de esqueletos cenceños las plegarias
ceceaban por los cuartos, transformados
en tetras celdas monacales; toda
España era un convento. Está vedado
amar, pensar, vivir... La luz no existe.
Una tiniebla reina en las latébras
del corazón humano; carcomido

en polvos se deshace; son sus fibras
arambeles astrosos. Es que hozaron
las piaras en sus púrpuras. Hiede
á muerto el alma, á secular pantano,
á cieno de cadáveres, á obscuras
casamatas sin aire... Las ciudades
de las tierras del sol alzan patíbulos,
matan herejes, matan osadías
de altivas rebeliones y las turbas
á los cadalsos agolpadas, mojan
los hocicos en sangre; se atropellan,
se arremolinan, se comprimen, gritan
con roncas voces de exterminio. Empujan
las nuevas turbas, se sofocan, rompen
los fúnebres tablados. Dilaniando
á los miembros inertes, las cabezas
arrojan al tumulto. Sitibundos
tragan los restos; bailan una impúdica
salvaje danza en rededor. Felipe
contempla las matanzas en el frío
oratorio rezando los rosarios,
á Dios invoca vengador, un triste
Dios sin dulzuras y sin sol. El cielo
es una helada ermita, una siniestra
tiniebla. Azul murió. Las armonías
y los rezos alegres, letanías
ásperas parecían. Penitentes
por la esquiva Tebaida van los ángeles
macilentos, aullando; los celestes
términos son eriales, una yerta
sábana, donde galopan los lobos,

á la Luna ladrando, un astro frío
de la noche ermitaño. Todo muere
en la tierra del Sol. Este se apaga;
se secan las praderas; la arboleda
ya sin linfas se raja. Está desnuda.
Natura feneció. Toda la podre
de los osarios heresiarcas quema
al césped, á los troncos. Torquemada
en un desierto reza; Alba pelea
con degüellos horrendos. Las ciudades
perecen de miseria; por los campos
huye el éxul, cansada romería
de enflaquecidos cuerpos, melancólicas
mentes trovando al mísero abandono
de las nativas villas. Van las últimas,
desvencijadas guzlas; las hermosas
agarenas se van y las mezquitas
se abaten rumorosas. Por las vegas
de Granada armoniosa una elegía
fúnebre suena, donde murmuraban
de amor las fuentes y de besos, donde
por los patios marmóreos perseguidas
fugaban las huríes de los brazos
de los amantes caballeros. Rompe
la tortura las carnes. Sobre negros
cadalsos se hachan los herejes. Va
entre bóvedas húmedas Felipe,
gigante solitario, por la noche
del Escorial... Parece un mausoleo
de larvas el convento... En el silencio
suena un graznar de buhos; agoreros

pájaros negros vuelan; en las uñas
crüentas llevan carnes palpitantes
de los ajusticiados. La desgracia
gime su angustia trágica; la tierra
en los hondos clamores se espeluzna
y en los crujidos de los huesos rotos.
Reza Felipe; el potro se ensangrienta;
pasan las cuentas del rosario; pasan
dando tumbos los féretros; se lleva
cada hereje al sepulcro una alegría
de España. Fué un osario. Nadie canta,
ni crecen los claveles. La plegaria
del rezador asceta agosta, seca
la vida. Como un tétrico fantasma
camina por la noche; se dilata
sobre la tierra sojuzgada el déspota;
de rodillas al pie de esa demencia
yacen las vidas todas. ¡Genio! ¡Oh Espectro!

Santa Teresa de Jesús

Teresa vive en ese siglo, activa
paladín de la Iglesia, una andariega
amando al Nazareno en sus deliquios.
Eran arrobamientos; eran éxtasis,
un frenesí, casi carnal locura.
¡Qué voluptuosidad! ¡Oh cuanto beso!
¡Qué martirio en su voz! «¡Amor, clamaba,
genuflexa en la celda! ¡Jesús mío,
amor, deleite mío! ¡Son tus ojos
mi luz y pan de Eucaristía y sangre

de mi sangre es tu boca! ¡No me quites,
amado mío, los labios! ¡Soy sedienta!
¡Quiero beber allí de tu divina
esencia hasta embriagarme! ¡Quiero! ¡Quiero
saciarme con tu verbo en la armonía
de las palabras! ¡Vives en mi vida
perennemente! ¡Aroma de la celda,
flor de mi angustia, mi ensoñar, mi aurora
eres, amado mío! ¡Eres luz suave,
como pálido cirio en el altar
entre los lirios pálidos, á guisa
de penumbra en los templos! ¿No habéis visto
como mira la virgen desde el hueco
de la hornacina, á los arrodillados,
piadosamente? ¡Así Jesús miraba
á mi rezar de amor, cuando en las albas—
los ojos en el cielo—yo extendía
las manos hacia El, dando violetas
de lozano frescor! ¡Palpita el mundo
con mi pasión, con mis suspiros, cuando
de deleite me muero! ¡Había besado
á mi boca Jesús! *Ancilla húmilis
orabat.* Salen de las matutinas
arboledas, de amor unos olores
hasta los astros. En un embeleso
de embriaguez yace el Todo. De los labios
del bien amado brotan los perfumes
de flores en montón, en una gloria
de nupciales hechizos. Cuando cae
la noche en su dormir y hacia la ausencia
mi vida se encamina, una tristeza

me coge de agonía. ¡Ay! ¡Con el sueño
olvidaré á Jesús! ¡Pobre marchita!
¡Seré como esas flores que se secan
en las ermitas solas; ó las cruces
que levanta el labriego en la campaña,
donde muriera un caminante! ¡Soy
como el escombro; las alegres horas
lamento del pasado! ¡Soy desierta
sin Jesús! A mis ojos nunca vengan
ni sueño, ni descanso; velar quiero
en ardores de amar, perennemente.
Cuando en noche cerrada hacia los cielos
hundo mis ojos sin dormir, escucho
una caricia de alas amorosas,
como de ruiseñores. Eres tú,
¡oh mi Jesús! que llegas á mi seno
anhelante. ¡No tardes! Tú me embriagas,
¡oh dueño mío, paraíso delicioso!
¿No ves la nieve sobre las laderas
acumularse en la negrura? ¡Ven!
Te abrigaré en mi estancia; besaré
tu mejilla aterida con mis labios;
la esconderé en mis pechos. Si tu quieres,
entra en el lecho mío. Tiene aromas
en lejías de rosas. De rodillas,
yo velaré tu sueño hasta la aurora,
hasta el rezar de los maitines. ¿Ves?
Desciende la nevasca en el silencio
fría sobre los cerros; está seca
la arboleda debajo; son sus ramas,
como los huesos de esqueletos; es

blanco sudario el mundo. Sobre el hielo
nada vive, como en los camposantos
y los osos famélicos que van
para las cuevas ondulando y rascan
los troncos al pasar, unas misérrimas
larvas parecen de suicidas hacia
el no ser... Y cuando caen sin fuerzas
de hambre, de frío las aves y el romero
busca la choza de los hijos, entre
los aludes sepulta, ya son muertos.
Ese es su cementerio. Nada vive
en la Natura yerta. No hay amor
entre los nichos de los camposantos.
Ven al abrigo mío. Brotará
la primavera en esta celda. Afuera
el cielo gris; aquí la luz del Sol.
Allá un turbión de nieve, unos bramidos
de ciclones. En apacible calma,
como un altar, el claustro. Primavera
de la sagrada huerta! Esos aromas
de tus flores nacientes y la luz
de la planta en renuevos, la tibieza
de tus nidos, el júbilo canoro
de las aves, saltando entre los brotes,
sean para Jesús. Ven al abrigo
de la celda ¡ amor mío! Yo me quiero
dormir en tu mirada, en las delicias
de tus besos. Hay para ti el calor
de mi sangre. Te miro... Mi pupila
en ardores te cubre. Soy la ungida
de Jesús Nazareno. Daré lirios,

en ardores de amar, daré la mente
y todo y la esperanza del eterno
cielo. Contigo adoro hasta el martirio
y si de mí te alejas, sola quedo
como alma en el pecado, como vida
sin fé, como los moribundos, cuando
no comulgan. Baje la Eucaristía
á mi regazo. Que mi cuerpo muera
bajo el besar de tu divino labio.
¡Adiós floridas huertas! ¡Adiós claustros
por mi tesón construídos! ¡Viva eterna
la religión de los mayores! ¡Se oiga
la oración á Jesús bajo las naves
de las iglesias, hasta la última hora
del universo! ¡No hayan heresiarcas!
¡Adiós montañas mías y vallados
que me visteis pasar con mi bordón
de peregrina, predicando amores
al Nazareno, adiós! En vuestras albas
oré bajo las hayas, entre mirras,
que suben de las cuestas. Ya está pálido,
como viejo marfil, mi cuerpo y como
lirios mis ojos. ¡Desfallezco! ¡Adiós!
¡Yo beso el crucifijo! ¡Qué deliquios,
oh mi Jesús.»

Murió la Santa. Había
esencias en la celda... Un misterioso
salmo de amor se oyó lejano... El alba
iluminaba. El Sol la vió á Teresa
acostada en el féretro y las rosas
mañaneras olían en el huerto.

San Ignacio de Loyola

No llegó sola al cielo. Una zahareña
alma de monje acompañóla, firme
como roca salvaje. Era bravío,
á guisa de torrente, despeñándose,
á saltos por los picos, hacia abajo
en el tendido cauce; era un adusto,
como paisaje montañés Ignacio.
Por los derrumbaderos de Loyola
lo veían andar solo, entre las hayas,
por las cumbres escuetas, por los tristes
caseríos colgados de los riscos;
la tizona arrastraba en insolencias
de soldadesca victoriosa, el ala
del sombrero de fieltro en un repliegue
procaz hacia los cielos. Con pupila
fisgona mira á los labriegos, caídos
sobre el esclavo surco. Era su empaque
temerario, osado su camino, heroica
el alma, dura como peña, austera
como un abismo, en su melancolía
guerrera, en el rezar huraño. Herido
lo visitó Jesús; el valor férreo
se estremeció del Basco. No era Dios
de amor y de perdón el que llegare
en su delirio. Un vengador. La fusta
sobre los dorsos fariseos caía
mercaderes del templo. Sus visiones
hablaban de castigos. Al hereje

el potro, la crujía. Un implacable
Jesús le hablaba: «¡Ahí está la horda! ¡Tú,
Ignacio, sé baluarte! En avalancha
la reforma se viene con impía
y destructora mano. Eres un dique,
Ignacio, invicto como tus montañas,
nunca manchadas por el pié profano.
Que el Dios de los mayores siempre sea
puro, como el cantar de los vallados
en la tierra nativa, puro, sano
como tu Sol. ¿Recuerdas? Crece el fresno,
libérrimo en el éter; los arróyos
se azotan con fragor; el vendaval
tiene orgullos feroces, ruge, cimbra,
como un alud al valle. ¡Zorro y ozesno
de la montaña Basca por los siglos
incontaminada,—eres el heraldo
de la hueste! ¿No recuerdas? Primavera
dice en tu selva una oración de vírgenes
pulcras, como las hostias. No permitas
que las corrompa la herejía, Ignacio.
Subía el enemigo por las cuestas
felón y sigiloso. La montaña
fué destrozada. Era un volar de piedras
sobre los dorsos fugitivos; nadie
violara sus santuarios.
Sus visiones
hablaban de los mártires. El circo,
las fieras y las santas laceradas
bajo las zarpas cruentas, la plegaria,
entre la plebe canallesca, humilde

en labios moribundos y el fragor
homicida sobre los blancos linos
de las juveniles iniciadas. Iban
á la muerte rezando, como á fiesta
de primavera, entre guirnaldas, sobre
la púrpura del circo, en jubileos
de holocausto riente. Saludaban
á la fuyente vida, con la mano
blanca, como los cisnes,—á las ruinas
que sollozan, del sol en la agonía
sus quereres. Saludaban al llanto
de los sobrevivientes, al sendero
asomados, por donde las doncellas
morituras se van al sacrificio.
Se despedían jocundas. Y los coros
eran hosannas á Jesús en laudes
triunfales. Sobre los cuerpos muertos
las amigas dolientes esparcían
las flores de azaleas, como lágrimas
fuesen del campo para los martirios.
Eran proscriptos en el mundo todos
los secuaces de Cristo; era desgracia
su derelicta vida. Está sembrado
el callejón de cruces; hay Calvarios
en todas las edades. Y vivieron
amando al sacrificio, en un recuerdo
lacrimoso de fuertes, como se aman
los retratos borrados y al reloj,
que dice la hora de la vida sobre
el comedor de los abuelos. Sigue
la visión delirante. Una odisea

trabajada es la marcha, una de bárbaros
saña cruel contra los catecúmenos.
Jesús le grita en el ensueño: Ignacio
salva á la Iglesia.
Despertóse. Fué
apóstol el guerrero. La coraza
cedía al sayal gris; besó la espada
al desceñirla. Ataba á su cintura
la disciplina y por los corredores,
en claroscuros caminando el monje
férreo la Orden meditaba. Lejos
fuera de las ojivas en la paz
de los verdes collados impetuosa
ferve la vida en el boscaje. ¡Oh fuerza
útil de la Natura, en himnos gritas
al juguetear fecundo! Era una libre
égloga humana aquel cantar. Ignacio
asoma la faz lívida. Iracundia
era su mente torva, un guantelete
bronceado. Sometía. Los hermanos
fueron falanges dóciles, activa
sumisión y tenaces bregadores.
Eran callados como cementerios
cerrados, como nichos, casi en odio
á la vida, cenobio y campamento
por el mundo irruendo en una cruel
demencia estéril. Fueron los poetas
de la tiniebla esos sectarios. Cantan
la gloria del cilicio en las nocturnas
flagelaciones y destilan sangre
sobre las losas de los pavimentos

vetustos, tambaleándose en los claustros
caducos y murmuran los rosarios
en pigricias hieráticas, en éxtasis
enfermos, entre el tufo de las celdas
ratoniles. Afuera aman las flores,
las dehesas, las selvas y los nidos
y la cabaña del pastor. Se olvida
el Jesuíta de amar; por eso entona
los salmos de la muerte, la victoria
de los ascetas, la Tebaida lúgubre
dominando la vida.
Allá en la cumbre
truculento el castillo; á sus sayones
por los valles arroja y sobre el duro
esclavo trabajar el catafalco.
Y el hacha del verdugo parte el cuello
de los altivos; las cabezas ruedan
boquiabiertas en sangre. La conciencia
perece. Son cosas los afiliados
y marchan en tropel como una banda
tortuosa hacia el asalto. Sin piedad
la voluntad agarran. Son sus zarpas
acuminadas; braman la conquista
del hombre. El siglo se entristece cuando
los tres místicos rezan y se anublan
el cielo azul y fuga de la tierra
la dicha... Ha oído el quejumbroso verso
de las tinieblas: «Pasa el buho; hiede
el nocturno sepulcro. Entre las grietas
de su cóncavo seno crece el musgo
en el putrílago silente». Y dice

el himno de los místicos, del náufrago
el horror solitario, su plegaria
inescuchada en el ciclón, el duelo
de la campaña ardida en la sequía
inclemente, el aullar de los espectros
vagando en el osario por la noche
de la batalla, la infernal hornaza
que no incinera al réprobo. Implacable
es Dios. El pecador perdón humano
no tendrá, ni divino. Como bestia
irata vagará; desesperada
moverá su pupila en brillazones
torvas. En la hoguera será quemado
el hereje en montón y los castigos
fulminen del Eterno á la osadía
de la Reforma hasta la muerte. Vayan
á matar los ejércitos; la fuerza
de España sea la vengadora; caigan
las ciudades ateas y la culpa
en el sepulcro, como caravanas
de alimañas hambrientas, en la estepa
glacial y como en la miseria caen
los sometidos sobre estercoleros.
Y la noche perpetua, á los malditos
por el Señor, recubra. Sea la vida
penitencia y dolor hasta que triunfe
Jesús, la vida sin auroras, fría,
terca tenacidad en domeñar
las conciencias impías. Sea una austera
misión, una pureza. No haya carne
mundanal en nosotros. ¡Muera! ¡Muera

la piedad y los hombres, en rebaños
mansos balando, sigan á las huestes
de Jesús! Seamos castos. Dominemos
á la natura, como al hombre. ¡Hieda
el nocturno sepulcro, pase el buho
y la ténebra se dilate!

El Seráfico

Así
los místicos rezaron. ¡Ay! Qué lejos
está el seráfico de Asís. Las flores
aromaban su cueva; los gorjeos
acompañaban su rezar; al Sol
llamaba el cenobita en sus cantares
divinos. Conversaba con el cielo
azul, con los céfiros errantes,
en la alegría del éter, con los céspedes
y las vertientes. Salen de la tierra
las melodías recónditas. Los árboles
le decían sus amores; el sagrado
silencio de los nidos le parlaba
de caridad materna, en dulcedumbres
de besos y corría por los valles
una armonía de perdón tan suave,
como viniera de lejanos países
de idilios, como de escondidos salmos
en santuarios lejanos, en las castas
piadosas espesuras, donde es dulce
la miel de las abejas, como el alma
de Francisco de Asís, donde la luz,

hermana suya, alumbra los amores,
hacia lo humano, del celeste monje
y el sufrir taciturno de ese niño
bueno... Rezaba por los humildes
en su cenobio frío. Así al seráfico
en ingenuas plegarias adoraban
los vencidos, la gleba, los tugurios,
los huérfanos en lágrimas. Con pétalos
de frescas vïoletas enjugaba
el llanto y bendecía. Era refugio
la celda, abrigo su regazo, pan
el besar de sus labios en las frentes
caïdas, agua cristalina el manso
perdón de sus pupilas. Era gaudio
su oración y esperanza. Del santuario
vibraba la alegría hacia las chozas
felices. Nunca el *Miserere*. ¡Nunca
anatemas feroces! Saludaba
al cielo Asís; era la religión
sonrisa de almas y misericordia
dulcísima. Una tarde en que el seráfico
hablaba con el sol en un transmonto
de púrpura y le decía: «¡Hermano mío,
me voy contigo á Dios!», desde el empíreo
bajaba un coro de ángeles. Vinieron
con ellos los humildes; de rodillas
besaron el sayal. Está dormido
sobre el verde tranquilo de los campos
Francisco. Protege la paz del cielo
su vida fugitiva... Las violetas
adornan su ataúd y los rebaños

se quejan en las cuestas; de la muda
salen cantos de amor como de tácitas
adoraciones; rezan los novicios
en las celdas; un himno de los prados
surge de amor ardiente; amaba el monje
al Todo; amor fué su vida; el Sol
se llevó su alma, cuando en el transmonto
se fué hacia lo insondable. ¡Amor! ¡Amor!...
Nada piadoso queda. Penitentes
magros bajo las bóvedas murmuran
en la penumbra el *De Profundis*. Marcha
el funeral en triunfo por el mundo;
el reinar de la muerte los discípulos
de Loyola predican en las férreas
disciplinas. Al mundo conquistaron
con la obediencia ciega. La segur
mata á los creadores; el baroco
se apodera del arte. Todo, todo
es süicidio. Imperan los deliquios
del madrigal. Asoman las pelucas
albas, rizadas; bailan las gavotas,
con remedos de fúnebres futuros.
Sobre un trono de féretros sentado
Demon apura la inquietud. Empuja
al abismo á los hombres. Con su garra
á la conciencia raspa. Mejor es
perecer, gritan todos

Shakespeare quiere
salvar la vida con su credo. Bárbaro
contra el sino se azota; quiere dar
al esfacelo gérmenes. De hinojos
lo reza en el Espacio; se detienen
atónitos los Tiempos; la Natura
escucha la plegaria; mira Dios
hacia la tierra; suenan los austeros
cánticos de la vida:
«¡Creo! Creo
en los vigores de la roca. Creo
en la fecundidad de las vertientes,
en la veta, capaz para la estatua,
en el crecer callado de los cuarzos
de metales cuajados, por los negros
de la montaña penetrales. Creo
en los fuegos ocultos, disparando
por aquí, por allá en las espeluncas
del centro de la tierra, en los picachos
con cráteres abiertos y columnas
de llamaradas y de lavas. Creo
en las bandadas de águilas,—en círculos
majestuosas y lentos sobre el valle,—
sobre la presa echadas, en los bosques,
que á los céspedes calan con sus linfas
cálidas y proficuas, en los gérmenes
ávidos de parir, en sus frenéticos
espasmos de lujuria. Si vosotros

colocáis el oído en las malezas
oiréis como se besan, como gritan
en los dementes himeneos. Crecen
por los partos frecuentes en montones
las hojas, el ramaje; se dispersan
por sus vívidas tramas á raudales
las ambrosías del humus. Creo en el polen
dominador del Orbe. Cuando vivo
chorro de linfa, néctar de las flores,
carpos, corolas húmedas, salivas
de las cortezas acres; cuando muerto
verme, esfacelo, pringue, un tripudiante
revivir del cadáver en prodigios
de inmortales libídines, un numen
mutable, sempiterno. En el Sol creo
Dios, Epopeya, causa de la vida,
luz de los astros, luz é idolatría
de las antiguas turbas. En tu lámpara,
maravillosa de fulgor, las selvas
se cuajan de perfumes; por las aguas
en hilarantes ondas la luz corre,
despertando el cantar de los cantares
y la montaña tiembla en el abrazo
de las brillantes albas. Tú despiertas
las armonías del mundo; te saludan
el rumor del torrente, los bramidos
del huracán en fuga, los estrépitos
de la epilepsia cósmica en los saltos
del terremoto inicidial, la trágica
catástrofe anunciando. Hasta la endecha
del escondido ruiseñor te manda

el saludo de una alma. Hasta los céfiros,
caricias de la selva, en la blandicie
de sus músicas suaves van narrando
los goces por tu luz, el regocijo
de las nacientes primaveras. Cuando
la virgen riega sus rosales, mira
y bendice tus albas. En la tarde
Natura llora tu partir; el *Angelus*
en un concierto de campanas tañe,
lentamente ondulando, las sufrencias
del alma en su destierro. Creo. Creo
en la elocuencia de las tumbas, cuando
calientas los despojos. ¿Qué te dicen,
oh Sol, los muertos en sus cajas? ¿Fablan
recordando la vida? ¿No te cuentan,
oh Sol, los besos de los hijos? Dime:
¿hablan de amor los muertos? ¿No adivinas
si olvidados, sollozan? Dime: ¿saben
de sus romances el futuro? ¿Acaso
oyen las voces de las novias, cuando
los labios de otros besan? ¿De las viudas
saben los adulterios? ¡Ven que toda
cayó la casa en la deshonra? ¿Lloran
por los hijos corruptos, por las niñas
incautas, sin honor, en angustiosa
vagancia por el mundo? Esos patriarcas
en sus féretros rezan; acompañan
los lutos de las casas, tan desiertas,
del abandono la tristeza, el llanto
del *mémore supérstite*. Eso dicen
¡oh Sol! los muertos. Amorosas larvas

piadosamente siéntanse en la mesa,
en el cenar de la familia; vagan
en las horas nocturnas por las quietas
estancias, cerca de las camas, sobre
los ensueños tranquilos. Acarician,
cantan sus nenias á las cunas. Dime,
orbe de luz; acaso ellos te cuentan
sus crímenes horrendos, los bestiales
cultos por el rencor, los latrocinios,
sus fugas de homicida por la noche
de la tiniebla pavorosa. ¿Dicen
de amor y muerte acaso? La avaricia
con el sórdido afán y con sus manchas
sobre las ropas y las casas, sobre
los corazones verminosos, aulla
sobre el sepulcro á Schylok ditirambos?
¿O maldicen los muertos al delito,
á Yago, á Lady Macbeth? Tras las tumbas
no hay caquhimnos al odio. Cada cripta
vibra cantos de amor, himnos eólicos
de divina esperanza. Almas de niños
son los muertos sagrados, fantasías
de doncellas gentiles. Son iglesias
con cálices augustos; son las mirras
de divinos turíbulos, las notas
del harmónium sonando las salmodias
felices del empíreo. En la flor viven,
en los rayos de luz, en la leticia
de la natura maternal. No odia
la muerte en su sepulcro. Cuéntame, Orbe,
si te narraron ellos el camino

de sus tiempos en marcha, si se asoman
de la fosa á mirar los trabajados
ciclos presentes por el tedio, enfermos
de oscuros despotismos. Orbe, cuéntanos
(¿no preguntan los muertos?) si en la tierra
hay ergástulas siempre, si hay tiranos,
si los proscriptos miran sollozando
las amadas comarcas. Orbe, cuéntanos,
dios de la luz, si llenos de tinieblas
los senderos humanos son regados
por lágrimas y sangre. Muchas veces
se oyen sobre las tumbas los galopes
graves de los bridones, alaridos
sordos de guerra, retronar lejano,
entre las fosas de los cementerios,
de cañones rodando. ¿No aprendieron
el perdón los humanos? ¿No conoce
las lágrimas de Mágdala el presente,
lapidada entre escarnios? En la tierra
¿existen desvalidos? ¿Aun hay hambres
duros, insomnios, hospitales, fríos,
anónimos osarios, infantiles
romeras almas solitarias? Dinos:
los senderos humanos ¿son regados
por lágrimas y sangre? ¡Cómo fablan
de caridad las tumbas! Creo. Creo
en la vida perenne. Nada muere.
Viven los cementerios, aman, lloran,
son el reinado del dolor. Yo creo
en este Dios fecundo. Es compañero
del vivir en el hombre, interminable

herencia de los tiempos. Cada siglo
marcha sobre Calvarios; cada casa
se nutre de sus carnes, de sus lágrimas,
de su robusta esencia. Cuando caen
seca la flor y secos los arbustos,
del dolor de morir surge la vida!
Cuando en la selva trozan los tifones
y mana savia de la herida sobre
el desierto sin yerba y se enderezan
luego la rama, el tronco, el matorral,
en un prodigio prepotente, en ímpetus
de novel crecimiento por los éteres,
del dolor de morir surge la vida!
Y cuando el Sol se va tras la montaña
y la borrasca rompe á los navieros
la tristeza del mar y de la tierra
promete otras auroras y tremantes,
marinas calmas apaciblemente!
El dolor es fecundo; al esfacelo
para la gloria abona, de la muerte
á las cosas redime. ¿No te cuentan
el cadalso y el destierro, las victorias
de los libres espíritus? ¿No auguran
de las perdidas patrias la cruenta
resurrección? ¿Acaso el desconsuelo
del desolado espíritu no acaba
en un sol de esperanza? ¿El sobresalto
de la plebe famélica, la angustia
de las oscuras juderías no dicen
de nuevas dichas natas sobre el llanto,
de esplendores noveles en los sucios

mechinales hambrientos? ¡Acicate
es el dolor! Ubérrima la Historia
crece con los sollozos; los escombros
amor, grandeza crean. ¡Cuánta vida
de la muerte deriva! ¿No es el limo
semillero de selvas? La desgracia
¿ya no forja más héroes? Resurrectos
los pueblos cantarán sus epopeyas
sobre las Appias vías, á la sombra
del Partenón redento. Y los patriotas
de las horas nefandas, en inmundos
cuchitriles galeotes, á venganza
concitarán las turbas. Es vanguardia
en el combate victorioso un pueblo
de espectros mutilados. Tumultuarios
arrastran á morir á los vivientes
como heraldos heroicos, remuriendo
novelamente en la refriega. Creo
en la grandeza del dolor, un numen
terrible, omnipotente! En el Eterno,
Dios, Padre nuestro, creo! Narra el Cosmos
su gloria genuflexo; el Tiempo reza
á su absoluta omnisciencia; el alma,
oh Excelso, se prosterna. Vuela un soplo
de Infinito en el Todo. En el Espacio
su pupila serena iluminando
la paz del Universo, la amargura
bendice en los humanos y bendice
el llanto de las cosas. Vuela un soplo
de infinito en el Todo. Creo en la vida
hasta el fin de los siglos. Creo. ¡Creo!

Y fué un rodar de plectros á rebato
sonando entre la calca. Así las eras
cerca del bardo se aglomeran; quieren
de rodillas rezar, del moribundo
consolar la agonía. Una corona
Demon coloca sobre su poeta
máximo. ¡ Oh minero! á la inquïeta ánima
de la nada creastes honda, entera,
inmortal y veraz.
¡ Era un fantasma
levantado en el Sol ese gran muerto!

Dramas de mi tierra

¡ Sangre de libertad! Tú renacer
hicistes á mi patria. Resurgía
la vida adormecida; fué una bárbara
avalancha de fuerza. La llanura
páramo ilimitado y las errantes
fieras en soledades le prestaron
la salvaje pujanza. Dominadas
del alma las pavuras, el peligro
fué compañero de la vida, acaso
un temerario afán. En una horda
galopaban los gauchos; el clamor
de la licencia sanguinosa oíase
de confín á confín... Eran los días
de la Pampa estival... Arriba el cielo
sereno, azul; debajo la pradera
yerma, verdosa; allá en el horizonte
la mancha de la selva, ó la nevada

cumbre en las nubes. Una visión vasta
es la Argentina, como la esperanza...
Un arroyo á lo lejos; el chajá
que silba sus alertas; las lagunas
estrepitantes en la gritería
de teros y de patos; los corceles
hundiendo su desorden en las matas
rotas en la carrera; el avestruz
con el pico en lo alto balancea
el cuerpo lentamente paso á paso
avizorando; gamas y venados
furiosos van al horizonte, imagen
de la demencia... Eran las noches solas
trémulas de misterio... más calladas
que de Dios la presencia en las alturas
del Cosmos... Y brillaban las estrellas
como pupilas juveniles sobre
las dormidas campañas, veladoras
de sosiegos medrosos... De las tierras
mojadas en rocíos salen bálsamos;
á ratos se interrumpen los silencios,
chirrian las águilas arriba; rugen
en la maciega los leones; torva
acomete la hiena á la osamenta.
Tienen miedo los campos; van, se pierden
como saltando los rugidos lejos
allá en la Pampa;... vense los espectros
huraños de los gauchos galopar,
en la noche tranquila, tan sin rumbo
como fragmentos de almas que ignoraran
sus destinos... Están armados; brilla

en el dorso la daga; por delante
el trabuco de bronce. El rostro obscuro;
torcida arriba el ala del sombrero;
bajo el mentón sujetos los barbijos;
la barba fosca sobre el pecho, como
las noches tormentosas; unas aguas
negras en la pupila; enhiesto, fuerte
el pecho temerario; el tirador
luciente de monedas y cribado
el amplio calzoncillo, bajo el vuelo
del chiripá sombrío; en la derecha
el rebenque; la vida en el peligro;
como la muerte sola el alma; ingenuo
como muchacho heroico. No terminan
de galopar por la llanura; pasan
las horas y los siglos; son la vida
del gaucho los galopes..., los galopes
del corazón atribulado, como
una pena andariega, como el mar
que besa todo el horizonte y vuelve
y se aleja de nuevo, intercediendo
un momento de paz. ¿A dónde van
esos romeros de mi tierra? ¿Cuál
drama van á escribir en la vagancia
por las llanuras hondas? Ellos marchan
á buscar á la muerte. En la refriega
denodados se azotan; son los duelos
sin testigos humanos. Solamente
mueven los tigres las rojas pupilas
entre los bosques...; se arrojan los cóndores
al olor de la sangre; abren la garra

ávida hacia el cadáver; los corceles
ya sin jinetes huyen por la Pampa
á saltos... Y de andar hacia el peligro
la horda no se cansa... Los caudillos
á las turbas á través de ciudades
y asoladas praderas llevan sobre
escombros, sobre quemazones... Arde
la Argentina. Corren los homicidas,
raudamente en tropeles; precipitan
á los vencidos al degüello y sobre
la boca obscura de fusil, á la horca
ó á los destierros desolados. Surgen
sobre osarios los déspotas, siniestros
dioses del exterminio. El cuerpo nuestro,
esclavo y derelicto las cadenas
hace sonar del cautiverio. Nadie
ya puede amar en esta tierra; se hunden
en tristezas las casas; la energía
de las mentes viriles, sofocadas
por las frías pavuras, se convierten
en un dolor sin fuerza. Caravanas
de macilentos van por los caminos,
del corazón heridos. Mentecatos
con carcajada idiota, con impulsos
de suïcidas, con hipocondría
en las entrañas, corren por las casas
la cadena arrastrando. La miseria
aglomera la mugre; las piltrafas
revuelan sobre los semidesnudos
cuerpos marchitos... Viven en tugurios
helados y sin pan. Míseras larvas,

restos caducos de esplendor pasado,
vosotros sois el drama, que se escribe
en la comarca rica. Fué matanza
de villas contra villas, un demente
pandemonium sangriento, una tiniebla
asesina... Los campos de batalla
se cuajaron de muertos; los caranchos
picoteaban sus ojos. ¡Cuánto hermano
destruído por hermanos! Se humillaron
las banderas. Emblemas victoriosos
amor de nuestra vida! No escondáis
vuestro divino azul y vuestro sol
honesto. Los déspotas desfibraron
la inmaculada seda, repreñada
por sangre de héroes. ¡Vamos! Recordad,
banderas, el amor de los patriarcas.
¡Oh corazones nuestros, no fuyáis!
Protegéis las victorias ¡oh banderas!
y el ojo del soldado con ternura
á los jirones de vanguardia mira.
¿Acaso no queréis con vuestra sombra
cobijar del caudillo los delitos?
¡Oh, qué atroces torturas! En las cárceles,
donde corren las ratas, donde apenas
á través de los turbios tragaluces
filtran los días grises, donde el pan
cubierto está de moho, los hermanos
hacinados perecen, sin amores
maternos, sin los hijos. Tú no quieres
flamear sobre la ergástula. Te has ido
lejos con tu dolor, de cien triunfos

lábaro augusto. Es cierto que se ven
del batallón alante tus colores;
pero tú ya no vives. Tu alma lejos
se cobijó en el seno del Eterno,
para vivir en su virtud, ó alguna
abuela melancólica te guarda
en los arcanos del recuerdo, como
se guarda la hostia en la custodia, cerca
del Santísimo expuesto. En esta tierra
la vida es desolada; una condena
lejos del cielo la arrojó; las mentes
frías están como el delito, solas
como la estepa! Emblema abandonastes
al caudillo sacrílego! Dementes
quemaron á los pueblos. Tú no manchas
al decoro, bandera. Has preferido
perderte por las sombras. Las cenizas
de los héroes se fueron. Hubo un día
nefasto. Las tapas de los sepulcros
á un lado sobre el césped descubrieron
á un horrendo vacío. Ya no están
las urnas cariñosas... Poco polvo
...algunos huesos rotos... Lo demás
huía para siempre. ¡Qué poemas
en la tiniebla se dispersan! Llevan
la entera historia. Ya no están sepultos
sus paladines. Llevan sus amores,
sus gestas, las familias y esta tierra
sin héroes, sin banderas, sin amor
es ludribio del mundo, una quietud
siniestra y solitaria... Los tiranos

reinan sobre la noche, sobre un témpano
mudo, sobre una humillación. Los nichos
cariñosos no están y cuando fueron
la yedra á separar los resurrectos
y las malezas y el abrojo, había
donde estaban los nichos, unos ángeles
de rodillas. Tienen de los sepultos
las efigies escuálidas. Rezaban:
«Dadnos ¡oh resurrectos! una cripta,
bañada de sol libre. ¿No sabéis
del sacrificio el cuento?»
Ellos narraron,
como desvanecidos esos átomos
de los sepulcros, en el Todo arcano,
llevaron sus dolores, la vergüenza
del cautiverio hacia el no ser. ¡Que no haya
cenizas, ni recuerdos! Destrozadas
las urnas caen. Cuando el peregrino
cerca pasando, indague quiénes fueron
de los sepulcros moradores, haya
un profundo silencio. No ha existido
la era bochornosa. No detengas
tu paso ¡oh peregrino! En esas casas
al dolor se albergaba; la vergüenza
mudas las hizo. ¡Oh dramas de romeros
en la Argentina tierra! ¡Sangre! ¡Sangre!

CANTO VIII

EL MADRIGAL

¡Oh Credo del poeta! ¡Oh estéril canto!
Los rezos no detienen las catástrofes;
una fuerza terrible hay en las cosas
capaz de lozanías, de proezas
inauditas. Romeros atrevidos,
con trabajar violento van los hombres
derrochando la savia más allá
de su vigor. Crean la intensa vida,
arrancan su secreto á la Natura,
investigan, descubren, se fatigan,
deslumbra la obra gigantesca, estalla
el humano milagro. Luego caen
agobiados... Viven en el pasado... Son
viejos... Así los tiempos. El abismo
sigue al *fastigium*. Implacable sino
asoma pavoroso, precipita
en letales marismas las edades
y al drama vagabundo sucedía
el madrigal con su blandicie, rimas
gráciles, moribundas. La tragedia

torva llegó después, como si hubiera
en la risa dolor, en los festines
genios de maleficio. Así los bosques
prestan su sombra á los sepulcros; fueron
tapiz de féretros las flores; eran
las fuentes murmurantes en los parques
ducales, dolorosa melodía
de lúgubres conciertos; el estanque
donde navega el cisne y donde va
hacia Citeres el esquife argénteo,
un pantano parece, una gualdrapa
para envolver osarios. Las zagalas
de empolvada peluca, abollonado
y sérico vestido, con guirnaldas
de rosas en el pecho, con ajorcas
de rojas amapolas,—sobre el prado
escondido en la selva—las gavotas
danzan de amor y muerte en ese lánguido
ritmo de los violines por obscuros
misterïosos matorrales. Iban
los pajes indolentemente en pos
de las preciosas perfumadas. Cantan
bailando, las historias elegantes
de abrazos y connubios en las hondas
florestas de Versalles, el piar
de los nidos calientes, la sonrisa
del vestido floreado, donde están
las égoglas pintadas de los tiempos
primitivos. Dispersas en los parques,
la fiesta contemplaban las estatuas
del fauno socarrón y de las ninfas,

corriendo alborotadas en un himno
báquico... Al fin yacentes y supinas
ellas, en los carnales sacrificios,
suspiraban... Con risas maliciosas
de los barbudos Términos, aplausos
de las Venus desnudas. Y la Luna,
del nocturno silencio navegante,
ilumina los lechos de azucenas.
¡Qué penumbra bëata! Duerme el lago
reman los negros cisnes lentamente,
desde el éter altísimo suspensos,
miran los astros á la tierra. Vuela
la brisa de los bosques. En sus alas
llegan los trinos de los ruiseñores
en giros amorosos, al rumor
de lejanos simpósios y canciones
de una brillante bacanal.
Más lejos
entre las frondas chocan los cristales
de rebosantes copas. Aparecen
con los pechos turgentes las marquesas
bajo las sayas de brocado. Caen
sus rizos empolvados por la espalda
desnuda, ebúrnea; siéntanse en la sala
de los espejos (1), cerca de las mesas
de manjares cubiertas y de flores
exóticas. Los pajes en las copas
el vino escancian con color de sol
naciente, henchido de sabroso aroma

(1) En Versalles.

de las húmedas cepas. Se embriagan
enardecidas las bacantes, besan,
se encelan, risotean. Los violines
dicen las algazaras de la fiesta,
bailan las disolutas en frenéticas
disimuladas impudicias. Se oye
el choque de los vientres, el rozar
de las mejillas en la danza... Allá
el gemir apagado de las vírgenes,
violadas en el parque de los Ciervos,
el susultar del adulterio y todas
las bramas insaciadas, las Erinis
lascivas, peregrinas de esas épocas
nefastas, pululaban en la orgía
apurada, demente. Los espejos
paralelos fulguran y se ven
las bacanales de todos los siglos,
en deslumbrantes lontananzas, hacia
el infinito, sedas y lunares
en blancas desnudeces, con espasmos
raudas girando y narra el madrigal
el apogeo de la hetera entre
los hurras. Y las copas tintinean
repentinas; en vértigos turbina,
ebria la muchedumbre, en los espejos
al infinito... y sale del tumulto
el ardor de la carne... Por el bosque,
entre los robledales y castaños
en flor, se difundían los perfumes
de las cortezas rudas, á través
de herméticas malezas y en las grutas

cerradas por la yedra. Parecía
del pasado venir lánguidamente
un minuet armonioso, como un eco
de extenüadas energías, como
el lamento del mundo que se fuera
á morir... Adiós, roces de los rasos
en los paseos galantes y parlares
de lirios delicados, de azucenas.
¡Adiós, marmóreas fuentes, donde el agua
contaba á los tritones, á las náyades
de anhelantes marquesas los romances,
bajo el labio realengo suspirando
en la carne del beso! ¡Adiós las termas!
En el cristal del agua las blancuras
de las desnudas pecadoras. Frescos
ondulaban los cuerpos; las sutiles
manos cogían los musgos. Se arrojaban
lotus sobre los pechos. Hay olor
de estalactitas húmedas; las grutas
llueven rocíos aromados sobre
las procaces desnudas. En el lago
nadan los cisnes. Ríen las estatuas
sobre la terma; atisba el caballero
en el bosque; rutilan los tricornios,
cuando un rayo de sol pasa el dosel
de la arboleda. ¡Adiós las termas donde
escriben el madrigal las pecadoras
de las formas triunfales! ¿Por qué va
corriendo á una pastora el rubio abate
en fuga á la glorieta de las lianas?
¿Por qué va recogiendo en su camino

las flores al pasar y las arroja
á la sonriente fugitiva? Acaso
en llegando al confín se desvanezca
esa forma gentil, como una vana
quimera, como un sueño de ventura
no saciado. Imagen de la vida
humana, esas dos almas irán siempre
anhelantes acaso tras la dicha
inconseguible. Así por los jardines
y en el salón de los espejos sigue
ritmando el violoncelo sus gavotas
voluptuosas. Se oye un sonar de flautas...
En la noche tranquila, por los prados,
por la sidérea bóveda el gran Pan
impera. ¡Oh Dios de vida! En el silencio
descansa el campo en la virtud. Los árboles
á sus savias renuevan; madre tierra
vierte la sangre de su cuerpo para
el crecer de las yerbas. ¡Cómo cuida
á los nidos el bosque! Si parece
rezar en la quietud nocturna un salmo
de amor materno, bajo las estrellas
y emana de los troncos, de las copas
obscuras en el éter un sahumerio
primaveral. ¡Amor, augusta lira!
¡Cómo suenas de noche en el santuario
de la natura casta! La armonía
reina de la pureza por el vasto
silencio del reposo, en un seráfico
ensueño y sobre la dormida tierra
se inclina la Belleza, como un ángel

arrodillado, pío en el enigma
hondísimo rezando para todos
las plegarias eternas. Ese día
una jauría de perros en el bosque
corre violenta, anhela, ansía, se apura.
Resuenan, tintineando, los collares
y se agitan las yerbas en los saltos;
se rompen las malezas y las ramas
son lejos aventadas, cuando pasa
veloz al sol con sus leonadas manchas.
¡Amusga!... Voló el ciervo; el jabalí
se agazapó feroz. Acorralados
van á morir. Damas y caballeros
en brïosos corceles los persiguen,
crueles y pertinaces. Ya los perros
ladran en el asalto; sudorosa
huye la corza tímida; atropella
el jabalí; prorrumpen los ladridos
de los mastines, dados vuelta, cuando
perforan los colmillos de la fiera
á sus vientres en sangre. Vuela el ciervo
al aire abierto, fuera de la selva,
en el lago se azota. Suena un tiro.
En las ondas dió un salto; sumergióse
y pasaron los cisnes por el vórtice,
remando lentamente. Al jabalí
lo dilanian los perros; ferozmente
sacude la testuz, de donde cuelgan,
con los dientes en el cogote hundidos,
sucios de barro y sangre. En un rugir
largo y terrible se desploma... Lejos

por los umbríos meandros se oyen risas
en tálamos recónditos; los lirios
donde reposan los amantes, beben
los néctares fecundos y en un templo
á Venus Afrodites se convierte
el prolífero bosque... El madrigal
habla de amores regios en el seno
de las marquesas pecadoras; dice
el susurrar de los coloquios, cuando
en la penumbra búscanse los labios
para los besos; dice de las flores
el callado gemir, cuando se cambian
en himeneos los néctares. Resuena
Natura de armonías...

El madrigal de mi tierra

¡Madrigales
de mi tierra, venid! ¡Oh serenatas!
¡Oh nocturnos poetas á la sombra
del bosque de jazmines! ¡Oh guitarras
bajo el balcón sonando las endechas
de los amores en divinos versos,
en diálogos ardientes, las pupilas
en las pupilas, la mano robusta
en la mano gentil, que huele á ramos
de alhucemas! Desde los cielos, Dios
al idilio sonríe... En el jardín
florecen las retamas; los claveles
á una cañita atados á la luz
abren á sus corolas; desde el nido

un jilguero conversa; las calandrias
cantan la vida en gritos de alegría;
trepa el jazmín en su enrejado; corre
amor por el azul. ¡Ved lo qué cuentan
esas pícaras rosas! Dicen, como
se acercaban los novios á cortarlas,
sobre los tallos agachados... Ella
se finge herida; toma de la mano
á la hechicera el joven y los labios
sobre su dorso de marfil coloca
ávidamente. Ellos entre las rosas
del Octubre oloroso juguetean
en la luz hilarante... Luego vense
por la llanura alegres galopar
de una en otra estancia á los mancebos
enamorados... La amazona corre
sonriente en su donaire, con un ramo
de flores en el seno, conversando
en baja voz, como un rumor de fuente,
que fablara en misterio... El alazán,
que ella monta, relincha. ¿Acaso sabe
de amores él también? ¿No será el grito
de su gallarda sangre una caricia
á la niña gentil, en un augurio
de venturas sin término? Después
en un concierto de guitarras cantan
el madrigal los gauchos. Son los cuentos
de solitarias almas, sinsabores
de la vida errabunda, cuando en la anca
á la china se alzaron para huir
á esconder los amores en la Pampa.

Dicen en el estrépito del Gato,
en el celero zapateo, el asalto
del varón á la hembra y en el Triunfo
de ritmos elegantes las irónicas
rimas del contrapunto... El madrigal
escriben de la huerta, donde se aman
los duraznos en flor, donde la higuera
en su sombra cobija los convenios
de los amantes y resuena el beso
de la eterna promesa. Allá las niñas
interrogan las flores. Un horóscopo
de vida ó muerte muestra la retama;
la margarita narra con sus pétalos
uno á uno arrancado los destinos
del futuro... El nido pía en las copas;
hay sensación de aurora en el idilio;
vuelan aromas de las plantas; todo
se estremece de amor y de misterio...
En los salones danzan las gavotas
como en Versalles, tan lánguidamente,
cual si tuvieran genuflexa el alma
ante el pasar de la pasión. ¡Oh ritmos
de gentilezas elegantes! Damas,
envueltas en rebozos de espumilla,
con prendedores de oros en el pecho,
con peinetones de carey y zapatos
de raso, bajo la falda de seda,
bailaban en honestas cortesías,
pulquérrimas. Murmuran en el patio
los surtidores... Amor reina bajo
el azul... y vibra de los violines

un divino poema, como fablas
de nidos y de flores. Había vates
que á las hermosas dedicaban versos.
Eran de rosas las mejillas; negro
infierno las pupilas; como diosas
en el salón inceden, blanca, mórbida
como pecho de armiño la persona
y en la pollera sérica historiábase
un madrigal de amor. ¿No recordáis
los minuets elegantes? Muchos héroes
la férrea mano os daban, compañeros
en los rítmicos pasos. Y salían
á perecer en la epopeya. Ancianas,
que lentas camináis por la penumbra,
de la vieja mansión, ¿no recordáis,
cuando pasaban bajo los balcones,
envueltos en banderas esos féretros,
donde dormían los héroes? Esos eran
los que os daban la mano en la armonía
de las gavotas. Fueron á pelear
en los Andes. De sangre se empaparon
las flores secas sobre el corazón.
¡Cuántos pasaban bajo los balcones!...
¡Cuántos féretros negros, cuántas flores
arrojábais, ancianas! ¡Qué dolor
es el dolor de amar, cuando se mueren
los vuestros elegidos! ¡Santos! ¡Santos!
Cuantos pasabais bajo los balcones!
A morir os llevaba la Inquietud;
ibais en pos de la quimera. ¡Oh patria!
pasan tus héroes, patria! Y Demon mata
en sangriento holocausto á los soldados.

CANTO IX

LA TRAGEDIA

El festín de Versalles terminaba...
labra las vidas, al decoro extingue
y va el honor y las polutas sedas
rodando hacia la ciénaga. El terror
enluta las pupilas. Se parecen
lánguidas las pavanas á medrosas
fúnebres marchas. Calla la sonrisa;
en los espejos paralelos vagan,
glaciales, los espectros. Amenazan
las bamboleantes calaveras; dan
miedo... Son los heroicos afrentados
por la deshonra de los vivos; salen
de los sepulcros; llevan las banderas
envueltas en sus larvas... los jirones
tocan las carnes en la danza. Tiemblan
horrentes las bacantes; se oyen lejos
ruidos de rotos monumentos. Quieren
en el polvo yacer antes que el luto
contemplar de la patria y cada tumbo
de estatuas en pedazos, de epitafios,

sepultos en las ruinas, espeluzna
á las corruptas gentes. Palidecen.
Hay chuchos de terror; es que pasaron
gemidos por la fiesta, como un tétrico
presagio de tragedia. Se han oído
llorar los Dioses tutelares; viéronse
los reyes, sin su cráneo, en los espejos
paralelos, echar la pavorosa
mano á los rizos blancos. Manotean
al vacío; retíranse ante el propio
cuerpo decapitado y las cabezas,
sangrientas en el suelo, á los danzantes
tocan los pies rodando. Hampas salvajes,
en demencia, parecen los banquetes,
en el fulgor de los espejos. Ven
las mundanas concluir las morbideces
de sus carnes, cayendo en esfacelo
á trozo, á trozo en vasto cementerio
y los bardos, orgullo de la patria
van con las ruinas de los monumentos
á morir de vergüenza. Quejumbrosos
lloran los Dioses tutelares. Huye
la virtud, el sol no esplende, oculta
á su sonrisa el vicio; la inocencia
fué... Por las iglesias, donde rezaban
las gentes sus plegarias, aprendidas
de niños, cerca del cabello blanco
de las abuelas—donde vaga el alma
de los mártires, vibran las salmodias
de las novicias, pulcras, como el lirio
del valle, como la Hostia virginales

y donde, entre las mirras, los *Te-Deums*
de las victorias cántanse y al Altísimo
se presentan las armas—un silencio
reina mortal de casa abandonada
por cuyos muros sube la maleza.
Mudas ermitas son, como urnas frías
sin despojos. Se cubren de crespones
de los guerreros las panoplias. Vieron
la vileza, el olvido de las gestas
magnánimas. Ingratos, de las glorias
inmémores! Perecen en la guerra
besando, verecundos, los pendones
en pedazos, en la vanguardia el pecho,
abierto á la metralla. Dios se inclina
al holocausto, entre un olor de flores
familiares, regadas por las madres
del solar en la huerta. Las panoplias
oxidadas no quieren ver las gentes,
podridas en el lodo. ¡Cómo imprecan
los espectros! Se van lánguidamente
en fuga los minuets y se dispersa
último el madrigal, entre los trágicos
fulmíneos anatemas. Ríen. Ríen
en brutal carcajada los espectros
en la noche terrible. El Universo
trémulo mira; se oye la amenaza
de la turba lejana en baraúndas
de gritos y blasfemias. Rugen de hambre.
Rugen de frío; hieden los arambeles
hiede la roña de los pordioseros.
La geta del truhán sesgada muéstrase

en la sombra; restallan los puñales
del sicario; las zarpas acuminan
ávidos los ladrones; el ajenjo
enloquece á la plebe en un delirio
homicida, poblado de cadáveres.
Llama á los miserables: «*Corran, corran*
hacia el banquete; del cabello arrastren
á esas rameras; lleven al patíbulo
sus cuellos; córtenlos. A los borrachos
que les muerden los pechos y les ciñen
el talle lujurioso, derramando
el vino por sus vientres,—apiñados,
mátenlos á metrallas. Esas sedas
nos roban nuestro pan; en la miseria
todos vivimos. ¡Oh crápula opulento
por nuestro sacrificio! Nos enferma
el trabajar inacabable. ¿O quieren
ver morir á los hijos?»
«¡Nunca! ¡Nunca!»
rebraman las mujeres.
«¡Vayan!» grita
el ajenjo en delirio.
Y van. Y van.
Un manicomio en marcha, una monstruosa
caravana. Van y van. Son los ciegos
en furor criminal; son las muletas
repiqueteando de los amputados,
los carcomidos por la lepra, el aura
en la epilepsia de los barrios bajos,
las venganzas del hambre, el recordar
la preñez de las hijas. Van y van

las megeras ladrando, con zarazas
en fétidos pingajos, con las pieles
en sanies, costras, úlceras, y sale
de los dientes cariados la blasfemia
con agudo silbar: «¡Mueran los fetos
de los partos adúlteros! ¡Las casas
destruídas sean de las meretrices!»
Se aglomeran las turbas; los harapos
ondulan en la marcha. Muchos siguen
en nombre de ideales. Los verdugos
de los tiranos son y los creyentes
en el triunfo de la buena nueva.
Bardos de la esperanza, atletas bravos
á la muerte votados. Dioses jóvenes
de los ritos sangrientos. Luego iréis
también vosotros á la guillotina.
La maldición estride tumultuaria:
«Vuestro lujo es robado; las riquezas
en lutos se conviertan; las doncellas
yazgan deshechas, estupradas. ¡Vivan
en la deshonra! Di: ¿por qué detienes
cobarde tu camino? ¿Y tú? ¿Por qué?
¿Ya no recuerdas? Tu mujer huyó
con un noble truhán; á ti los bienes
de los mayores confiscaron. Como
perro sarnoso en su covacha, á ti
te han arrojado á la prisión sin culpa.
¿Por qué te vuelves? ¿No recuerdas, sandio?
Tus hijas desfloradas bajo el rostro
brutal del feudatario se pusieron
á llorar y los sayones partieron

el cráneo á los abuelos. Al trabajo
habías salido tú por la mañana.
Vamos, cobarde. Vamos. ¡No detengas
la venganza! ¿También vosotros? Id
á exterminar bandidos. Allá lejos
están los vinos ricos y las joyas,
está el raptor, el violador. ¿No ven
la luminaria? ¿Tienes miedo? Vil,
¿por qué no corres? ¡Mata!»
De las blusas
á los obreros cogen. Los empujan,
bramando como lobas; echan chispas
de las pupilas locas; en tropel
los arrastran y chillan: «¡Maten, maten!
¡No dejen piedra sobre piedra! ¡No haya
más ricos en el mundo!»
Y van. Theroigne
bate la carga en el tambor, virágine
alta sobre la calca carnicera,
lúgubre heraldo del estrago, hermosa
como Luzbel. Los gritos ensordecen
de las megeras; bronca la matanza.
Ya se acerca la turba, una salvaje
de furias avalancha, con las greñas
viboreando en el viento, un manicomio
de histerias impulsivas, de manías
homicidas. Volaban los vestidos,
mal oliendo en el ímpetu; el sudor
moja las carnes escarlatas. Van
los hombres, aguijados por la befa
de las mujeres, al asalto; arrasan

mansiones y jardines; la arboleda
tronchan; producen el desierto; matan
la vida en la pradera. Entre sus flores
los pájaros gorjeaban y se oía
el juguetear en las carreras locas
de los amantes por el campo. Allí
cantan los madrigales al compás
de las gavotas perezosas. Iba
la melodía lejos hasta lo hondo
de la espesura, donde se arrullaban
las palomas, bajo las primaveras
de los almendros florecidos, cerca
de las Venus de mármol, agachadas,
atisbando las citas. Murmuraba
amor en el arcano perfumado
de las glorietas escondidas. Suena
de hojas de yedras un frú-frú violento
y voluptuoso. Por el Universo
se extiende del cantar de los cantares
el vigoroso salmo. Huele el parque
la selva, la colina, en unos bálsamos
como de añosas cepas, un efluvio
de zumos lujuriosos, semilleros
de flores y de plantas seculares,
un vital sobresalto. Ahora hay silencio,
muerte, lutos, cenizas. Las reliquias
de los castillos yacen en escombros
en las capillas, con la Eucaristía
deturpada. ¡Oh dolor! Allí caminan,
salmodïando, los antepasados
con llantos y sollozos. Allí se oyen

los antiguos romances. ¡Cómo dicen
la vuelta del guerrero de la empresa
ardua, cruenta! ¿Por qué ulula el buho
siniestro en lo destruído? Va la hiena
á la luna gruñendo; pasa el cuervo,
en la garfa se lleva un candelabro,
robado de un altar y lastimero,
hocico arriba, llama á los difuntos
el perro. Los malditos van y van
hacia adelante, gipan, vociferan
satánicos, blasfemos en atroces
anatemas. Se acercan.... El salón
deslumbra en la tiniebla; en los espejos
caras se ven facinerosas, pálidos
monstruos; oblicuas brillan las miradas
deletéreas; el crimen ha pintado
manchas felinas en su luz. Habían
abierto las prisiones y se vengan
en el asalto los galeotes. Todas
las épocas arrojan sus forzados
y sus glebarios. Eran alaridos
agudos sobre el mundo, fetideces
de duendes resurgidos, al tumulto
abalanzándose sicarios, una
teoría incabable de ex doncellas
estupradas, las cárceles injustas,
el cadalso, verdugo de inocentes,
el dolor del esclavo sobre el surco,
hambres y fríos de los siglos. Iban
los humanos martirios en enjambres
á derruir lo vetusto. Fué un volar

de quemaderos, como catapultas,
un retrueno de herejes en las llamas,
las ascuas saeteando á manos llenas,
sobre los templos ustos. Las protestas
de los villanos hieren. Así todas
las turpitudes de los feudatarios
se dispersaron en cenizas: ellos
con la cadena al pie, bajo el insulto
del vasallo, desnudos y mendigos,
muertos los hijos de hambre, se marchaban
á las duras labranzas, bajo el látigo
de los antiguos siervos, ó á las cuevas
mortíferas en los castillos. La horca
los suspendía. Eran del aire mudo
los péndulos malditos. Carniceros
los buitres se tragaban los cadáveres
en el lunar crepúsculo; debajo
motejaba la plebe en el vaivén
del esqueleto... Ondula la canalla,
troza los miembros y los desparrama
con denuestos feroces por el aire.
Brama su bárbaro himno:
«Los sollozos
de los siglos, deshacen las manidas
feroces del autócrata; las lágrimas
horadan como fuego; el hambre, el frío
abren, como puñal, la entraña vieja
del mundo. Los suicidas de las cárceles
y los ajusticiados del patíbulo
resurgieron; se azotan en ejércitos
cerrados á acabar las casamatas

delictuosas.»

La plebe se enfurece,
asalta. Tiemblan los muros, caen
como beodos, en polvos triturados,
en tolvaneras lóbregas dispersos;
meten miedo en el orbe, que presagia,
—como los cuervos al lejano osario,—
la catástrofe. Hay voces misteriosas
á gritos disparando entre derrumbes
colosales; con fuerzas de metrallas
sobre las rancias ignominias:

«Somos
las calladas angustias, yendo lentas,
sin quejarse, á la tumba, la agonía
muda de los ancianos, por la ruina
de la mansión, vagando entre los ayes
de la familia despojada. Somos
esposas. ¿No sabéis? Asesinaron
á nuestros hombres. Y nosotras fuimos
en llantos á ocultar nuestra congoja,
sin que supiera nadie. ¿No sabéis,
oh peregrinos? Somos las violadas.
Se extinguieron los niños. Cariciábamos
sus caras macilentas. En la orgía
el feudatario bebe; por los céspedes
al cementerio llevan los bastardos,
en negros ataúdes. Caminando
con el cabello suelto, en un callar
salvaje vamos tras los hijos, sobre
los campos húmedos de llantos. Dios
fulmine á los castillos. La pobreza

destruyó gota á gota nuestra sangre,
otras gritaban al asalto. Nunca
una queja; los viejos nos miraban
palidecer en el trabajo. Oíamos
en el desván los cantos de los pájaros
matutinos, en la temprana brega.
Llega la media noche. No hubo amores
para nosotras; vimos en la tiniebla
las luminarias de vuestros banquetes;
vimos pasar bailando las muchachas
detrás de los cristales en un éxtasis
de culpas saciadas. ¡Cuánto hielo
en la buhardilla; el pan era mohoso;
estaba en los rincones atisbando
la muerte! Nos llevaban muy callados
al osario. A ellas los esponsales
de azahar coronadas. ¡Sean malditas!
Se transforme su vida en una angustia
feroz. Queden sin pan. No alumbre el Sol
á los tugurios fríos. ¡Todas caigan
en la ignominia; escuche el padre el beso,
y el golpe del rufián en sus mejillas
malditas! ¡Oh malditas!...»
En catervas
á la matanza corren esas penas
enfurecidas, en tropel innúmero,
de la ágapa al asalto. Nuevas voces
bramaron estentóreas; se agolparon
en fragores horrendos: «Al destierro
fuimos echados; nuestros hijos solos,
vagan de pordioseros; fueron tumbas

de sus cadáveres los hielos; nadie
consuela el sollozar de las mujeres
limosneras. Poneos de rodillas,
autócratas galeotes. La osamenta
arrastrad y las úlceras se raspen
sobre las breñas. Clave las espinas
en el cráneo el sayón y gota á gota
sobre vuestros pingajos llueva sangre,
hasta los huesos se hundan las esquirlas,
cuando en el precipicio se despeñen
sus personas suicidas. Los humildes
os flagelen la cara á salivazos
empujándoos al Gólgota. Cercene
el cuello la guillotina.»
¡Qué infernal
zinguizarra! ¡Qué marcha de bandidos!
Vámpiros semejaban á volar
prestos sobre el banquete, á sorber cruor
en un ávido anhelo, amenazante.
Ellos vieron de lejos el festín
luminoso; la hilarante algarada
hasta el encono de las turbas llega.
Se tocan los harapos; ven las sedas;
van al asalto; asoma en los espejos
al galope la banda. Hay miedo pálido.
Hay frío de sepulcro. Salta, salta
á la garganta el corazón; se agrupan
y se arrinconan los convivas; callan
las lenguas en parálisis y se oyen
los jadeantes tumultuarios; tocan
la piel de las duquesas, con las manos

callosas, agrietadas y su aliento
pútrido sopla cerca de las bocas
aristócratas. ¡Qué asco! Tiritando
de terror se derrumba el mundo viejo;
fué profanada la custodia; á la hostia
manchó el plebeyo y sobre los brocados
desgarrados en tiras, sobre el cuerpo,
ebrio de vino, ebrio de lujurias,
de las marquesas se inclinó la blusa...
¡Oh animales en celo! ¡Orgía símbolo!
No vieron las edades un poema
más frecuente de cópulas, de sangre,
de borrachera trágica. En pedazos
el banquete saltaba. Se extenuaron
sátiros y ninfómanas; sus lechos
eran la alfombra de los pavimentos.
¡Oh dementes hamacas, bacanal
de la asonada y del festín! ¡Oh trenza
de vinos y lascivias!
¡Qué destrozos!
Las Bastillas volaron; los cañones
en polvos las convierten; el estruendo
horripila; se hunde la madriguera
de los halcones para siempre; el feudo
cayó destruído; sobre los terrones
la sal estéril y la infamia. Lobos
eran los sitiadores. Profanaron.
Sacrílegos mordían al Crucifijo
babas sanguinolentas; en las bocas
de las novicias aterradas, ósculos
lúbricos. Sacaron los prisioneros

de las cárceles reales. Iban mustios
mirando al Sol atónitos. ¡Cohorte
interminable! En sangre los tobillos,
lívida momia el cuerpo, la pupila
casi en ceguera, idiota el alma. Nada
saben de ese fragor. Toda su vida
en las mazmorras taciturnas, único
ruido los pasos de los carceleros;
en la cueva la noche; en el espíritu
honda la noche. Nada saben. «Vamos
otra vez á la cárcel», balbucean.
«Dennos el pan mohoso. No queremos
la luz del sol.»

Como á feroces bestias
apalearon sus cuerpos. Ni los mares
pueden lavar esos delitos. Salen
de la prisión abierta por las hordas
con vida esos cadáveres; colmenas,
se dan contra la calca, con las lívidas
canillas,—calaveras oscilantes
sobre sus cuellos flacos. Cuando llegan
con el hijo en los brazos las esposas
de amor sonrientes, una carcajada
lúgubre estalla; no conocen; ríen
y suenan esas risas en la oreja
de los reyes ocultos, nunciadoras
de los lejanos catafalcos, donde
rebrillan al caer las guillotinas.
Descuajan los castillos esas lívidas
turbas furiosas, manchan los conventos,
rajan las tocas de las monjas, rompen

los crucifijos sobre sus espaldas,
por los claustros huyentes...
De Mayo era
una tarde apacible; el Sol se pone
detrás del bosque en un dorado incendio;
el parque duerme; sobre el lago quieto
una luz rosa se difunde; hay paz
seráfica en las cosas. El castillo
se obscurece; suenan la Avemaría
de la capilla las campanas; va
ondulando el tañido hasta el confín
sobre el labriego arrodillado. El hato
lentamente, balando, hacia el redil
se mueve; esquilan los cencerros; coge
flores la pastorcilla, á media luz
por las praderas, entre los rocíos,
llenos de aromas, para María Virgen
y esperan en la puerta de la choza
los ancianos... Sube en el clarobscuro
del aire quieto, el humo del frugal
vespertino alimento; las fragancias
de húmedas manzanillas se difunden
por la vega; sabores de cortezas
en lozanías se mezclan á las mirras
de los jardines; se acuestan á dormir
las corolas nacientes.
El castillo
se entenebra en tristezas; las estancias
son taciturno yermo; pasa el *Angelus*,
—como esperanza,—en los presagios trágicos
de futuras congojas, anunciadas

por quemazones lejos, por horrentes
cadáveres dejados en los bosques,
para pastos de fieras. El sonido
de las campanas llega á la capilla,
de rodillas allí la castellana
la oración dice para todos, cerca
del Santísimo expuesto. Huyen los hijos,
como alimañas perseguidos, hacia
el destierro... Hay rumores agoreros.
En el torreón agazapado grazna
el buitre; el buho pasa cerca de ella
y roza frío su cabello blanco.
La solitaria se espeluzna; llegan
los tañidos de las campanas como
un consuelo, como la voz de Dios.
Y reza su oración: «Ave María,
tú vas por las montañas, donde reza
el pastor, corres las espesas selvas
que esconde la caverna, donde el éxul
se refugia en la fuga. ¡Ave, María!
si en tu camino encuentras á mis hijos,
santa protégelos. Toda mi pena
te ofrezco en holocausto. Sonreían,
bajo mi nenia pía. ¡Cuántas veces
sobre mi corazón los estrechaba
de miedo! ¡Ave, María! ¡Ay! Yo no quiero
perderlos.» Miraba desconsolada
con los ojos en llantos al Santísimo,
coronado de espinas. Las campanas
llenan con su tañer los corredores
obscuros del castillo. La oración

sigue rezando la mezquina: «¡Salve!
Tú que visitas las prisiones, Ave,
María, Tú, consuelo del cadalso,
recuerdo en el exilio solitario
de la nativa tierra, compañera
del canto de la virgen, cuando cae
la noche, bálsamo de los ancianos
sobre el umbral atentos, vanamente
al hijo pródigo esperando, oh tú
romera de la tierra, acaso veas
á mi hombre en tu vagar. Dile que venga.
Soy triste hasta la muerte; los crespones
caen sobre mis ojos; la viudez
mis caminos enluta. Ave, María,
llena eres de gracia, sea contigo,
Ave, María, el Señor.»
Un cráneo rueda
otro y otro á sus pies. Cuatro asesinos
tiran pesadamente los cadáveres
en la penumbra; tiembla del Altísimo
el altar sanguinoso. ¡Dios eterno!
No desampares á la derelicta
huérfana, viuda. Queda estupefacta
mirando; besa el lividor siniestro
de sus muertos. Erguida, temeraria
como una fiera brama; en la pupila
una luz de demencia; el pelo suelto
como fúnebre hachón; corre en la sombra
de sus dominios—un fantasma negro
que da saltos y brama. Van detrás
todas las viudas locas, van, arrastran

los huérfanos. Aulla esa jauría; ulula
por las calles á brincos; grita, grita
de la demencia el himno:

Himno de la demencia

«La virtud
es tonta. ¡Dios maldito! ¿Ves? Triunfa
la prostituta. Nuestra casa fué
un templo; la arrasaron. Eran cantos
por los cuartos honestos de celeste
candor y sonaban los clavicordios
bajo las manos puras. Nuestras hijas
narraban en angélicos cantares
las heroicas leyendas. ¿Ven? ¡Qué tontas!
De dolor sucumbieron; la gangrena
en el osario las devora. ¿No era
mejor rodar por los burdeles? Hoy
de rosas coronadas,—sobre carros
tiunfales,—dentro el peplo,—en los cabellos,
en el pecho, en los dedos, las venales
gemas de la impudicia,—por las calles
irían aclamadas esas flores
de la carne corrupta, en un desborde
de embriaguez dionisíaca. Y vosotros
hombres de nuestro amor, ¡oh gallardías
adoradas! Pasto de guillotinas
hambrientas sois, ó los presidios bárbaros
os devoran. ¡Miseras larvas! ¡Tontos!
¿Por qué no sois follones? La victoria
es del traidor. La truhanería es diosa
de las tremendas épocas. ¡Oh mártires!

El honor y las gestas ¿dónde están?
Donde estaba el castillo, un muladar...
Vuestros hijos murieron. Las panoplias,
sucias de herrumbre heroica, del rufián
cubren el cuerpo innoble; las guirnaldas
de las cortes de amor cuelgan del cuello
de sus putanas. ¿Veis? Es la virtud
una tontera vana, ¡Dios maldito!»
De ese sarcasmo tuvo miedo el mundo.
A través de la plebe risotean
las dementes; corren en avalanchas
como ménadas de exterminio.
En todas
las plazas hay cadalsos; sale sangre
como ría, en las calles, sube, baja
la guillotina; roja centellea
sobre los cuellos; saltan las cabezas
por el tablado; llenan los canastos,
besándose en la boca, en las mejillas,
con pupilas abiertas y cinéreas.
¡Sanguinosa manía! Necesario
era matar. ¡Brama salvaje! A tiros
sobre el montón de condenados. La horca
agarraba á millares los gañotes
convulsos; eventraban á metrallas
manípulos enteros y en la estiba
de barcazas maltrechas hacinados
cuelan á fondo lentamente; nadie
oía á los ahogados; percibieron
sobre esa tumba una tranquila paz
de las aguas. Más lejos los incendios;

en llamas las mansiones; esplendores
de voraces hogueras, en furor
edaz de carnes juveniles, sobre
tizones ustas. Se van las doncellas
al martirio, pensando en las felices
y juguetonas horas en la casa
paterna, por los parques en Abril,
donde esplende la luz, de amor henchida,
y las fuentes murmuran la canción
del regocijo juvenil. Pasaron
los júbilos; quemaron los jardines
y el beodo escarnece en rededor
de la hornaza bailando. Las cabezas
inclinan sin sollozos las misérrimas
y van, sin quejas, á los quemaderos.
¡Oh mártires augustas! ¡Niñas castas
de la tierra, venid! Arrojad mirtos
en las cenizas, mémores. Acaso
os sorprende la noche alguna vez,
amando esas memorias lacrimosas
en vuestras oraciones.
Pasan cerca
del fuego las dementes, con la greña
desmelenada, viboreando. «Tontas,
les gritan, tontas. La virtud se acaba
en las llamas. Hasta el Eterno aplaude
la victoria del vicio. Antaño honestas
fuimos nosotras. ¿Cuál ha sido el premio?
De los hijos la muerte y la deshonra.
La bacanal se ríe. Esta es el júbilo
omnipotente. Autócrata en triunfo,

dominador del Orbe ¡Hosanna! ¡Hosanna!
Corren desenfrenadas á escuchar
de las prisiones los quejidos. Salen
por la tronera helada de los muros
las voces dolorosas. ¡Qué elegías!
¡Cuántos idilios muertos! De esas tumbas
iban encadenados en cohortes
los presos al cadalso. Andrés Chenier
sobre su lira muere; una bandada
de ruiseñores canta la Elegía.
¡Oh celestes amores! Novias, madres,
¿por qué abrazadas vais hacia el sepulcro
en medio al populacho, entre denuestos
malignos? ¡Cuánta injuria! Un calofrío
de heroísmo corría en la persona
de esas víctimas santas; se estremecen
los siglos de coraje. Perdonaron
ellas sobre el tablado á los sicarios.
¡Qué tumulto! ¡Qué crimen! Cómo cantan
al subir al patíbulo! Recuerdos
de inefables amores, son plegarias
familiares, rezadas en nocturnos
convenios, cerca de las urnas, donde
reposan las cenizas de los deudos.
Es la canción de fúnebres cureñas,
féretros de cadáveres de heroicos,
en la vanguardia caídos. ¡Religión
del tiempo antiguo, adiós! ¡Oh recordanzas
de juveniles alegrías! ¡Realengo
símbolo augusto! Eras la idolatría
de las viejas mansiones. ¡Viva el Rey!

gritaban al morir los caballeros
de Francia. ¡Viva el Rey! Se enfureció
la venganza homicida...
Así el patíbulo
se empapa en sangre; cae la guillotina
sobre Capeto; rueda su cabeza,
espera en el canasto el labio yerto
de Antonieta María. Un urlo bárbaro
reventaba brutal entre la turba,
ébria de sangre. Los facinerosos
rompen el catafalco, aventan lejos
con sacrílega mano á los despojos,
en fulmíneo huracán desploman todo
y un osario se traga á los castillos,
las abadías, la Fe. Vaga de noche
la procesión de espectros; son testigos
de novelas tragedias. Se horripila
el Universo en el hedor macabro
de los carnajes putrefactos. Va
con la segur la muerte, guadañando
los cuerpos á millares. Todos caen
culpables, inocentes. La Tragedia
mata sin juicio; mata. Mata bajo
la cuchilla implacable. ¡Viejos, niños,
apresuraos! Poned vuestros pescuezos
sobre el negro madero. ¡Qué copiosos
chorros de sangre, ¡oh santa guillotina!
Perecen inocentes. Es mejor.
Depura la nueva época. ¡Qué importa!
Arrase todo. Fuera cobardía
tan sólo castigar á los culpables.

La sangre de inocentes, necesaria
para vengar el crimen de los siglos
es, santa guillotina. ¡Pobres flores
de primavera, muertas tan temprano!
¡Oh abuelos trucidados! ¡Oh patriarcas,
santos de los nocturnos refectorios!
Y dice la leyenda, que en la tierra,
calada por la sangre, retoñaron
las rosas y se oían angelicales
voces narrar un divino milagro
de peregrinos seres—con guirnaldas
de las rosas brotadas, en viático
hacia la eterna vida y los malditos
fueron vistos huir por el espanto
fulminados con bárbaro anatema.
¡Caínes fugitivos! Vuestros miembros
se secarán. Ciegas vuestras pupilas
vivan y los nacidos de la entraña
malvada en miserables mechinales
perezcan ulcerados. A los niños
matasteis ¡oh sacrílegos! ¡Oh monstruos!
Yo os castigo. Se queme vuestro cuerpo.
Os muerdan las piltrafas los mastines,
y os infiltren sus rabias en la sangre
con las inmundas babas. Apretada
la mandíbula hidrófoba en un tétano,
en un trismus diabólico, os consuma
de sed y de hambre. Penen por los siglos,
sin poderos dormir y vuestros hijos,
sobre la corva espalda por vejez,
dejen cäer garrotes iracundos,

hasta que el cuerpo ruede á perecer
entre la sangre y el lodo. Fueron muertos
los niños. ¡Villanía! En un cajón
sacaban una noche de un tugurio
el cadáver de un chico. Había crecido
entre sedas realengas; la miseria
lo carcomió; el tufo de la sentina
emponzoñó su sangre; le cruzaban
la piel á latigazos. ¡Cuántas veces
recordó las caricias de los besos
maternos, inclinando lancinado
poco á poco su cuerpo, hacia el sepulcro
injusto. Así pasó. Desde los cielos
en noche aborrascada, entre el zig-zag
ardiente del relámpago, el Eterno,
abalanzado en el espacio obscuro,
entre sus brazos recibió la almita.
Amó al sacrificado. Era de Francia
el Delfín.

Y pasaron los titanes.
Llevan los nuevos tiempos en la espalda
hercúlea, demoliendo del pasado
hasta el recuerdo. Gigantescos eran,
atletas formidables; los seguía
el fragor de las ruinas por el suelo
saltando en remolinos, como peonza,
con deletéreo retumbar. Las cajas
baten la funerala; en los caminos
altas las cruces blancas; es la tierra
un cementerio vasto. Se juntaron
los destructores con las viudas locas

en un andar desesperado y todo
concluir parece al ímpetu cruento
de esos gigantes, al reir diabólico
de las mandíbulas dementes. Dios
ha visto el exterminio. Irato arroja
con truenos dilatados las centellas
sobre las fieras; se oye del Eterno
la voz: ¡Habéis mentido! ¿Dónde quedan
de una vida mejor las esperanzas?
¿En qué os mostráis hermanos? ¿Dónde iguales?
¿Cuál es la libertad? ¡Habéis mentido!
Disteis la muerte; disteis la deshonra
al santuario, á las casas; á los niños
que son mis hijos el sepulcro. Seáis
hasta el último nieto maldecidos!»
Volaron á millares en desorden
los féretros; recogen las cabezas
lívidas del cadalso; una montaña
de cráneos señorea; superpuestos
rebosan los osarios...
La revuelta
traga á sus corifeos, como fuese
un Saturno siniestro, sitibundo
de sangre delincuente. A los verdugos
el pánico en la fuga; se agachaban
á ocultarse jadeantes. Los aventan
á podrirse en la cárcel; otros mueren
bravíos, como apóstoles.
Dantón,
temerario fantasma irgue su cuerpo
en el patíbulo; amenaza á Dios.

¡Oh máscara leonina! Más que un hombre
es un ciclo satánico. A los míseros
infinitos del Orbe lleva en su alma.
Lleva al odio, al rencor, á los amores,
al dolor, al esclavo, á los hambrientos
al tormento, á la cárcel, al destierro
y una misión humana de venganza
por los salvajes atavismos. Símbolo
de los sufrimientos! Amenaza á Dios!
Le grita «¡ Morirás!» A los tiranos
les grita: «¡Morirán! El esplendor
llegó del tiempo nuevo!»
Con el puño
agitado en el éter amenaza.
La colosal cabeza salta, rueda
con su mueca fisgona; la cercena
la guillotina; empapa el populacho
en sangre á los pañuelos y la arroja
hasta el último término del mundo,
como una mar fecunda...
Brota, brota
un delirio homicida en todas partes,
la sangre cae en la estepa, cala el humus,
preña la entraña de la selva, inunda
las almas juveniles. Nace de ella
una radiante aurora, un regocijo
de vigor prepotente. Los cadáveres
en savias se convierten. Así el árbol
se robustece, si lo poda el hacha.
Una novela psiquis fué creada
por las ideas libérrimas; creció

la conciencia humana; son iguales
en el derecho todos. Fué posible
la muerte de los reyes; lo intangible
y el derecho divino sepultóse
en un alud de pueblos. *¡Sursum corda!*
¡A la guerra! ¡A la guerra! ¡Aquí hay fusiles!
¡Broten soldados! ¡Salgan de la tierra,
como dioses armados! ¡A la carga
contra las madrigueras! ¡Todavía
hay prisiones de Estado; los cañones
revienten sus metrallas en los muros
obscenos! ¡A la carga! ¡Nadie sufra
en la mazmorra puerca! ¡Recordáos
del delito realengo! ¡Son destierros
y excidios. ¡Son ergástulas! No muera
la libertad humana! ¡Recordaos
del delito realengo! ¡Son las horcas,
la tortura, la hoguera, los furiosos
potros, que descuartizan inocentes,
las aterrantes propaginaciones!
Venganzas claman los espectros:
«¡Hombres!
bajad de la montaña, tan feroces
como el oso en el antro, cuando cuida
á sus cachorros, como el tifón violentos,
rudos cual las escarpas. ¡Marineros
coléricos! venid, oh tiburones,
al enemigo á deshacer, lo mismo
que el ciclón á los barcos en brutal
ímpetu de destrozos. Acudid
¡oh deletéreos! como la borrasca.

Portad las vuestras hachas. ¡Abordad!
¡Herid! ¡Herid los sesos! ¡Montañeses,
portad vuestra segur! Como la mies
se caigan las cabezas boquiabiertas;
zumben las hoces en la sanguinosa
siega feroz. ¡Montad vuestros baguales,
atezados llaneros! ¡Vencedores
de leones venid hacia nosotros,
blandiendo los cuchillos, con que al toro
desjarretáis de un tajo! ¡Cercenad
el cuello de los déspotas! ¿Acaso
no habéis visto adensarse en lejanía
las huestes de esclavócratas? ¡Blandid
vuestras cuchillas, maestros del degüello!
Acudid en ejércitos del llano
relinchante, anunciando la matanza!
¡Pueblo de los tugurios acudid
sin pan, sin ropas, con inquinas sordas!
Muchachas de la calle, diosas lívidas
del trivio vagabundas, venal carne
de las obscuras juderías, ¿acaso
de vuestras lacras no hay culpables? ¡Pronto
acometed con los puñales! ¿Quién
os diera alguna vez el pan de amor,
el beso maternal y de las cunas
los piadosos cantares? ¡Oh sedientas!
Errabais cerca de la dicha; nadie
os diera el agua cristalina. ¿Quién
consoló las congojas? Arrojaron
el lodo verde de los muladares
sobre las rosas vírgenes; marchitas

se pudrieron sus pétalos; un himno
de rencor se cantó por los caminos
de vuestra vida. ¡Alerta! ¡En batallones!
¡Morded vuestros cuchillos! ¡A los hombres
aguijad en el odio, en la venganza!
Formaron en turbiones los ejércitos
de los montes, del mar, de las llanuras.
Brotaron los soldados; ese pueblo
marchó contra los déspotas; las tiendas
se alzaron por la noche en las colinas,
bajo las luces de oro de los astros
y al conscripto pensaba en sus idilios,
en el vivac festivo...

Idilios

Estaba lejos
la novia suya. Iba hacia la fontana;
de alabastro sus pies eran desnudos.
Llevaba en la cabeza un rojo cántaro,
un ramo de verbenas en el seno,
el cielo en su pupila, en los cabellos
el sol naciente. Iba hacia la fontana,
cuando él se fué soldado á despedirse.
Se estrecharon la mano; un juramento
sencillo oyóse en esa soledade;
murmuró como el agua cristalina,
derramada del cántaro: «De tu agua
quiero beber, amada mía». Entonces
mojó sus labios la zagala y fueron
salmos los besos del amor eterno.

En la batalla sucumbió después
el amante. Ese ramo de verbenas
siguió aromando el corazón heroico,
cuando volaba al cielo.
Están muy lejos
las novias. Es la noche en la marina
y susurraba la onda. Arriba el cielo
profundo; tiemblan las estrellas; va
la luna por el éter, misteriosa
viajera del enigma, iluminando
la costa bruna. ¡Oh mar, oh Dios arcano!
Tú sólo escuchas la oración; la novia
reza. Y después llegando á paso leve
se arrodilla el soldado. Reza. Dios
á los mancebos mira en la celeste
senda de amor y de plegaria y cuando
se marchaba á la guerra, en esa noche
llena de abrazos, sobre el corazón
la muchacha le puso un ramo de algas.
«Acuérdate de mí. Yo rezaré
cerca de la marina, hasta que vuelvas».
Y cuando falleció, porque una bala
el pecho le rompía, el ramo de algas
voló con él al cielo. Le dijeron
á ella que había muerto. Sollozó.
Pasaba un olor de algas. Era su alma.
Y también le dijeron que al morir
los besos recordó de aquella noche
en la marina bruna...
¡Cómo están
lejos las novias! Cerca del torrente

apacienta al rebaño la pastora
entre el tomillo en flor. En el confín
en el fondo del valle, el campamento
cerca del río está donde es conscripto
el amante. Lame las pobres tiendas
el agua lentamente descendiendo.
«Yo mandaré las rosas con el agua
todos los días y los azahares
te llevarán mis besos y mi llanto».
Ella arroja las flores á la ría,
las recoge el amante; las coloca
en su seno amoroso. A la mañana
volvía á la ribera. Unos tras otros
navegaban los mirtos, el espliego
hacia la pobre carpa... Se escondía
en un recodo del arroyo. Nadie
lo vió besar las flores. En la tarde
de la batalla, herido se arrastraba
á las benditas aguas. Tenía sed.
Cuando puso los labios á beber
una rosa llegaba; la besó
y oyendo la canción en su agonía
que habían cantado juntos en el bosque,
la canción del amor y de los nidos
se murió... Lo llevaban á la fosa,
entre ramos de rosas y tomillos
y esa tarde llegaron como alfombras
los ramos de la ría. Iban narrando
la historia de una virgen apurada
en cortar flores; viéronla después
hundirse en el torrente; los soldados

llegar la veían acostada sobre
un camalote de azahares, muerta.
Los enterraron á los dos. Las bocas
se tocaban... A ese sepulcro vienen
los amantes heroicos á llorar.
¡Qué triste remembranza! En la alameda
se paseaban del brazo una caterva
de muchachas alegres. Bulliciosas
hablaban de futuros regodeos,
en las festivas danzas. Los obreros,
de cuando en cuando, las besaban. Iban
volando á los suburbios, como pájaros
en un trinar de regocijo, el pecho
adornado de flores, arrancadas
á la sombra del bosque. Allí sentados
en merienda frugal, con las pupilas
en las pupilas, aman. Primavera
con sus tibiezas anuncia la vida
de los renuevos tiernos, su brotar
en las ramas; salen las margaritas
de los húmedos prados con efluvios
olorosos, volando en la serena
calma del bosque, donde se oyen píos
de nidos agitados. Por momentos
cesa el concierto de las aves; corre
un susurrar de brisas por las frondas
florecidas, que traen voces exóticas
de otros seres lejanos, en recónditos
mundos inexplorados, cual si fuera
amor himno del universo, Dios
de las cosas... Parecían los júbilos

de los amantes á la sombra fresca,
en redondel sentados, el reir
de las deidades castas,—las novicias,
que presiden los ritos de la selva
en las mañanas luminosas. ¡Frágiles
liras armonïosas, oh novicias!
¿por qué cantáis, en la espesura, tantas
odas á la belleza? Amables genios,
almas benditas de la flor. Os siente
el recluta en el prado, cuando en filas
alborotadas marcha. ¡Oh primaveras
de los mansuetos árboles! venid
á decir á los novios que la vida
es un grácil harmónium, donde suenan
los dolores del Gólgota. ¿No veis
tenderse los crespones sobre el ramo
del azahar reciente? ¿Por qué vais
almas benditas deshojando luz
solamente en el alma? ¿Y la tiniebla?...
Las tiendas están prestas; los conscriptos
no duermen; las canciones del vivac
dilátanse en la noche, recordando
las frugales meriendas, las glorietas
cubiertas de campánulas. «¡Adiós!
¡Mañana es la batalla! ¡Adiós, muchachas!»
Sucumbían... Valientes los soldados,
al irse recordaban las glorietas
cubiertas de campánulas...
Más lejos
en el taller, en el desván insomnes,
supieron las amantes que habían muerto

en olor de heroísmo. Solitarias,
lloraron al mirar las flores secas,
los retratos... Cayóse la costura
á los pies. Oteaban la penumbra,
al infinito por los tragaluces,
inmóviles, sentadas en la rústica
silla de paja. Palidecen luego;
esperan al bien amado. Palidecen.
Huye la sangre de la vida. Inmóviles,
siempre sentadas en las sillas rústicas,
la cabeza doblaron para siempre.
Habían visto llegar á los queridos
en las cureñas rígidos...
No pueden
los conscriptos dormir bajo las carpas,
que los recuerdos son melancolías,
cantos de juventud que se cantaron,
urnas que guardan los amores; son
las antiguas sonatas, que resuenan
en la alma solitaria. Por la mente
vaga la vieja casa, la sonrisa
materna, la alegría de los hijos,
jugando en los jardines y la esposa
asomada á la puerta, cuando pasan
batallones. Las notas del clarín
agudas la estremecen. Hay olor,
entre los campamentos tan callados,
de flores montañesas regaladas,
un murmurar de rezos, la oración
que rezaban las madres, acostándolos
en las camitas pobres. Y las zambras

escuchan voluptuosas, la embriaguez
de las orgías primeras, el nacer
de las adolescencias. ¡Qué tristezas!
¡Y después no queréis que los recuerdos
vivan cantando sus melancolías!

CANTO X

LOS PEANES

Es la noche profunda. Arriba el cielo,
como un palio sereno, cubre el hondo
silencio de las tiendas. Se han dormido
amando sus nostalgias. Por los valles
los centinelas dan el grito: ¡Alerta!
que vá de falda en falda, hasta perderse
como un lamento en el lejano abismo.
Vuelve el callar. Entonces en voz baja
fablan las voces de la noche. Laten
los cálices; las ramas tiemblan; canta
un gallo en lejanía; el ruiseñor
modula una canción, con voz tan queda,
como queriendo que la oyera sólo
la compañera, que calienta el nido.
Hay susurros de arroyos, hay siseos
de surtidores escondidos dentro
de la garganta alpestre; las majadas
balan; vienen del horizonte obscuro
de la huyente vacada los mugidos.
Duermen los campamentos; los vigila,

como una torre, altísimo, un espectro.
Parece un monolito, un agitado
fantasma; gira entre las tiendas solo;
á las miradas hinca en la tiniebla;
desazonado espía; el oído tiende
los ruidos á escuchar que en lontananza
suenan más tenues; receloso va,
é inclina la cabeza hacia un costado.
Previsor de peligros, teme acaso
la trampa, la sorpresa, la matanza
de sus ejércitos dormidos. Lleva
la mano izquierda tras de la solapa,
del gris gabán, que vió los cien combates,
la derecha en el dorso; su bicornio
negrea, se mueve en el celero paso.
Dilata las pupilas; se parecen
á un espejo sombrío. Tiene escrita
el alma en su atra luz, una despótica
síntesis de dominio, los bravíos
fulgores que aniquilan las humanas
voluntades. León soberbio y zorro,
conquistador de tronos. No pisó
en su marchar sino sepulcros; fué
exterminio. Jugaba con los cráneos
á puntapiés siniestro; en los estragos
de la batalla fué glacial. A veces
estrechaba las manos del herido,
en alto deprecantes. Eran frías
sus manos, seco el ojo. No conmueven
al ambicioso los dolores. Son
cosas los hombres en sus manos. Muertos

á su grandeza crean sanguinosa.
Y lo monstruoso de la estirpe humana
se aglomeró; produjo ese titán.
Se estremeció repente. Por las cumbres
se deslizaba el enemigo, como
una sierpe ondulando. Había en la roca,
donde el titán pisaba unos fragores
sordos y roces apagados. Eran
enteros batallones; se arrastraban
agazapados, por las peñas. Nadie
hablaba... Retumba de cuando en cuando
algún cuerpo al caer en el abismo,
de breñas erizado, y se dilata
gemebundo el lamento en la quietud
nocturna... Iban las sombras y venían
por los picachos próximos, á guisa
de fantasmas, por sendas serpentinas,
hacia las tiendas. Con la oreja al suelo
el león auscultaba. Había tendido
su cuerpo sobre el césped boca abajo,
la sien sobre la yerba. Fulguraban
de rabia sus pupilas. Madre tierra,
reveladora de asechanzas, trae
los temblores lejanos, el pasar
al trote de escuadrones y relinchos
de potros por las cuestas. Hasta oyó
las voces jadëantes del comando,
terribles, concitadas...
Se abalanza
como el Dios de la guerra, atroz, beodo;
toma un clarín, los labios hincha; suena

un claugor espantoso. Bate el valle,
bate las cumbres un furor de asalto;
demoníaco gira por las carpas
el coloso. Despiertan, saltan fuera
á tiros los soldados. ¡Fuego! Apostan
la artillería. Hay voces agitadas
de mando: ¡Fuego! ¡fuego! Hay un fragor,
un crepitar de balas, de metrallas
un reventar en mil pedazos. Humos,
chispazos, estampidos, retumbar
de lejanos incendios y derrumbes
pavorosos, quejas de heridos, cúmulos
de muertos, charcos sanguinosos. ¡Fuego!
Y precipitan luego mil aludes
á matar, á matar. Y fué un romper
de los corceles sobre las falanges
aviesas, sobre destripados vientres
y huesos triturados, una carga
tempestuosa, un brincar de terremotos
á través de los valles. Centellean
de arriba abajo, silbando, los sables
y llega la derrota; se dispersan
deshechos los manípulos; arrojan
las armas y jadean apurados,
heridos en el dorso por las puntas
de ávidas bayonetas; muerden tierra
de bruces sobre el rostro. Bonaparte
en un blanco bridón la hueste aguija
victoriosa... Pasa la aurora; el sol
calienta los triunfos. Por los aires
va una bandada de águilas... y cantan

en ardientes peanes su luchar
los soldados, y dicen del guerrero—
nocturno centinela por las tiendas—
tocando su clarín, la apoteosis!
El mundo mira atónito. Han nacido
nuevas formas de guerra; son deshechos
los ejércitos viejos. Con un ímpetu
de asolador ciclón son derrüídas
las fortalezas, en un mar de sangre
y de escombros; se rinden las ciudades;
caen los reinos; van á los destierros
los monarcas; en largas romerías
huyen los cortesanos; son borrados
los blasones; los dioses tutelares
huyen, con los abuelos, de la afrenta
lejos y de las patrias humilladas,
con grilletes al pie. ¡ Venga la muerte!
¡ No queremos la luz!
¡ Vaivén de ejércitos,
maestros del estrago! Las historias
de los siglos, marchitas, arrasadas,
sembrando las cabezas á montones,
manchan de negro el horizonte. Vuela
un letal soplo por la tierra, gases
de pútridas marismas; los cadáveres
son fango verminoso, tufaradas
asfixiantes. Cañones, uniformes,
pupilas, miembros amputados son
del muladar el magma. Pica el cuervo
la abundante gangrena; por la noche
los chacales enjuáganse el hocico

ahitos en la sangre. Enloquecidos
necrófilos deturpan el silencio
de la muerte en lascivos esponsales.
Se cubre el rostro Dios en su infinita
misericordia sollozando. Al cielo
volaba un millón de almas. En el campo
quedaron los cadáveres sin cruces,
sin urnas cinerarias. No sabían
dónde rezar los hijos... Se les veía
correr por la batalla, los despojos
adorados buscando. La Natura
á los atribulados acaricia,
hace crecer las flores en capullos,
echa piadosos céspedes, aromas
sobre los insepultos. Bonaparte
lastimó á los humanos. Ignoraba
el vigor de los muertos. Su bridón
piafa, la crin al viento; resoplando
caracolea cerca los osarios
abandonados. Ignora Bonaparte
el vigor de los muertos...
                                        Eran rondas
innúmeras de espectros. Se juntaban
en la tiniebla sigilosos; narran
las dolorosas odiseas, las casas
destartaladas, quemazón de granjas,
templos al suelo, campos transformados
en eriales vastos, la brutal
quietud después de la batalla, el grito
de los vivac borrachos de conquista
y de sangre, la fuga de los viejos

lejos de la ignominia, los peanes
de los nuevos ejércitos en marcha,
á repetir excidios. Se abrazaron
los espectros, jurando: «Los sayones
quitáronnos la tierra de los padres,
de la niñez las casas. ¡Sean malditos!
Eran nuestros los árboles, el sol,
la oración y los templos. Nada queda
en pie; aniquilaron. ¡Sean malditos!
Las cenizas sagradas de los deudos
sacrílegos aventan; con impía
mano manchan al héroe, á las banderas;
arrancan las reliquias de las tumbas,
en rezos familiares adoradas,
penetran á la iglesia, á los altares
con babas enlodando, donde antaño
comulgaban las vírgenes. Después
se robaron el Arte. Al extranjero
las estatuas se marchan y los cuadros
de los grandes. Eran las mentes nuestras
ultrajadas. Era el dolor humano
del excelso crear en vilipendio
por extraños tenido, y sus heridas
exacerbadas por rudas manoplas
de soldados. ¡Malditos! Y las joyas
de los honestos esponsales fueron
los pechos á adornar de las rameras
en los lascivos saturnales. ¡Nunca
llueva, salvajes, sobre vuestros predios;
séquense las fontanas; mueran de hambres,
salvajes y de sed! ¡Vuestras carroñas

insepultas se queden! ¡ En la cárcel
vuestros hijos concluyan; las mujeres
yazgan podridas en las mancebías!
¡Caiga la casa sucia; la violada
anciana por las calles gritará
como una bestia lapidada! ¡Bárbaros!
¡ Se desmoronen las ciudades sobre
los vivos en escombros! ¡ Taciturno
ponga su luto el Caos, donde vivieron
los verdugos y sobre las cenizas
llueva la sal estéril en oceános
hasta el fin de los tiempos, oh malditos!»
Se dispersan los muertos con tenaces
enconos por el mundo, concitando
á la revancha. Van las maldiciones
á enardecer los odios. Por las noches
juran sobre puñales en mohosos
zaquizamíes. Se arrojan sobre el frío
dominador de tronos los extremos
de Europa. Eran como dos escudos
implacables corriendo; se acercaban
para aplastar á la conquista. Viéronse
las navajas brillar, salir la sangre
como ríos; enlodaban las rejas
de claveles. Cantaban los gallardos
las coplas, al matar, que, en la guitarra,
bajo el balcón, cantaban de las mozas
en las divinas serenatas. ¡ Ave,
Iberia, oh primavera resurgida
sobre el excidio de tus hijos! Era
tu vida, juvenil como una luz

de campos florecidos; tus carolas
eran armonïosas, como en Grecia
la danza de las Gracias; tu sonrisa
era dichosa, como las auroras
sobre el jardín de los amores, donde
se besaban las rosas. ¡Oh jolgorios
en las fecundas romerías! Entona
con agudo lamento su morriña
el gaïtero y va que no se acaba
larga, larga la endecha, tan eterna
como la pena. Y jotas y zortzicos
recuerdan el vigor de la comarca,
jamás contaminada. ¡Oh malagueñas!
Tus quejidos de amar mucho parecen
crucifixión de Gólgotas...
Bestial
ira aferró á los hombres, un furor
de perecer y de matar. Bajaban
las huestes enemigas; los espectros
las indicaron; van á demoler
á las casas paternas, á la iglesia,
á cubrir de vergüenza. Todos fueron
á rechazar la afrenta. Eran toros
dementes; embestían. Gigantescos
homicidas. Y pareció la heroica
lid una convulsión de mundos, una
epopeya...
Tuvieron sus mañanas
de Abril esos reclutas; eran bravos;
amaban sus guitarras; por el éter
iban las peteneras, entre aromas,

á acariciar el oído á las muchachas
que regaban los tiestos. No soñaban
sino en leticias, en las madrugadas
cuajadas de rocíos, en el sol
de los ojos morenos, en los labios
rojos, como el clavel, llenos de besos,
en un gárrulo nido solitario
para amarse y vivir, bajo una choza,
entre retoños de las madreselvas,
trepando las ventanas de sus vírgenes
agarenas. Después se hicieron crueles,
vieron los templos profanados, vieron
sus cabañas destruídas. Todo el odio,
condensado en los tiempos, agarró
esas mentes. A tiros, á puñal,
sin cuartel, trucidaban. Se agazapan;
en la caverna acechan, entre peñas,
por los abismos, entre las inhóspitas
gargantas. Sin descanso, sin dormir,
saltan, como jaguares, de las trampas
á los degüellos subitáneos; son
garfios las manos; cogen los pescuezos,
á tajos los destroncan; como un rayo
penetran las navajas; se revuelven
en los bandullos enemigos; echan
rocas al valle, aplastan los ejércitos.
Y mortíferas giran las mujeres
en la hecatombe, como tigras; vense
volar sus crenchas de megera; ultiman
al moribundo; excitan á los jóvenes
á nefandas matanzas. Es la rabia

la bacanal de sangre. Palmo á palmo,
casa por casa, un valle después de otro,
entre las llamas y las ruinas, sobre
cementerios, defienden las sagradas
ciudades. Zaragoza imperitura,
te saluda el poeta. Para ti
lauros heroicos. ¡Fuerte ejemplo! ¡Santo
holocausto! Irán las generaciones
en tus calles á hincarse, donde pasan
los fantasmas gloriosos, donde ha muerto
Palafox, donde el sacrificio escriben
por la patria los monjes, en la cruz
cayendo inanimados. ¡Salve! Salve
Urbs de leones, hierro de la entraña
robusta de los siglos. Tú quebraste
como cristal al déspota; el coloso
se despeñaba; era de barro. ¡Salve,
oh Zaragoza!

La estepa

Lejos en la estepa,
sobre una mar de hielo, entre el glacial
aire quïeto de la tarde, en fuga
corre en destrozos una larva escuálida
de ejército harapiento. Van tras ella
famélicos los lobos y persiguen
las vivas osamentas. Ladran, ladran
lúgubremente, por las soledades,
trotando, hocico al viento. Cuando cae
el guerrero en el témpano, ó se muere,

envuelto en la nevada, se aproximan,
ávidos tiritando. Hozan, revuelven
los dientes en el muerto, con aullidos
ásperos... Vuelven á trotar... Se arrojan
sobre nuevos montículos, la nieve
escarban con los garfios; tragan, tragan
el expuesto cadáver; enrojecen
la blanca sábana con sangre. Van
en manadas los osos; balancean
sobre la escarcha el cuerpo enorme. ¡ Oh espanto,
alba visión! Se mezclan con las tropas
de hambrientos lobos en festín inmundo,
sobre los insepultos; y se hieren
al dilaniar las vísceras. A veces
lleva en la fauce abierta una cabeza
un oso solitario, tras las combas
de hielo, lentamente para el pasto
feroce; tritura la calavera,
en el hocico lame las papillas
de sesos y de huesos. Más allá
gime un herido; un lobo le mordió
la mejilla... Los buitres aletean,
y giran; como dardos precipitan
sobre los esqueletos; los mendrugos
apuran del banquete. Más allá
en el gris horizonte va una sotnia
de cosacos. Tropiezan los corceles
entre la carne humana; en los destrozos
desolados... Como las sombras huyen
las águilas. Un héroe las sujeta,
entre sus manos temerarias. Ney

se irgue en la Moscova, como un templo
de martirio salvaje; pugna el Grande
sobre las nuevas hecatombes; caen
á millares las huestes, silenciosas
como el rencor, y cuando se aproxima
Bonaparte fuyente, no se inclinan
las banderas; las cubren de crespones
los restos taciturnos y las rompen;
las cierran sobre el corazón. No acaba
la dolorosa *anábasis*. Se caen
en pedazos los miembros; la gangrena
los esfacela; la metralla diezma,
el sable del cosaco entra en los dorsos
fugitivos; hiela el frío la sangre,
la muerte va á cuajarse en los ejércitos,
detenidos por hambre. Nieva sobre
los moribundos; nieva en un callar
siniestro, como de sepulcro, en copos
largos y lentos, hasta recubrirlos
vivos bajo el helado manto. Allá
lejos vuela una sotnia de cosacos
á la matanza; más allá jadean,
aguijando su fuga los misérrimos
enloquecidos de miseria. No hay
Dios, ni *dux*. En un trineo resbala
en noche tormentosa, el fugitivo
Emperador y deja á sus soldados
ateridos, volando hacia su trono,
trémulo por los sordos terremotos
de la derrota. Dios lo fulminó.
Pasa como una sombra, como un luto

trágico bajo las estrellas. ¡Réprobo!
¡Se morían tan jóvenes! ¿Por qué
segaste tanta flor de adolescencia?
¿Qué te hicieron los padres? De ceniza
los ancianos caducos las cabezas
cubiertas, lloran sobre los retratos,
sobre las borradas cartas. Leen
en el comedor cerca el fuego; besan
los papeles con lágrimas; las madres
escuchan sollozando. ¡Qué poemas
de amor! Se acercan á los vidrios... Nieva.
Miran la escueta falda... Todas blancas
están las cumbres y las arboledas.
¡No hay nadie en la montaña! ¡Qué pesares!
Recuerdan á los hijos. A la guerra
marchan alegres como á fiesta:
«Dennos
esos rosarios, que rezáis, oh madres,
para rezarlos en la noche larga
del campamento por la vuestra vida.»
«Tomad los besos de los labios nuestros,
hijos, tomad esos rosarios. Seáis
bendecidos».
El diálogo recuerdan
los viejos y se miran en los ojos
dolorosos. Afuera blancas eran
de escarcha las montañas y los árboles;
no hay nadie en el silencio; sólo el cierzo
se lamentaba con sus voces fúnebres
de valle en valle, mientras los ancianos,
sin hijos ya, mirábanse los ojos
dolorosos...

Autócrata, ¿qué hicieron
en su vivir las novias? De las rejas
colgaban las glicinas. Era un día
de cristalino azul; en el alféizar
retoñan los claveles color carne,
en los tiestos en fila; se entra el Sol,
dorando el aposento; en el jardín
crecen las azucenas; por las plantas
los pájaros gorjean sus romances,
tejen el nido con pasión y traen
briznas de yerbas en el pico y musgos
olorosos. Por el río cercano,
que baña los ribazos florecidos,
y arrulla en el cantar de su corriente
á ese divino idilio, las recogen
trinando. Los prados se tienden lejos
en un verdor lozano; se columpian
las margaritas en la brisa; frescas
las colinas de enfrente se levantan,
mostrándole, á la luz de primavera,
la flor de sus almendros. Una virgen
con su velo nupcial es la Natura,
sobre el balcón, á donde crece el tallo
de los claveles. Llega á despedirse
por la tarde el soldado. Va á decir
su adiós postrero en la guitarra:

Endechas

«Adiós,
¡oh mi morena! ¡Corazón! Acuérdate
de mí, cuando las serenatas oigas

de otros, morena, bajo tu ventana.
Si perezco en la guerra he de venir
á besarte en la boca, cuando duermas,
y cuando en el jardín cojas las flores
para la Virgen Madre y el gorjeo
escuches de un ruiseñor, será mi alma
que te viene á decir que yo me he muerto,
morena mía. Esta guitarra es tuya:
la llenaste de rosas. No alabó
sino tus prendas en su vida. ¡Adiós!
¡Beso sus cuerdas!
Cerca de la reja
la apoyaba el soldado; llueven flores;
él se arrodilla con las palmas juntas,
la muchacha saluda del balcón;
suena la Ave María lentamente;
con el viajero triste se va el Sol
detrás de la montaña, y cuando llega
sobre el confín, se vuelve el morituro,
ve en la penumbra aquel pañuelo blanco,
con que enjugó la novia tantas veces
el llanto doloroso... La leyenda
dice que se allegaron en bandadas
los ruiseñores á llorar de pena,
repitiendo la endecha melancólica,
canto de los soldados, cuando van
por las laderas hacia la batalla:
«Si la guerra me mata he de venir
á besarte en la boca, cuando duermas.
Si acaso alguna vez te arrodillaras
á rezar por tu amigo, no te olvides

que me he llevado á tu alma en mi morir,
pa decirlo al Señor: ¡Esta es mi novia!
Morena mía, acuérdate de mí.
Y si sientes quejarse allá en el cielo
en la guitarra una canción de amor,
yo soy: estoy llamando á mi morena;
yo soy: á Dios le pido que te traiga
para verte en mis ojos hasta el fin.
Si vas alguna vez á llevar flores
sobre la losa donde está mi nombre,
no sufras, mi morena. Miraré
tus ojos de rodillas. Puede ser
que te toquen las manos al pasar
los aires olorosos. Son mis besos
que las gracias te dan. ¡Oh! vuelve siempre,
oh mi morena; ¡acuérdate de mí!»
Se murieron las novias. A millares
las cruces, las coronas de azahar
adornan los sepulcros virginales.
Ya no pueden contarse. ¡Cuántas son!
Y acuciando á lo lejos una sotnia
en tropel de cosacos precipita,
troza á los juveniles. Velozmente
se alejaba el trineo. Allí embozado
Bonaparte se oculta. Por la estepa,
sobre la mar de hielo, los cadáveres
en túmulos de osarios lo miraban
pasar... Estaban las desnudas momias
carcomidas; guiñaban con los dientes
fétidos, apretados. Parecían
en motejos sonar en la glacial

soledad. Helaba como un espanto
la sangre al fugitivo. A la carrera
vuela una sotnia de cosacos; va
fugando, como luz, el bulto negro
del trineo en la escarcha. Se juntaban
los extremos de Europa: la navaja
y el sable del cosaco; aplastarán
como entre escudos bronceos al soberbio
dominador de tronos. ¿Qué le hicieran
los jóvenes del mundo? Al matadero
los lleva sin piedad. Llegan al fin
las horas del castigo.

Waterlóo

Waterlóo
como un baldón funesto se aparece
en el contín negreando. ¡Horrible estrago!
Hay un fragor salvaje; las falanges
van sobre las falanges; el cañón
brama contra el cañón; repiquetea
en ambos bandos la fusilería
entre el humo, el estruendo, el reventar
de la metralla entre las filas. Caen
como la mies segada. Se aparecen
montículos de muertos sobre rotos
fusiles y charcos de sangre. Gime
con ayes de dolor una caterva
de heridos y van las falanges sobre
las falanges, cerrando la distancia
entre nieblas de pólvora y el retumbo

pavoroso, con ecos formidables,
á los vientos rompiendo. Va la muerte
copiosa aquí, allá—de prisa aquí y allá,
en cada bala aprisa, aprisa va
entre las masas negras que se acercan
y cierran la distancia aquí y allá...
Se entran las bayonetas en los vientres,
en el suelo se muerden los soldados,
acuden entre el humo masas nuevas,
contra otras precipítanse. En relámpagos
los balazos estallan; todo tiembla;
á los cielos asoma un finimundo;
vuelan por la batalla torsos, vientres,
cráneos, miembros á saltos; llueve sangre,
manan las bayonetas, que entran, salen,
bermejas salen y entran en las carnes
con un furor ansioso, entre las muecas
fúnebres y grotescas. Se desploman
bruscos los batallones; están ebrios;
entonan sus peanes, matan, mueren;
son enormes osarios de papillas
de huesos triturados y de coágulos.
Truenan los cielos; truenan las montañas,
en zig-zag los relámpagos esplenden,
en cataratas llueve sobre el vasto
cementerio humeante. Hubo un momento
en el combate de silencio; sólo
hablaba Dios en las alturas; era
su palabra anatema. ¡Y qué quietud
en la tragedia desolada! Acaso
ya la muerte cansada iba á sentarse

en las dunas de cráneos, con el mento
sobre el puño apoyado, la mirada
atrás en los carnajes—esparcidos
de las edades por la noche. ¡ Oh, basta
de mártires! ¡Oh negra estatua, basta!
¿Demon, no estás ahito? ¡ Cómo apuras
tu demencial psicología, inquieta
alma del hombre! Nunca tu triunfo
fué más copioso. ¡ Cuánta saña! ¡ Cómo
á lo humano destruyes, terrible ángel
del mal! ¡ Oh furia más desconsolada
que la desesperanza! ¡ Cómo abonas
de la tragedia el campo en esa bárbara
carnicería! ¡Oh furia! No te aplaca
el dolor de las épocas. Más sangre,
más cadáveres quieres turbulento,
inquieto torcedor. ¡ Ahí llegan! ¡ mira!
Los corceles relinchan, piafan, gipan,
saltan á los costados; han husmeado
el ansar de la carga. En un alud
vertiginoso á saltos se abalanzan,
hacia el abismo obscuro; precipitan
unos sobre otros en la sima, aplástanse
como parvas de carne. ¡ Qué ulular
en la oquedad sangrienta! ¡ Qué exterminios
en el profundo tajo de las rocas!
Brillan las bayonetas más allá
del barranco; pasan los corceles sobre
el relleno de muertos y se clavan
dentro las bayonetas... Se oye un grito
dilatado de miedo... reina un pánico,

la fuga loca entre la impedimenta,
el cadáver, la sangre, los pertrechos
cada vez más espesos y más altos,
entre el fuego mortífero, entre astillas,
entre armones y tiendas. Van saltando,
en confusión revuelta, los ejércitos
como tímidas lïebres; los hieren
de bayoneta á puntas en el dorso;
en la fuga agitada, rodëados
de fuego, los eviran. El degüello
daba la paz eterna.
Napoleón
empacó su caballo en la derrota,
enorme, temerario. No movía
un músculo su faz, fijo, hïerático
en su mirar de esfinge. Allí se estuvo
como torre de bronce, cual coloso
inmóvil, á guisa de peñón en frente
del potrear de las olas, en borrasca
de apocalipsis. Y las avalanchas
de fugitivos lo circuían. Todos
sorportó los empujes, las afrentas
feroces... Tiembla bajo sus talones
el bruto sudoroso; lo ha clavado
entre sus muslos férreos. Cada vez
hunde más las espuelas ese bravo
desventurado, en los ijares hondos
rajados y sangrientos. Quiere huir,
volviendo grupas el bridón; lo tiene
firme el jinete, no se mueve; siguen
huyendo las cohortes. Lo atropellan,

lo envuelven, lo sacuden, y lo acosan.
Se sienta en los jarretes el corcel,
se abalanza á las nubes, manotea,
recae, bufa de miedo, escarba el suelo,
despavorida, sesga es su pupila
en el turbión satánico. Se apuran
el fuego, los retumbos; corre un frío,
de estupor; se detuvo el enemigo
presentando las armas. Napoleón
á la muerte se apura hacia las huestes
perseguidoras, mudo, lento, solo,
cual si fuera un cíclope gigantesco,
venido de leyendas fenecidas
de la epopeya bárbara, rodeado
de laureles, á coronar un símbolo
heroico, moribundo. Lo precede
enloquecido Ney; era su espada
un sangriento muñón y su pupila
tenía locuras de suicida. Iban
los dos al enemigo, lentos, únicos
en la huída mortal. Era un callar
ante esos morituros!...
Una roca
sobre la mar bravía, estéril calva,
hirsuta por las breñas, breve, adusta,
expuesta al huracán, á las procelas
devastadoras... Con mugir lejano
de torrentes perdidos en los cauces
pedregosos y lamentar nocturno
de cuervos vagabundos por las peñas
buscando á las carroñas. Es imagen

de soledad y páramo desierto,
Santa Helena, como alma solitaria,
dolorosa... Era una casita blanca
en un recodo... una abra con jardín...
enfrente la montaña, el océano
en redor, retumbando entre los sirtes
eternas. Allí el Grande sobre un rústico
banco pensaba... En torno la armonía
salvaje... arriba el cielo... triste el sol...
Dios en lo inmenso... grande como la obra
del coloso vencido...
Lo acostaron
en su cama de enfermo. La ventana
sobre el mar está abierta en una aurora
de frescuras salinas... Lo rodean
pocos amigos mustios... Un delirio
estalla en el silencio; es un confuso
delirio de recuerdos: «¡Allí van
mis viejos batallones! ¡Allí van
retándola á la muerte!»
Señalaba
el éter cristalino sobre el agua,
de la ventana abierta más allá.
Y siguió la visión: «¡Caras de bronce,
músculos férreos, pasen! ¡Oh joviales
entre las balas! ¡Héroes y morriones,
banderas en pedazos, vieja guardia
de Rívoli y Marengo, pasen, pasen!
¡Oh tú, Desaix, alma gallarda, tú,
oh compañero mío! ¡Oh corazón
leonino, con dulzuras de paloma,

votado al sacrificio! A tus despojos
el pendón de Marengo los cobije
hasta el fin de los siglos. ¡Ney invicto,
caballero de Francia! Eres el símbolo
del pueblo temerario. Te saludo,
¡mártir de la Moscova! ¡Pasen! Pasen!
Quiero sentir las manos valerosas,
entre las mías, antes de yacer
en el sepulcro...»
Al cielo las levanta,
suavemente acaricia las quimeras
sombrías, adoradas; abre grandes
los ojos foscos y murmura:
«Acércate,
Lannes, amigo mío, oh gigantesca
larva de Essling; y tú, Massena, fuerte
torre, que no se abate en el furor
de las batallas. ¡Vencedores marchen!
¡Vengan las manos rudas! ¡Pronto á mí!
¡Oh, no me dejen solo! ¡Ven! Allá
llega la muerte, teje una guirnalda
de encina á los hercúleos. Va cantando
los peanes robustos. ¡Hurra! ¡Fuego!
¡Ea! ¡A la bayoneta! ¡Carguen! ¡March!
Fundan al enemigo, como nieve
en el Sol, dispérsenlo, como el viento,
que esparrama las hojas del otoño
en la desnuda selva. ¡Fuego! ¿Qué haces,
Murat, hijo de batallones? ¿Dónde
tus jinetes están? ¿Por qué no brillan
los alfanjes al Sol, de arriba abajo

en el retrueno de la última carga,
rompiendo los cuadrados? Dime: tú
no amas á la Francia, ¡ oh caballero
de Austerlitz! ¡ Soldados míos, venid,
llenos de cicatrices! ¡ Las cabezas
poned aborrascadas sobre el pecho
de vuestro emperador! Abro el gabán
que vió las cien batallas. Oigan, oigan
como en mi corazón el pueblo late.
¿No desperté tus iras, oh león
dormido? ¡ Tú venciste á los reyes!
¡ Cuida la patria! Son de tus mayores
las ciudades, los campos. Cuida ¡ oh fuerte!
los nichos donde sus cenizas duermen,
debajo los cipreses, confortados
por el llanto de nietos, por las gestas
valerosas. Y mueran por la Francia
mis granaderos. Nunca sea esclava,
con grilletes al pie, bajo la fusta
del extranjero. No haya en el idioma
bárbaras voces. Mueran antes todos
¡ oh granaderos de Marengo! ¡ Oh Rívoli,
Jena, Arcole, Pirámides! ¡ Remember!
¡ Venced! ¡ Arrojad lejos, arrojad
la invasión! ¡ Fuego! ¡ Fuego! ¡ La bandera
empuñaré adelante! ¡ Sigan! ¡ Carguen!
¡ Las águilas revuelan! ¡ Ahí está el Sol
de Austerlitz!»
Se incorpora, indica afuera
ese Grande; abrazando una quimera
exclama: «¡ Oh hijo mío!» Lejos, lejos

lame á la playa la onda lentamente,
trinan las aves bajo el cielo azul,
en el cristal del aire un pebetero,
llega de aromas de la mar. El Sol
corona al moribundo; reza el Orbe
la oración del perdón. ¡ Oh gloriosas
larvas de los guerreros al sepulcro
venid! ¡Traed los robles! ¡ Las guirnaldas
poned sobre esa losa! ¡ Venid, gestas
triunfales, resonando las trompetas
en himnos, en imperituras loas
á su memoria augusta! Soledad
fué su destierro; lava en las lustrales
fuentes á su alma la congoja. Nada
da más pureza que el dolor. No pudo
á su niño mirar en la postrera
agonía. ¡ Mujeres, recordad!
Cuando acabó el guerrero, ella no vino
á besarle la frente. Nunca fué
su ángel en el destierro; su caricia
inverecunda consolaba de otros
la nefanda existencia. ¡ Murió solo!
Traed para esa tumba de las flores
que á la tumba lleváis de vuestros hijos.

La marcha heroica

Y cerca del sepulcro, entre las rocas
aparecen los héroes. Un fulgor
deslumbra al Universo. Están armados
de todas armas; llevan sobre el pecho

de las victorias las insignias. Juntos
los clarines del mundo resonaron
en una marcha fúnebre, un poema
hondo... doliente como el de las ruinas
recordando á la vida ó del suicida
que oculta su misterio ó del sepulcro
de tierra recubierto, de malezas,
que encierra su pesar bajo el enigma.
Pasan erguidos, llevan en la frente
el laurel, sus heridas, la diadema;
arrastran los armiños y las manos
reposan sobre el puño de la espada,
cubiertas por el negro guantelete.
Y parece la marcha el sollozar
de los dolores seculares. Son
gemidos de Calvarios, estertores
de hecatombes, adioses de los pueblos
hacia la muerte en viaje, almas felices,
bruscamente arrojados en el báratro
por el dolor, cantando el epitafio
para un reguero de sepulcros. Son
las lúgubres endechas de las épocas,
en las sombras eternas penetrando
con sus caudillos, para no volver
jamás al Sol, el lamentar tristísimo
de la natura moribunda. Van
las quejas de los árboles, el duelo
de los troncos resecos, de las flores
marchitas, el aullido quejumbroso
de las cenizas dentro los sepulcros.
¡Qué procesión! ¡Qué brillos de corazas!

¡ Cuánto yelmo dorado! ¡ Qué robustos
guerreros caminando! Los trofeos
adelante. Banderas y riquezas,
innúmeros esclavos. Y soldados,
rudos custodes. Tiembla la montaña
de las panoplias al pasar. Un orbe
de hierro conquistado, los tesoros
guardados en las arcas, lentamente
preceden al compás del alarido
tan fúnebre y salvaje de esa marcha
que llora los pesares de los siglos.
En el desfile triste van los reyes,
seguidos de sus pajes. Estos cargan
las coronas, las flores sobre almohadas
de terciopelo negro. Erguidos marchan
los monarcas; arrastran sus armiños
y llevan en la frente los laureles,
la gloria, las heridas, y las manos
reposan sobre el puño de la espada,
cubiertas por el negro guantelete.
¡ Qué procesión augusta! Va Alejandro
el Macedonio; suenan los hervores
del Gránico en desbordes y la fuerza
de la Hélade hegemónica. Aparece
Roma y César, el imperial tumulto
y las hordas de esclavos en cadenas,
la cerviz doblegada ante los restos
del prócer. Aparece Carlos Magno
y la Francia lo sigue; arrojan mirtos
sobre la losa fúnebre. Procede
una larga cohorte de viseras

bajadas y de negras armaduras
silenciosas. Caen flores votivas
de las manoplas, entre los aromas,
que perfuman la tumba. Godofredo
tiene la cruz grabada en la bruñida
coraza toledana; se arrodilla
á rezar en el césped. Va Gonzalo,
arrastra la tizona, en cien batallas
teñida en sangre triunfadora. Inclina
la frente adusta. Pone tu bandera
sobre la losa ¡oh España! Estremecidos
los viejos tercios rinden armas. Cantan
una canción vetusta que aprendieron
para honrar á sus muertos. Un horror
sagrado corre por los cielos, como
si se oficiara un rito para el Dios
de la misericordia; corre un frío
de una arcana grandeza. ¡Salve! ¡Salve,
oh *Imperátor!* ¡Oh Cosmos! Tus despojos
por clámide tuvieron la bandera
de los tercios hispanos. Más allá
la larva de Turena. Van, se acercan
de los siglos enteros los ejércitos.
Desfilan cerca de la tumba, baten
los atambores rataplam, plan, plan,
la funerala. ¡Oh dioses de las viejas
leyendas y guerreros! ¡Oh vosotros,
perdidos en las muertas teogonías,
¿por qué acudís aquí con los panteones
sobre el inmane dorso, como ofrenda
á sus iratos manes? Allí están

la bárbara osadía, las hazañas,
toda la vida del pasado. ¿Acaso
le venís á contar á su sepulcro
las batallas de antaño? ¿Acaso el polvo
de vuestras huacas seculares es
más vasto, que los vastos camposantos
de nuestras guerras? Llenos de clamores,
sonaban los desiertos—estentóreos
de avalanchas fracasos. Parecía
un trotar de montañas el camino
de los guerreros; las peleas eran
un rebotar de mundos sobre mundos
enemigos, carnicería copiosa
las hecatombes... Y se oía de lejos
como un reboar de cataratas y eran
innúmeras falanges derrumbándose,
unas contra otras, sobre las llanuras
de sangre rebosantes. Y volaban
los riscos arrancados, las murallas,
á puños de colosos se desploman,
como de catapultas; los abrazos
á los huesos trituran; en el ímpetu
esos monstruos prehistóricos jadean,
sobre un temblor de tierra. ¿Habéis venido
á decirle á la cripta, que los Jefes
de los combates bárbaros le traen
sus banderas, sus glorias?
Se arrodillan
todos los peregrinos. Era la isla
un templo, un treno la Natura. Había
turíbulos de inciensos; emanaban

como de sacras selvas; eran salmos
las oraciones de los mundos cerca
del humilde sepulcro. Se callaron
las trompetas. Oyóse en el silencio
la Salve de los héroes. «Salve, salve,
¡oh memoria, sombra desconsolada,
oh *dux!* Proteja la natura el alma
de tus errantes átomos; endulce
tu vivir en el Tiempo; diga el mundo
sus reverencias á tu nombre.
Seas
bendecido, Imperator, cuando presten
homenaje los cielos á los héroes
con sus divinas armonías, cuando
á las huérfanas madres llegue el bálsamo
de la ajena piedad y cuando el hijo
al paterno sepulcro las anémonas
lleve y la espada y sus heridas. Seas
bendecido, Imperator, cuando el pueblo
en la hora del peligro, á las estatuas
del pedestal arranque, se las lleve
por las calles en triunfo, pida savias,
—para guerrear—á sus hazañas, grite
los fragorosos vivas al momento
de la batalla y las estatuas vayan
con las falanges á morir. Si entonces
entre los cuentos del vivac, después
de la victoria, alegres los soldados
recuerdan el solar de los abuelos,
y evocan á los héroes, si más tarde
se reunen los padres en la aurora,

en los umbrales de las casas, para
esperar al soldado en su retorno
y al lado del fogón él narra el cuento
de la guerra anhelada, hasta caer
sobre el regazo maternal dormido,
en la caricia de los ojos píos,
Imperator, tu nombre sea bendito.
Y si él no los encuentra en su llegar,
si se han ido á encerrar en el sepulcro,
si la casa está muda y solitaria,
si á gritos él los llama, si se pierden
en el vacío los ecos, tú consuela
larva gloriosa á esa alma dolorida
sola sobre la tierra. Si después
por las ciudades llevan los trofeos,
entre marchas guerreras, entre vivas
de multitudes apiñadas, tú,
Imperator, bendice los martirios
de las mutilaciones. Cuando pasen
adoración y orgullo,—las muletas
por la vereda á saltos, sobrecoja
un temor reverente, caigan flores
sobre esos restos, tengan la piedad
humana. ¡Oh cicatrices, oh elocuente
sangre, oh tiras de la bandera, salve!
Y si se van los siglos al final
de los tiempos, cargando entre sus brazos,
sobre férreos escudos, á los héroes,
si se van al enigma, á lo insondable
hacia la apoteosis, si las turbas
marchan detrás y claman la epopeya

de esos imperituros, Imperator
acompaña el camino de los siglos,
las banderas en tiras, la odisea
de los espectros mutilados hacia
el arcano infinito!

¡ Mausoleo
sagrado, adiós! No vieron las edades
ni más valiente *dux*, ni más proezas
en un ciclo tan corto, ni bajó
nadie al abismo más celeramente.
¡ Oh amor de Francia, síntesis del hombre,
Napolëón!

Se borran lentamente
los grandes capitanes, los ejércitos
por el mar, por el cielo, más allá
de la vida... ¡ Oh heroica sinfonía!
Los acompaña el sol, la fuerza, las divinas
armonías del Orbe...

Tragedias de mi tierra

Este poeta,
patria, recuerda tus tragedias. ¡ Cuánto
fué tu sufrir! Afilan sus puñales
los homicidas. Al camino lánzanse,
sembrando cementerios; el tirano
en ponzoñosa cárcel á los libres
espíritus aherroja. Se entenebran
las fiestas; la tristeza abona el alma
de nuestra tierra. Como torre infame,
ergástula, patíbulo, guarida

de un espantoso crimen, una mancha
Santos Lugares es... Viguá es verdugo,
un bufón nauseabundo; el arambel
de su traje raído vuela en bailes
cínicos, ebrios... Son sus carcajadas
músicas de la muerte; se redoblan
cuando sube la víctima al cadalso,
ó la última el puñal ó en las barricas
de alquitranes hirvientes la devora
el fuego... ¡Lúgubre payaso! ¡Tú
haces sonar los cascabeles! ¡Tú
arrojas el bonete por los aires
y saltas como un sátiro! La máscara
de tu rostro beodo se ilumina
con una luz siniestra, porque llega
el autócrata y mueren degolladas
las víctimas, y tú cantas por cifra,
Viguá, bufón idiota. Un trozo de alma
eres de tu tetrarca. El asesino,
caminador de la tiniebla, es otro,
trozo de su alma. Zorro, tigre, víbora,
¡oh símbolo del mal! Tal vez los siglos,
en la entraña del sátrapa, aglomeran
y derraman sus rabias en manías
de incendios, de hecatombes. ¡Oh, dejemos
sin recordanzas á esos ciclos! Todo
es infecundo. Nada crea el bárbaro.
No hubo sol en veinte años. Nuestra patria
como un luto rodó por los abismos
de la muerte moral. Se hicieron páramos
en los campos ubérrimos. El frío

mató á la primavera. No crecieron
los niños; nadie amó; no recordaron
los viejos y fueron los crucifijos
profanados. Bajo la nave torva
de la iglesia ultrajada, se cantaron
misereres para el ajusticiado.
¡Ay! ¡Qué parva atestada! ¡Cuánto crimen!
Así troncha el granizo á las espigas
de los trigos en flor. Eran miserias
los hombres, por las sendas perseguidos,
por el sayón airado, que retoña
en el atajo, en las encrucijadas
lleno de sangre. Tañen las campanas.
Se muere la virtud. En cada villa
un déspota; entre sí las multitudes
se matan; de fanáticos es guía
el caudillo; se traba la batalla;
cabalgan á vanguardia; meten, hunden
en los cráneos la espada, luzbelianos
fantasmas de exterminio. Una tragedia
se escribe horrenda en nuestra patria, casi
en polvo convertida, en triste sombra,
vagando en el planeta. Más allá
un paso y vamos al no ser; en ruinas,
en abismos caídos, en la Nada
precipitados, con las fauces ávidas,
mordiendo á dentelladas en la carne
lozana de la patria. ¡Salva tú,
Señor misericorde, los hogares
de los abuelos! ¡Tanta sangre, tanta
carnicería estéril!

Fué Caseros
himno de resurrectos. Se riñó
en torrentes de sangre. Los seides
del tirano, en la fuga se arrojaron
sobre sus batallones. No resisten
á esa avalancha de terror. Dispersos,
los batallones saltan, en furiosa
carrera disparando. Se confunden,
se atropellan, se caen, se despedazan
en un turbión de muerte. Truenan, truenan
los cañones; vuelan los cráneos, vuelan
entre chorros de sangre las entrañas.
Huye el tirano; se agazapa; va
acurrucado entre las matas; huye
después á la carrera... Es una sombra,
un delito fugaz, una ignominia
volando entre cadáveres... aquí
una descarga de fusil, allá
sayones ultimados... Las campanas
á vuelo... Por las aceras negrean
las turbas... Y ¡qué gritos de victoria!
¡Cuánta bandera desplegada; cantos
de resurrectos bajo el Sol triunfante
en la algazara de la vida nueva!
¡Qué tumultuar de libertad! ¡Qué risas,
qué largo palmotear! ¡Qué regocijos!
Empiezan los prodigios. La riqueza
se multiplica; gritan los desiertos
los idiomas del mundo; el corazón
de la tierra argentina se abre á todo
menesteroso y mana linfas. Beban
sedientos á saciarse...

Por la estepa
Paraguaya pelean los soldados
de mi comarca; cantan sus peanes
heroicamente... Corren los batallones
al asalto... Reventando en metrallas,
Curupayti retumba como Acrópolis,
á la matanza apercibida... Crujen
los muros rotos en el cataclismo.
Vuelan cráneos y vientres; vuelan charcos
de sangre humeante por los aires. Densa
asfixia la humareda. Y van y van,
valientes como leones; agachados
como la mies cayendo, hacia el adarve
salvaje unos tras otros y conquistan
los balüartes sucesivos hasta
la fosa al pie del muro... Se desploman
en montón en el hueco... Era una trenza
de miembros mutilados, una charca
de vísceras y huesos. ¡Qué ulular
dilatado y medroso!... Parecía
que anduvieran por ahí destartalados
en pedazos los mundos, como furias
en la nada á perderse... De repente
cien escaleras... cien valientes... Todos
cayeron, derrumbados, de los muros
á la fosa pesadamente, sobre
los compañeros muertos... Otros van
para arriba... al asalto, otros esperan,

sobre un osario al pie de la escalera
cimbrante, movediza. Se caen muertos
á bala en pleno pecho. El ¡ ay! brutal
del morir se dilata más allá
de la tierra... Y trepan otros en rabias
dc llegar anhelantes, con furores
de estragos, rojas las pupilas. Son
de los peldaños arrancados... Yérguese
al fin en las almenas la bandera,
con gritos de trïunfos. El cañón
la derriba á lo lejos... Vuela, como
un pedazo de cielo sacrosanto,
irrigando con sangre á los cadáveres
yacentes... Trepan otros; empujando
en ansia los de abajo aglomerados,
y reciben en brazos al herido
que se desploma... Ellos á su vez
arriba, arriba... Buscan á la muerte,
apuñaleando sobre la muralla.
Fué la derrota de los cuerpos; fué
victoria de bravuras... Se asustaron
de esos leones, que iban paso atrás,
paso atrás, pereciendo, paso atrás,
el corazón de frente al enemigo.
Y esa noche los dioses á los muertos
en lo insondable recibieron. Era
un sodalicio augusto; era un festín
de sombras... Y cenaron en silencio,
como los Griegos de Leonídas...
Fueron
cruentas las batallas; el estero

guardaba á los osarios y la sangre
del Boquerón y del Yatay regó,
como un abono fértil, á las almas
de los desventurados. Fueron libres.
El autócrata huía; luego un tiro
anónimo... Tú fuiste ¡oh tirano!
¡Comarca paraguaya! Tú dormías
mártir, esclava; oiste los peanes
del soldado Argentino; en tus recónditas
viriles fibras renació la vida
extinta... Así del pedernal la chispa,
bajo el martillo, estalla, oh redimida
hacia la gloria. Guerra fué á los déspotas,
anatema á la cárcel. Nuestras armas
jamás sirvieron á delitos. Eran
los soldados alegres; como leones
al asalto, á la carga; resignados
cual ermitaños en las penas luengas
del hambre, de las marchas; sobre el húmedo
suelo acostados narran el furor
de la pelea, el tufo de la sangre
del degüello brutal y los tendales
de cadáveres, donde corre, ansando
sobre el humus tremante el escuadrón
clarineando al asalto. Más allá
hienden las falanges, matan, mueren
unos sobre otros los jinetes.

Canción de apoteósis!

Eah!
bandera de mi tierra! Tremolastes
de la victoria mensajera, nuncia
de epopeyas... Te vió cubrir á Brandzen
Ituzaíngo. Sangriento palio, sobre
los caídos del estero, como viejos
guerreros espartanos. Nadie llora
sobre el león que muere; nadie reza
por los austeros insepultos. ¡Vamos!
Dejadlos que se pudran; del pantano
han de salir los robles. ¡Oh, venid,
jinetes de los llanos! Del Pampero
el zumbido traed y los chirridos
del águila. . Traed de los baguales
los ásperos relinchos. ¡Saludad!
¡Saludad, oh bravos de la montaña,
oh monteros de los vírgenes bosques,
guaridas de leones, cuevas hondas
de cóndores! ¡Oh fuertes ribereños
de lentos y anchos ríos, donde flotan
los yacarés, donde los camalotes
floridos nadan lentamente! ¡Oh gérmenes,
oh veneros fecundos, saludad
la apoteosis de mi tierra! ¡Oh Tiempos
perdidos en el seno de lo eterno
misterïoso, saludad! ¡Oh cielos,
oh Sol, oh astros, inconmensurable,
sin principio, ni fin, huraño Espacio,
cosmos ignotos, que rodáis adentro

de la sinergía universal, saluden
la apoteosis de mi tierra! ¡Símbolos
del corazón de pueblos, monumentos
de granítica hazaña, saludad
la apoteosis de mi tierra! ¡Oh torvo
Escorial! ¡Oh del Partenón belleza
serena! ¡Oh Capitolio augusto! ¡Ved
cuánto tumulto de almas! Son espectros;
desde el arcano inescrutable vienen.
Y narran las leyendas de las ruinas,
de las villas ocultas bajo el humus,
por cataclismos seculares. ¿Cuáles
secretos nos decís, oh larvas? Saben
de nuestra vida allá, entre las latébras
hondas? ¡Narrad! Narrad á qué venís.
«A la Argentina á presentar venimos
el homenaje de los siglos muertos».
Y ¿qué traéis vosotros, fantasmales,
enormes sombras? ¿Qué traéis? Decid,
¡oh mundo de armonías, oh poemas
que escribiera el pasado! ¿Quiénes sois?
«Somos los genios de los tiempos, somos
los aedas, las síntesis. Venimos
á saludar la tierra que se asoma
al ancho Plata y yace al pie del Ande
por los mares circuida». ¡Qué esplendor
relumbra de belleza! ¡Son estatuas,
arrancadas al Paros; son las telas
pintadas con el Sol, preñadas de almas!
También viene la música del Orbe,
esa que canta en la Natura entera!...

¡Oh símbolo sinfónico! ¡Arquetipo!..
De los humanos términos ¿por qué
más allá se dilata esa armonía?
¡Oh mi patria! Las artes se prosternan
en homenaje á tu virtud. Reuniéronse
todas las gentilezas. ¡Venid, madres
santas! ¡Venid, violetas de los prados
de mi tierra natal! ¡Oh pensamientos
de caridades por la patria, bajo
la carpa del soldado, en el nocturno
reposo! Dulces niñas que de hinojos
por los muertos rezáis en el silencio
de las casas dormidas. ¡Oh muchachos
idólatras, custodes de la espada
paterna, del uniforme rasgado
á bayonetas, á balazos! ¡Vírgenes
novicias, que en los claustros recogéis
lirios para María! ¡Sanctus! ¡Sanctus
del Eterno elevado en el sublime
sacrificio! Venid todos, venid,
¡oh gentilezas! Prosternad la frente
ante las aras de mi patria!
Cuando
amanece la luz en su campiña,
brota el pan para todos y calienta
á los hombres el Sol en el trabajo
de los arados lentos. Todo el mundo
se sacia de su mies, toma la leche
de la ubre prodigiosa. No hay dolor
que no consuele su regazo. ¿Ven
el numeroso éxodo? Son robustos

gañanes de la cumbre, aventureras
voluntades en marcha. Hacia el destierro
los echa la pobreza; duele el hambre,
el frío de los hijos, la vivienda
hongosa, obscura, la vetusta roña,
los guiñapos caducos sobre carnes
lívidas, enfermizas... Tremolaba
como banderas en derrota, en trozos
la vestimenta sucia... Una comarca
rica á lo lejos surge. ¡A ella! A ella
corren las muchedumbres anhelantes,
en apiñadas turbas, tras los mares
borrascosos; vienen con los penates,
con los recuerdos de las casas viejas,
con pöemas de vidas, que viviéronse
en sus sacros recintos. Entren todos
á la conquista ¡oh fuertes! Los sudores
saturan á la gleba. Suele oirse
por las praderas de mi tierra el canto
de vuestra juventud, cuando llamábais
á las novias, cuando, por los abruptos
senderos de los montes, á las casas
volvíais á la cena y los peanes
de las marchas, con la mochila al hombro,
sobre el dorso el fusil en bandolera.
Trabajáis gayamente; vuestros cantos
se dilatan en himnos:

«¡Virginales
Pampas, selvas parid! ¡Parid montañas
mármoles y metales! ¡Fauna arisca
alzada en los desiertos y rebaños

mansos, parid la vida! Viertan leche
en regueros las mamas. Como chupa
á esas savias el hombre y las entrañas
del humus nuestro, en cópulas cuajadas,
en pan revientan, en jugosa carne,
en vino embriagador. ¡Parid! ¡Parid,
oh tupidos trigales! ¡Cuánto polen
sale de la pradera! ¡Cuánta fauce
ávida se abre en libación copiosa!
¡Qué aluviones humanos! Se les ve
sus cántaros llenar, beber en ebrio
afán. ¡Parid bajo el ardiente sol,
haciendas fecundadas! A millones
tiemblan las vulvas húmedas; chorrean
entre el bramar, entre el relincho, á ríos
y saltan por los céspedes los toros,
galopan los baguales, con las crines
en el sol de la Pampa, ardiente en gérmenes,
tripudiantes de amor, de cópula ávidos,
á los prados preñando. ¡Oh patria mía,
oh magna parens frugum!! Y se rompe,
en esta apoteosis de mi tierra,
el plectro del poeta...

CANTO XI

LA CANCIÓN DE LA FUERZA

¡Vamos, Démon,
acicate brutal! Dime ¿á qué agitas
al Universo tanto? ¡Brega el hombre
ansando hasta morir; en las tragedias
brega la multitud á la carrera
en los osarios penetrando! ¿Viste,
¡oh Dios siniestro, agitación del Todo!
cómo el bardo cantara en los peanes
tu poëma más bárbaro? Se abrían
cada día á millares los sepulcros,
para encerrrar tus víctimas, oh Erinis
salvaje, crucifiante. El Universo
en la era sanguinaria tú has cuajado,
¡oh Demon! de cadáveres. El hombre,
en el sufrir gastado, ¿tal vez tenga
por el cansancio paz, Demon siniestro?
Yo te pregunto ¡oh Dios de la virtud,
dios del delito, crëador, funesto
demoledor de mundos! Di. Labrado,
en el sufrir el hombre, ¿tal vez tenga

por el cansancio paz, Demon siniestro?
¿O se repetirán en las edades
las lúgubres etapas y los lutos
de la tragedia humana?
Entonces Demon
abre el grande ojo funerario; ríe
sobre la inquieta angustia. Nunca, nunca
tendrás paz; sigue tu camino; sigue
hasta el fin de los siglos. Sembrarás
de cruces los Calvarios. ¡Cuánto túmulo
por las vegas de Italia; el Partenón
sollozaba de pena! En la epopeya
redentora, surgían los cementerios
en la batalla; América arrojó
á los torrentes sangre de sus hijos,
caïdos en las cuestas. Nunca más
tendrá sosiego el hombre. Escucha, escucha
el lamentar de la tristeza. Había
júbilos en las casas; ahora lloran
apenadas; antes los juveniles
llenaban de bullicio las estancias,
se oía la fresca risa; las palabras
eran cantos de amor. ¡Qué solitarias
están ahora! ¡Qué silencio! Donde
estaba el tul nupcïal, hay un sudario.
Había monumentos, la inquietud
humana los destruye; un frenesí
despertaba en las cosas, un estrépito
de pandemoniums agitados; hoy
cubre la sal un yermo. Ya no hay héroes,
ni glorias, ni banderas. Puede ser

que la misma inquietud recree luego
la canción de la fuerza y la arboleda
incinerada brote y se renueve
de cortezas y flores. Nunca, nunca,
hombre, tendrás sosiego. Suda, brega
desventurado siempre, corre. Están
las palancas allí; te precipita
á trabajar ¡oh inquieto! Creas monstruos
de torsos negros, pechos temerarios,
alientos de huracán. Desde la fragua
azotan al empíreo á borbotones
vórtices de humos, tragan el espacio,
resbalan sobre rieles, cuasi moles
de tiempos sin historia; arrojan fuego
como dragones de leyenda, á manos
ciclópeas manejados en la furia
de su marchar vertiginoso. ¿Dónde
va el monstruo desbocado? ¿Acaso rápido
entra en el porvenir, á la tiniebla
dispersa, portador de las humanas
fraternidades? Cruza el mundo atónito
la máquina jadeante por la cumbre,
por las entrañas del abismo; mata
en su serpear de víbora en la tierra,
que siempre la conquista se ha de hacer,
sembrando cruces en la senda. ¿Veis
cómo arrastran cañones y fusiles
y ejércitos y cómo en las palancas
se mueve la inquietud y cómo lleva
pueblos, mieses y minas, el prodigio
de varoniles pertinacias? Son

himnos de la energía; en el pasar
á la tragedia siembran. Desmorónanse
los túneles, arrastran las corrientes
á los puentes de hierro, caen los trenes
en los torrentes retronando, mancha
la sangre de las víctimas los vórtices,
hacia la tétrica hondonada. En trozos
los cadáveres brincan en las puntas
agudas de las rocas; uno en otro
se intuban los vagones al chocar,
se abrazan levantados; con rumores
asordantes se tuerce la ferralla,
echando chispas, humos; zumban lejos
rotas las chimeneas; arrancados
en pedazos los rieles, son las masas
homicidas. Con sangre, estiércol, cráneos,
costillas, miembros, fórmase papilla
hedionda en el sendero. Sigue. Sigue.
su senda la tragedia en implacable
tesón macabra. Inútil es, humanos,
la fuga ignominiosa. Va la muerte
con vosotros. ¿A qué jipáis? ¿Acaso
no silba la segur, que ella maneja
y diezma multitudes? ¿No os ataja
cuando rezáis, cuando lloráis, en medio
de las dementes saturnales, cuando
sudáis en el trabajo, en el pecado,
en el martirio? Come esa epulona
las carnes juveniles. Implacable
ceba su saciedad en los robustos,
y en los endebles cuerpos; á los viejos

sañuda abate en el sepulcro; no hay
clima, ni mansïón; la regia torre
y la cabaña pisa con el pie
équo la muerte. Va con su guadaña
decapitando copas, sin contar,
cruel, las estaciones. Solamente
ella no se transforma, cuando todo
en la Natura cambia. ¡Qué deidad
ultrapotente, horrenda! Vuestros pleitos,
las rencillas, el odio, la diatriba,
las cábalas, los crímenes, el fango,
el valor, las vilezas, la matanza,
el mal, el bien se precipitan todos,
oh humanos en su abismo. No fuyades:
os cogerá su garra...
¿A qué buscáis
tanto el peligro? ¿A qué sondar el piélago?
¿A qué herís la borrasca con las quillas
de los navíos temerarias? ¿Corre
con la estela la muerte, tras la calle
en los mares abierta? Nada allí
el tiburón hambriento; aguza, aguza
de sus colmillos los marfiles; roza
las amuras huyentes con tenaz
perseguir de mendrugos. ¡Cómo espera
que la tormenta rompa el mausoleo
flotante! Por los miembros á los náufragos
agarra, precipitando á los antros,
con la carga convulsa; se los come
en pasto lento, lujurioso. ¡Cuánto
enjambre de cadáveres devoran

en las glotonas, insaciadas ágapas,
los ávidos hambrientos!
¿Por qué osáis
los secretos buscar de la Natura
en las marinas soledades? ¡Cómo
á las olas cortáis en su potrear
satánico! Temed. Esos cantiles,
como hachas afiladas os esperan
para entrar en las naves, con heridas
anchas, rebullendo en el cavo seno
las aguas en tropel, con amenazas
de zozobras sombrías. ¿Que no veis
cómo os aguaita la concupiscente
necros, sentada sobre la escollera,
por si el tifón nocturno echa la barca
á triturarse contra los peñascos
entre la mar ocultos? ¿Puede más
el alma inquieta que la muerte acaso?
¿No nacisteis, viriles, para esfuerzos
de colosos? La débil carabela
en mastodonte férreo se trocara
por la vuestra tesón; agacha el mar,
bajo la mole, el lomo embravecido,
esclavo subyugado, con respingos
impotentes. Abrieron á sus gorgas
las turbinas celeras; penetraba
el ojo agudo en los abismos. Nada
incógnito quedó de sus misterios
para la audacia humana. ¡Cuánto muerto
sobre las rocas de coral! La noche
tiene, en el fondo de las aguas, astros,

antorchas de necrópolis y osarios
de cetáceos y de hombres. Fosforecen
en lo profundo las tinieblas. ¡ Cómo
cantan sus triunfos los dominadores
del mar! Mirad los acorazados,
irtos de artillerías, ¡ cómo claman
la fuerza de Inglaterra! Son de bronce
sus héroes, y con la bandera al tope
hechos pedazos hunden sus navíos;
á conquistar se lanzan con las proas
atrevidas y surcan los desiertos
salvajes, con los rieles. Y navegan
hacia lo inexplorado, entre las rocas,
en el ciclón; no temen los arcanos
de los terribles cuentos. Los gigantes,
erguidos á su paso, á defender
del pie profano las regiones, mueren
bajo las quillas. Pueblo de robustas
almas, intrépidos corsarios. Cuando
en la noche polar, entre los témpanos
al *home* recordáis sobre las páginas
de la Biblia, leyendo del honor
los salmos, y cuando en la helada choza
las imágenes brillan de los hijos
ausentes, que consuelan la tristeza
de la áspera odisea, oh marineros
rudos, sencillos, un temblor heroico
por la nativa landa, hasta las tumbas
de Wenmister, se siente. ¡ Oh Cook! ¡ Oh Nelson!
¡ Guillermo Brown, piratas! Perecían
del mar en la batalla los ingleses,

romeros del enigma. Temerarios,
heraldos del futuro, ellos forjaron,
en yunques de heroísmo, su leyenda.
Tenaces, precursores han creado
otros hombres de bronce.
                                        ¡ Qué poemas
cantan tus nietos, William Penn! Las fraguas
arden... Mirad esos herreros. Traban
sudorosos, violentos las monstruosas
devoradoras de la tierra. ¡ Oh moles
titánicas! Construyen las ciudades
de cal, de hierro; pueblan el desierto
el rumor de las fábricas, los gritos
de la colmena humana; en una férvida
brama de procrear se multiplican
las haciendas, las mieses; un prodigio
aparece en la tierra, un continente
inhóspite, salvaje, hecho un enjambre
de voluntades ardorosas, mundo
en el trabajo trepidante, acción
avasalladora, ímpetu, conquista,
triunfo de la fuerza. ¿Quién detiene
ese milagro humano? ¿Que no veis
cómo jadean las locomotoras?
¡ Qué fragores de máquinas! Ciudades
sus astilleros son; allí respira
un pueblo de ciclópes y sus naves,
como cetáceos plúmbeos, por el mar
llevan las almas vigorosas. Crecen
las selvas; rompen los arados cuanto
humus encuentran; sin descanso sudan

apuradas las gentes en frenético
laborar formidable. ¡Qué estampidos!
Volaron las montañas; buscan oro
en las vetas abiertas. ¡Cuánto muerto
señala el caminar de estos colosos,
cuánta cruz levantada en los caminos,
cuántos osarios en la entraña obscura
de la mina mortífera! Parece
crecer más gigantesco el poderío
en el bárbaro esfuerzo. Nadie duerme.
América del Norte es creadora
de las humanas energías.

¡Paso
al himno de la fuerza! Penetraron
lo hombres bajo el agua; á esos arcanos
con pátinas de siglos, á esos orbes
de vida silenciosa, á sus deidades
taciturnas, á sus ciclos guerreros,
á los misterios de la muerte, á toda
esa incorrupta verecundia, empaña
la pupila del hombre. ¿Que no veis
cómo surcan la noche de las aguas
los submarinos homicidas? Bajan
dando vuelcos á lo hondo del abismo
destrozadas las naves; en la sirte
los tripulantes mueren. Antes eran
tranquilas esas aguas; nadie osaba
profanarlas; hoy cruzan los schrapnels
á las aguas profundas; hoy asusta
el estrago sangriento. Bulliciosa
hierve la submarina; los cadáveres

lentamente se suben á flor de agua
con los miembros colgantes. ¡ Cómo boyan!
¡ Con qué guiños siniestros se esfacelan!
¡ Oh las órbitas hueras! ¡ Qué miradas
obscenas y macabras! ¡ Cómo chocan
en las olas revueltas por los tiros
los muertos! Resaltan á veces lejos
por el aire, con el retrueno sordo
del barco roto por torpedos; bullen
los chorros de agua al cielo y la canción
se canta de la fuerza que extermina
bajo el océano.
                Arriba cruza el éter
veloz el dirigible, como nave
fantasma, entre las nubes, por regiones,
jamás holladas. Signos de la audacia
viril. Vence el hombre en su dominio
del aire, contra la tormenta en medio
del trueno, del relámpago, del miedo
en la Naturaleza. ¡ Qué luchar
contra el ciclón arrasador! ¡ Cómo huye
por la negrura! El vendaval lo empuja
con ruidos de catástrofes. La altura
resuena, tabletea, como al paso
de trenes sobre bóvedas,—á saltos
en fuga la ferralla.—No detiene
á la osadía el peligro; el dirigible
camina á su destino, como va
á su destino el hombre y puede ser
que el viento lo desgarre, como al hombre
las pasiones feroces. ¡ Allá va!

resbala en lo sereno del azul
entre el oro del sol, como si fuera
un celeste navío...
Un pueblo fuerte
de rubios hombres, como pinta Rubens,
atléticos contemplan la odisea
de las naves fantasmas. El Wahlalla
resuena estremecido; son los dioses
de la Germánica leyenda. ¡Oh luz
de Sigfried! ¡Oh surgir de la Walkyria!
¡Oh mueca de Mefisto! ¡Oh de Tristán
amores dolorosos! Wagner crea.
Y su caudillo viene, un descendiente
de la epopeya de los Nibelungos,
fuerte como los robles, temerario
conquistador de reinos. La coraza,
el yelmo brillan en la luz; es presto
sobre bridón ferrato el caballero
á la sangrienta lid. A veces cruza
sobre el robusto pecho del Templario
la cruz. Guillermo de Alemania reza
y desenvaina el espadón. La fuerza
ha encontrado su símbolo. Revuela
la flota aérea sobre los cañones,
sobre ese pueblo de guerreros. Rómpela
á veces el tifón; la llamarada
ilumina los cielos; los pilotos
se despachurran en las breñas. Luego
hay una cruz, un epitafio, casi
una selva de cruces. Los recuerda
la multitud y vuelven á volar

sobre las nuevas naves los supérstites
rudos y temerarios. Nadie canta
como ese pueblo el himno de la fuerza.
En bandadas alegres por la falda
bajan los aeroplanos en un rápido
rumoroso correr; levantan luego
las blancas alas, se alzan, vuelan alto
en las tendidas bruscas, en los círculos
llenos de gracia y majestad. Alciones
de la inquietud humana, luego piérdense
como un obscuro punto en lo infinito
cristalino, descienden, suben, van,
se ocultan, reaparecen. Impetuosos
conquistadores pasan los canales,
las cordilleras y la mar; no arredra
la tempestad, ni la nevasca. En medio
de negras nubes, entre los relámpagos,
vuelan intrépidos los nautas sobre
las torres altas; oyen los clamores
de multitudes atestadas. Ronca
el oläaje entre las rocas; bufa
la tormenta debajo. Es un satánico
señor de las alturas el piloto,
un cantor de la fuerza. El cementerio
espera á los osados. Se derrumban,
se hacen las máquinas pedazos; mueren
los juveniles. Lúgubre hecatombe!
Una gualdrapa negra sobre el cuerpo,
cubierto de laureles, una fosa
cada día... sobre ella se arrodillan
enlutados los padres... Los alciones

navegan por el éter y preparan
de nuevo otras catástrofes.
                                        El alma
humana es una inquieta. Ni la muerte
sacia su pena triste. Más allá
se agita en otras almas; no se acaban
nuestras Erinis. Ni la compasión
por las vidas tronchadas tan temprano,
acobarda á las gentes; la pavura
no los detiene en la conquista. Sigue
la canción de la fuerza dominando
al mundo sometido.

CANTO XII

EL TRIUNFO DEL ORO

¿Dónde está
ese hechizo violento, la sombría
fascinación del más allá? ¿Por qué
nos vamos todos á morir aprisa
por la calle más rápida?
Deslumbran
las montañas del oro, como un sol,
brillando en lejanías. ¡Hombres, hombres!
¿Por qué corréis así con las crispadas
manos hacia adelante? Es un imán
irresistible el oro, una manía
airada, prepotente. En procesión
interminable, alborotada, vamos
todos hacia el tesoro. Se levantan
los osarios, las épocas pasadas
se levantan y van. Las osamentas
secas, ennegrecidas, peregrinas,
pataleando en la senda en aluvión
arrasador, hacia el tesoro van
hambrientas en la muerte. Piden oro,

más oro en los caquhimnos. Ellos gritan
con estridente voz, una arrastrada
ávida letanía; piden más
en rosarios impíos. ¿Veis allá
las manchas de los siglos, como siguen
cubiertas de sudarios, los caminos
á la montaña embriagadora? Oíd:
¡Qué estentóreo clamor! «¡Oro! ¡Más oro!
¡Dadnos las minas! Es nuestro anhelar
la veta de la entraña; fué el ensueño
de la vida violenta; es la lascivia
acariciada en el sepulcro».
¿Acaso
no van detrás los hombres, con los puños
crispados y diabólicos chacales
protenden la mandíbula á morder
con brutal dentellada en la montaña
del oro ponzoñosa? Las batallas
se traban en sus cuestas; con salvaje
rabia se matan. ¡Cuánto estrago! ¡Cuánto
furor de bestias! Quieren derribar
á los otros romeros, anhelantes
por la falda fragosa. «¡Que el tesoro
sea para nosotros! ¡Guerra! ¡Muerte!
¿Por qué seguís en nuestra senda? Abajo
todos, abajo en el abismo. Nada
de cuartel, de piedad».
Es una brama
insaciable, homicida. «¡Siempre más!»
Van los hombres jipando. «¡Siempre más!»
en las matanzas gritan. «¿Y qué importa

de la ajena pobreza, de la cruz
llevada á cuestas por los otros? No haya
misericordia; caiga el mundo entero
en la sórdida brega. ¿Tienen hambre?
¿Y frío y sed? ¿Y son los mechinales
las viviendas sin sol? ¿Las epidemias
diezman la multitud? Pues á danzar
en el vacío sitial, donde vivía.
Venga el jolgorio, venga el festival
sobre los funerales. ¿Necesaria
es tal vez la deshonra? La cabeza
en el fangal metamos. No mintáis.
Hasta vuestra virtud es una hipócrita
hambre canina de oro. Loado sea
este señor de vida. Estamos solos.
Es nuestra la montaña, nuestro el oro!
¿Qué nos hace reinar en el desierto
si arrancamos la veta, si rellenas
las talegas llevamos á las cuevas
con el pecho encorvado, ansando; huraño
y sesgado el mirar? ¡Vamos! ¿Acaso
si arrebatarnos quieren los dineros
no hay encrucijadas, no hay puñales
para los dorsos descuidados?»

Muchas,
inacabables son las procesiones
de pordioseros hacia la montaña.
Todos van con su fardo. Cada uno
sigue escarbando siempre; brilla el ojo
de los mineros en la sombra. Saltan,
cuchillo en mano, sobre las pepitas

en la greda brillantes. Ya no pueden
con la carga pesada. Día y noche
á la roca destruyen con los picos,
acumulan el oro hasta morir
de avaricia, de inedia, en las cavernas
excavadas por ellos, con famélicas
sañas. Lo mismo hicieron los Imperios
de las pasadas eras; se arrojaron
sobre imperios más ricos á robar
sus territorios y sus mieses. Eran
muchedumbres vandálicas; éxodos
de hambrientas caravanas al asalto.
La humana metamorfosis no es
sino la caza al oro. Salmos, himnos
el Evangelio, la oda, la epopeya
renacimientos, dramas de romeros
madrigales, peanes y tragedias
la canción de la fuerza, todo no es
la historia sino marcha fatigante,
llena de osarios, de dolor, de lágrimas,
de incendios, de batallas y de escombros
hacia la cumbre de oro.

CANTO XIII

DÉMON

En alacranes
convertidos los hombres, en la celda
mal oliente del mundo, como erizos
se desgarran el cuerpo en el combate,
como perros mordiéndose, cuando hozan
en los cajones de basuras, todos
agarrados de un hueso frente á frente,
echando lumbres por los fieros ojos.
Acechan como el zorro á los dineros
ajenos escondidos y acarician
para robarlos hasta á los leprosos;
á sus mujeres prostituyen; pegan
al padre bofetadas; á la patria
traicionan por dinero; son apóstatas;
como reptil se arrastran en babosas
bajas adulaciones. Venga el oro
sobre el delito, sobre la deshonra.
Demon nos atribula. ¡Oh Dios del mal!
Apuremos la envidia; enflaquecidos
por la pasión funesta, poco á poco

en momias transformados, dentellemos
al ajeno renombre. ¡ Qué morder
canino! ¡ Cómo mancha la calumnia
á todas las purezas! ¡ Qué reptil!
Como resbala sigiloso; tiene
en su piel verde enjambres de pupilas
de maligna mirada. Nunca duerme;
todo observa, todo escudriña, miente,
denuesta, ofende siempre. Ya no hay vírgenes.
Lo fueron. No hay esposas; en la mente
de cada una bulle el adulterio.
Ya no hay honestos; todos han robado
el ajeno dinero. Una cohorte
degenerada y lúbrica desplómase
en prohibidas lascivias y se arrastra
en sucias ignominias. No ama nadie
á la patria. Es mentira la pasión
por ella blasonada. Hay un traidor
á cada tramo de camino. Roba
el abogado á sus pupilos; viola
su juramento el médico. El secreto
que daña á la familia anda vagando
de boca en boca. Mancha la calumnia
á todas las purezas. Perra envidia
produces la tragedia! De dolor
se mueren las doncellas; el puñal
mata la esposa; encierra al inocente
la cárcel; condenado al ostracismo,
nadie saluda al sospechado. Solo,
entre la multitud se aleja mísero
poco á poco del mundo; la familia

en el baldón se oculta. Envidia perra,
¡oh megéra antropófaga, oh insaciada
brama del oro, formas criminales
de la inquietud humana! ¡Dios terrible,
Demon omnipotente, ángel caído,
hecho carne en la tierra! Dime: ¿acaso
es nostalgia del cielo este seguir
perenne hacia lo ignoto? Dios nos dió
la paz seráfica del cielo y tú,
oh símbolo funesto, el descontento
amargo, todos los hastíos. Nada
sacia sobre la tierra. Peregrinos
en el valle de lágrimas los míseros
vamos en pos de la ventura. Nunca
la paz logramos, nunca más. ¡Oh símbolo
del mal! Ofreces y no das.
Las blancas
heteras danzan. Carnes de marfil,
mórbidas son como corolas; danzan
sobre guirnaldas de azucenas. Todo
parecen,... nada son,... humanas rosas
marchitas,... luces apagadas,... breves
aromas;... el recuerdo de la orgía
fugaz, como ellas;... después nada ó el tedio.
¡Genio del mal! triunfas. En las criptas
rojas del corazón un desconsuelo,
un tumulto, un impulso, un más allá...
¡Más allá! ¡Más allá! ¡Cómo corremos
agitados por Demon los humanos
hacia lo ignoto! ¡Ofreces y no das!
¡Qué fulgor de miraje! ¡Vamos! ¡Pronto!

Allí están los imperios. ¡Conquistemos!
Brilla la gloria. ¡Vamos á morir
entre coronas de laurel! Detrás
se oculta la ventura. ¡Cómo ríe
Demon, siniestro Dios! «¡No hay nada, nada!
De la natura los arcanos voy
á descubrirte, mísero. ¡No hay nada
en las entrañas de las cosas!»
Demon
indica la fatídica montaña
del oro. ¡Oh furia! ¡Oh símbolo funesto,
señor en la alta cumbre! ¡Qué retahila
de gentes apuradas! ¡Cuánto afán
salvaje! ¿Veis? Descienden con sus fardos
pesados y sonríen. Cuando llegan
dejan en sus hogares la ventura,
arrancada á la mina. ¡Qué cantares!
¡Qué risas! ¡Qué folgar! Demon atisba
en un rincón obscuro, ríe, ríe
con su sarcasmo tétrico. ¿Por qué
vuelven los hombres á correr? ¿Qué lóbrego
torcedor los acosa? ¿No eran ricos?
¿No eran felices? ¿Cuál nueva odisea,
romeros dolorosos, á emprender
vuelven los hombres agitados? Demon
abre el grande ojo funerario, ríe
empujando á la turba; ¡más allá,
aprisa, más allá! Dominador
bárbaro aferra al Tiempo, aferra al alma,
azota la conciencia en un inquieto,
errabundo martirio. ¡Cuánto insomne

sin paz! Todos los siglos en tumulto,
arrancados del Caos por su potente
brazo, viven esclavos, subyugados
por la tétrica garra, en una furia
de demencial melancolía. Una horda
brutal es en sus manos, en la marcha
vertiginosa el hombre; un semillero
deja de ruinas por la senda. Autor
de todas las catástrofes es Demon,
es la inquietud humana. ¡ Cómo yacen
rotos los coliseos! Y los muros
negros cadentes dicen la leyenda
en los derrumbes lacrimosos. Toda
la tierra está sembrada de columnas,
caídas en los foros. Las cenizas
de los viejos rescoldos se aglomeran
sobre el incendio de las villas. ¡ Cuántos
osarios bajo el humus! Cuántos túmulos
y cruces y calvarios! El silencio
impera, donde antaño bulliciosas
jugaban las naciones; desparecen
entre la sangre los imperios y otras
hordas impetüosas sobreponen
sus tiendas juveniles, donde yacen
arrasados. ¡ Qué cambios! ¡ Qué humaredas
espesas obscurecen las caïdas
de las hordas lejanas! ¡ Cuántas veces
nació y murió la vida por los siglos
de los siglos y el arte retoñó
de los escombros, de la muerte! ¿ Acaso
el retronar cercano de los nuevos

derrumbes no escucháis? Vienen detrás
las muchedumbres apuradas. Demon
terrible las empuja; morir quieren,
deshechas en la lucha. ¿Que no veis
los regueros de incendios y de coágulos
el tumultar de las ciudades rotas,
por la inclemencia de los morituros,
arrastrados por Demon? ¿Para qué,
Demon, tanto vivir? ¿Eres más fuerte
acaso tú que Dios? Una mortal
eres crucifixión, la horrenda grima
inacabable. ¿Y para qué vivir
si siempre un «más allá» entristece el alma
del caminante? ¡Oh dios de luz y sombras,
de delitos, de amor, fúnebre símbolo
del alma errante y descontenta, dinos:
¿acaso no va todo al sempiterno
arcano del sepulcro? ¿Acaso el mundo,
empezado en el Caos, hacia la mancha
del Caos no ha de volver en su postrera,
gigantesca agonía? Ha caminado
mi mente por la Historia, un mausoleo
infinito, que guarda los despojos
del sufrir de los Tiempos. Está escrito,
en su tiniebla, sobre las cenizas,
de épocas muertas, el camino lúgubre
del hombre peregrino... ¿Dónde están
el botín, los estragos? ¿Qué se hicieron
la trïunfal apoteosis? ¿Dónde
yacen los héroes? ¿Dónde los cobardes,
los vencedores, los vencidos? Una

es la tumba de todos. Los gusanos
en ella tienen su festín lascivo;
tragan indiferentes. Son amigos
en el putrílago los hombres; bésanse
el vicio y la virtud en las cenizas.
¡Qué callar! ¡Qué tiniebla! ¡Ya no hay nada!
Queda la muerte de las cosas.
¡Sol,
pasaste tú también! ¡Salve, oh divino
orbe de amor! ¡Adiós! Quiero rezar
mi última plegaria. Te bendigo
¡oh calor de la estepa, del erial,
oh numen fecundísimo! Tu diste
el zumo de las frutas, el perfume
de las corolas, los sabores acres
de la selva, de la mies. Sazonaste
el alimento al hombre. Eras la guía
de los éxodos dolorosos; eras
antorcha del triunfo. La leticia
juvenil de tus rayos se acabó,
orbe de amor celeste! Te apagaste,
último Dios, en las espesas brumas
del Caos informe, como las tristezas
apagan las pupilas de las vírgenes
suïcidas y como las banderas
se deshacen en polvos en las urnas
de los héroes, si el hombre las olvida.
¿Dónde están tus fulgores? En el sueño
de las cosas ya muertas, dime, oh sol,
¿no despiertas la vida? ¿Qué te cuentan,
de los ignotos países, los viajeros

en sus largos sudarios? ¿No contestas?
Tu cadáver tendido en el Espacio,
es una muda esfinge.
Tú también
¡oh Eterno! ya pasaste. Me arrodillo
para rezar. No veo el áureo solio
en el empíreo; no oigo los arpegios
en el éter seráfico. Enmudece
la plegaria del hombre; no hay ofrendas
en los altares de tus templos; no hay
ni espliegos olorosos, ni perfumes
de cedros seculares. Una mancha
hay tétrica en el cielo, una quietud
de sepulcro. Ejércitos de larvas,
sin reverencias hacia ti, desfilan
tan callando... Llorastes. Un sollozo
lastimero se oyó por el gran Todo,
como fúnebre ritmo: «¡Dios ha muerto
de tristeza! ¡Vió su obra inútil!»... Cubre
la flor de las tinieblas su ataúd,
mojada de rocíos. Eran lágrimas
de las cosas dolientes. Yo rezaba
á tus pies cuando niño. Ya no estás
¡oh poema destruído! Te mirábamos
en los astros serenos, por la noche
sentados bajo los ombúes. Tú
vivías en el sol de las auroras
de la infancia solerte, en las pupilas
de nuestras madres, en las melodías
angélicas del órgano, en el cáliz,
alzado entre las mirras. Yo rezaba

á tus pies, cuando niño. Ya no estás,
¡ oh poema destruído! ¡ Qué dolor!
¿A quién rezará mi alma, si te has ido,
oh mi Dios de los cielos? ¡ Cómo quiero
seguirte en el vïaje, oh melancólica
adoración de la paterna casa!
¡ Qué solo estoy!... ¡ Qué miedo! Dios ha muerto
en este corazón, ¡ oh idolatrada
madre mía! ¡ En todas las conciencias
ha muerto Dios!...
¡ Y tú también pasaste,
mi patria! ¡ Oh fuerte, oh generosa! No hay
una pena mayor que esta mi pena!
Pampas, indios, oh liras primitivas,
gauchos, baguales! Noches de infinita
dulzura con olor de cortaderas,
desiertos taciturnos, como esfinges
preñados de misterios, correrías
de bárbaros, feroces alaridos,
peleas en el campo solitario,
Dios testigo. De mi niñez errante
sombras de ombúes, ranchos, vidalitas.
Murió el pasado. ¡ Adiós, idolatrías!
¿Dónde están las ciudades? Arrasólas
la parca. ¿Dónde los monumentos? No hay
sino escombros. Los héroes, los martirios
de la larga odisea se escondieron
en la Nada. He buscado los sepulcros
de los míos, tentaleando en la noche,
como borracho. Antes de morir quiero
llorar por mis hermanos, de rodillas

sobre la losa fúnebre. Mi madre
otras veces llevara los claveles,
las rosas del jardín sobre el altar
de nuestra bóveda. En su manto negro
acostada la vi sobre las ruinas,
con un ramo de flores en la mano.
Me arrodillé á besarla; estaba fría.
Mojadas las mejillas, no encontró
los féretros amados. De congoja
se había muerto. Oía el sollozar
de los nocturnos rastreadores; todos
la sombra manotean. No había nada,
ni tumbas, ni quereres, ni dulcísimos
cantos de juventud. Patria no había,
ni paterno solar, ni huacas pobres,
criptas de las cenizas adoradas,
ni el amor, ni el sufrir...
¡Y tú también,
humanidad, concluyes! Se acabó
la canción de la fuerza, las pasiones,
la apoteosis, la hecatombe, todo.
El tiempo es un silencio, un mausoleo
hermético, cerrado, más arcano
que de las cosas el principio. Cuando
miro detrás de mí, con la pupila
sombría entre los siglos, los osarios
de todos los nacidos adivino
en el espacio sepultados. Nada
de sus almas se ve. Tal vez estéril
fué su pasar sobre la tierra. ¿Quietas
estarán en el Cäos las moléculas?...

Demon las va á agitar. Demon no quiere
que mueran. Camina entre los sepulcros
difundiendo la vida. Los amores
renacen en la sombra, en el bullir
de la materia esfacelada. ¡Cuánto
frenético esponsal! ¡Qué jubileo
en los besos ardientes! La infinita
vanidad de las cosas ¿es mentira
acaso? ¿Habrá una vida entre los átomos
de amores, de dolor y de rencores,
la misma vida de la tierra, cuando
peregrinaba el hombre? La inquietud
de los vivos aferra á las moléculas
muertas. Tétrico Demon señorea
también á los sepulcros y la insomne
inquietud que las épocas creara,
tal vez las resucite en las tenebras
del Caos y las despedace luego,
como en la vida. ¡Omnipotente numen,
ángel caído, Demon! ¡Oh poeta
de la tragedia humana! A los espectros
lo mismo los empujas más allá,
más allá, más allá. Bardo terrible
eres de la nostalgia. Los anhelos
de lo terreno hacia la Nada cantas,
única paz, ¡oh Dios desconsolado,
árbitro de la vida y de la muerte,
crucifixión del Todo, Demon bárbaro,
acción y verbo en la tragedia humana!!

FIN

ÍNDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Libro extraño	2 tomos
Perdida	1 »